

11/03/2021

CRISIS DE LAS CIENCIAS SOCIALES DE LA ARGENTINA EN CRISIS

Lic. Juan Carlos Portantiero: Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Se ha desempeñado como Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Profesor Titular Regular de Teoría Sociológica de la Universidad de Buenos Aires y de Teoría Sociológica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México, Docente del Centro de Investigaciones Sociales, y nombrado en el 2004 Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Mgter. Eduardo Bustos: Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional de Cuyo, Magister en Ciencia Política y Administración Pública por ELACSO y Master MSc en Política y Planificación Social por la London School of Economics and Political Science. Ha sido Director de la Oficina de UNICLI en Argentina y se ha desempeñado como Secretario de Política Social del Gobierno Nacional.

Dr. Horacio González: Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Pablo. Es Profesor Titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad Nacional de Rosario.

Lic. Alicia Argenteo: Licenciada en Sociología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Independiente en la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET) y Docente Investigadora de la Universidad de Buenos Aires Categoría I.



NCFCP 45/1021



CONSEJO DE DECANOS
DE FACULTADES DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS DE
UNIVERSIDADES NACIONALES
(Editor)

CRISIS
de las Ciencias Sociales
de la Argentina en
CRISIS



prometeo
libros

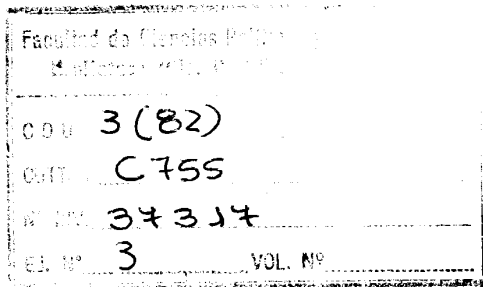
Fac. de Cienc. Pol. y Sociales U.N. La Plata
Biblioteca de la Facultad de Ciencias Pol. y Sociales
Universidad Nacional de La Plata

ÍNDICE

Crisis de las ciencias sociales de la Argentina en crisis
Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales
y Humanas de Universidades Nacionales. - 1a ed. - Buenos Aires:
Prometeo Libros, 2005.
146 p.; 20x14 cm.

ISBN 987-574-024-1

1. Ciencias Sociales-Argentina. I. Título
CDD 309.82



© Prometeo Libros, 2005
Av. Corrientes 1916 (C1045AAO), Buenos Aires
Tel.: (54-11) 4952-4486/8923 / Fax: (54-11) 4953-1165
e-mail: info@prometeolibros.com
<http://www.prometeolibros.com>

ISBN: 950-574-024-1
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial
Derechos reservados

Diseño y diagramación: R&S

PRÓLOGO	11
I° ENCUENTRO CON CIENTISTAS SOCIALES	
LIC. JUAN CARLOS PORTANTIERO	17
MGTER. EDUARDO BUSTELO GRAFFIGNA	27
DR. HORACIO GONZÁLEZ	41
LIC. ALCIRA ARGUMEDO	69
CHARLA-DEBATE	113

El Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales, agradece el profundo compromiso en su participación al Lic. Juan Carlos Portantiero, al Mgter Eduardo Bustelo Graffigna, al Dr. Horacio Gonzalez y a la Lic. Alcira Argumedo

PRÓLOGO

A fines del año 2001 nuestro país afrontaba una de sus crisis más agobiantes. Con la finalidad de aportar soluciones a los problemas derivados de esta crisis, mediante la reflexión e intercambio de ideas, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la Universidad Nacional de Cuyo, a través de su Secretaría de Extensión, propuso convocar a una reunión de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales.

Esta iniciativa se concretó en diciembre de 2002 en la ciudad de Mendoza, con la realización de un primer encuentro al que asistieron Decanos y funcionarios de once Facultades de Ciencias Sociales y Humanas¹ en las que se dictan las carreras de Ciencia Política, Trabajo Social, Sociología y Comunicación Social.

En esta oportunidad, fue creado el Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas, suscribiéndose el documento denominado "Declaración de Mendoza", el cual sintetiza la naturaleza del mismo. En la Declaración se asevera que uno de los principales objetivos de la universidad pública argentina es: *"aportar al desarrollo de la cultura y el conocimiento, en función de*

¹Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de La Matanza, Departamento de Humanidades Y Ciencias Sociales; Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Derecho, Ciencias Sociales y Ciencias Políticas; Universidad Nacional de Río Cuarto, Facultad de Ciencias Humanas; Universidad Nacional de Salta Facultad de Humanidades; Universidad Nacional de San Juan, la Facultad de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas; Universidad Nacional de Santiago del Estero, la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de La Salud; Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca, Departamento de Humanidades; Universidad Nacional de Villa María, Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

los intereses de la Nación con visión pluralista y democrática" y la concibe "como ámbito de referencia en el que se reflexiona sobre las dimensiones de la condición humana y los profundos temas de nuestra organización social"; por lo que es necesario que desde ella se afronte la responsabilidad que le compete, frente a una de las crisis más profundas que han afectado al país; teniendo en cuenta que: "una de las principales causas de la actual situación es, precisamente, una crisis de pensamiento; en otros términos, la dificultad de generar ideas capaces de hacer resurgir al país en toda su integridad", según lo manifestado en la referida Declaración.

Estas aspiraciones instalaron al Consejo de Decanos como un medio idóneo para contribuir al análisis y elaboración de propuestas tendientes a la construcción de un conocimiento estratégico imprescindible para el desarrollo integral de la Nación, re-pensando nuestro pasado y pensando nuestro presente y futuro; proponiéndose para ello coordinar y aunar esfuerzos entre las diferentes unidades académicas, con la finalidad de optimizar los recursos existentes y propender a colocar las ciencias sociales como herramienta imprescindible en la construcción de una sociedad democrática.

El Consejo de Decanos, desde su creación, ha realizado sucesivos encuentros en las sedes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Juan, el Instituto Pedagógico de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María, la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud de la Universidad Nacional de Santiago del Estero y la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto; lo que le ha permitido consolidarse con la incorporación de nuevas unidades académicas.

En la actualidad cuenta con un total de veintidós facultades² miembros, todas con distintas necesidades, identidades e intere-

² Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de La Matanza, Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales; Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Derecho, Ciencias Sociales y Ciencias Políticas; Universidad Nacional de Río Cuarto, Facultad de Ciencias Humanas; Universidad Nacional de Salta, Facultad de Humanidades; Universidad Nacional de San Juan, la Facultad de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas; Universidad Nacional de Santiago del Estero, Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de La Salud; Universidad Nacional de Villa María, Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de

ses, pero con el mismo compromiso para trabajar mancomunadamente en logro de los objetivos establecidos.

El Papel de las Ciencias Sociales en la Argentina del siglo XXI

Frente a la crisis que afectaba a nuestro país, y considerando que uno de los principales objetivos de la Universidad Pública Argentina es el compromiso con los destinos de la Nación, se impuso la necesidad de organizar en el ámbito universitario un espacio de reflexión e intercambio de ideas, mediante encuentros de trabajo académico; justificando también esta acción, el destacado desarrollo alcanzado por las Ciencias Sociales en la Argentina.

Este emprendimiento perseguía, como objetivo específico, aportar propuestas al conjunto de la sociedad nacional y muy en especial a las diversas dirigencias –políticas, educativas, empresarias, religiosas, sindicales, sociales– responsables de la conducción del país presente, como así también, fundar las bases del país futuro.

Estas razones impulsaron al Consejo de Decanos a organizar un Primer Encuentro con Cientistas Sociales, el que se realizó en el marco de su III Encuentro, llevado a cabo en la ciudad de Villa María, provincia de Córdoba, en octubre de 2003. Esta reunión fue planificada sobre la base de tres interrogantes:

- ¿Qué son las Ciencias Sociales hoy?
- ¿Qué son las Ciencias Sociales en la Argentina?
- ¿Qué deben hacer las Ciencias Sociales?

Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados; Universidad Nacional de Entre Ríos, Facultad de Trabajo Social; Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y Facultad de Humanidades y Ciencias; Universidad Nacional de Luján, Departamento de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Ciencias Políticas; Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Periodismo y Comunicación Social; Universidad Nacional de Misiones, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; Universidad Nacional de Quilmes, Departamento de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; Universidad Nacional de La Rioja, Departamento Académico de Ciencias Sociales, Jurídicas y Económicas.

A este Encuentro con Cientistas Sociales fueron invitados los académicos: Lic. Juan Carlos Portantiero, Dr. Horacio González, Mgter. Eduardo Bustelo Graffigna y Lic. Alcira Argumedo, quienes a través de sus exposiciones brindaron valiosas opiniones sobre "El Papel de las Ciencias Sociales en la Argentina del siglo XXI", lo que generó posteriormente entre los asistentes un fecundo espacio de reflexión, cuyas conclusiones han sido vertidas en las siguientes páginas.³

Pretendemos que esta publicación sea un paso más para llamar a la reflexión y al intercambio de ideas, de modo que desde las Ciencias Sociales se aporten herramientas necesarias para diseñar un nuevo Modelo de País, en el que la sociedad sea pensada en función de su futuro y de su condición de Nación.

Lic. Alberto Cirigliano

Secretario del Consejo de Decanos de
Facultades de Ciencias Sociales y Humanas,
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad Nacional de Cuyo

1º ENCUENTRO CON CIENTISTAS SOCIALES

³ Se han transcritto las exposiciones del Lic. Portantiero, el Mgter. Bustelo Graffigna y el Dr. González. La Lic. Argumedo realizó un texto con sus opiniones para ser publicado en esta ocasión. Asimismo, se transcribe la charla debate de la cual participaron dichos Cientistas Sociales y los asistentes al Encuentro.

LIC. JUAN CARLOS PORTANTIERO*

Muchas gracias por la invitación; me siento muy honrado de acompañar a otros prestigiosos colegas de la Universidad de Buenos Aires en esta reunión de científicos y decanos de Ciencias Sociales y de Humanidades de todo el país. A la vez, me siento totalmente partícipe del espíritu que nos anima porque la pro-historia de estos encuentros de decanos de Ciencias Sociales tiene que ver con una iniciativa que lanzamos al principio de los años noventa, que fue la constitución de la Asociación Nacional de Facultades de Ciencias Sociales y de Humanidades y ahora veo, con mucha satisfacción, que nuevas voces y nuevos entusiasmos han hecho renacer esta posibilidad de encuentro de decanos de Ciencias Sociales y de Humanidades de todo el país. Por eso les agradezco doblemente la invitación que me han hecho de participar con ustedes en este evento.

Se nos pedía a los invitados especiales que discurriéramos acerca del papel de las ciencias sociales en la Argentina en el siglo XXI. Yo, lo primero que quiero transmitirles es algo que quizás muchos compartan y que es cierta perplejidad sobre la cuestión

* Es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Se ha desempeñado como Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Profesor Titular Regular de Teoría Sociológica de la Universidad de Buenos Aires y de Teoría Sociológica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México, Docente del Centro de Investigaciones Sociales, y nombrado en el 2004 Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Es autor de numerosos libros y artículos, entre los que se destacan: "Estudios sobre los orígenes del peronismo", "Los orígenes de la sociología clásica" "Estudiantes y política en América Latina", "Los usos de Gramsci", "Estado y sociedad en el pensamiento clásico", "Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina", "La producción de un orden".

Juan Carlos Portantiero

porque no tengo muy claro qué será de las ciencias sociales en el siglo XXI y muchos menos qué será de la Argentina en el siglo XXI, por lo cual no me resulta fácil imaginar escenarios proyectivos acerca del papel de las ciencias sociales en un país, que no sabemos cómo y de qué manera saldrá de la crisis profunda que lo aqueja en estos tiempos. Pero, en fin, vamos a tratar de reflexionar acerca del papel de las ciencias sociales y luego, en las conversaciones que tengamos podremos ampliar algunos aspectos.

Las ciencias sociales son claramente un producto de la modernidad y de la secularización del pensamiento. Tienen que ver con el momento de estallido de una nueva civilización, la civilización burguesa y su forma histórica, la sociedad capitalista, y a partir de ahí se fueron constituyendo como campos autónomos de saber en relación a las formas más tradicionales del conocimiento que venían de épocas anteriores. Y van a ir surgiendo históricamente, acompañando procesos histórico-sociales que reclaman la necesidad de la reflexión. Por eso la primera de las manifestaciones más concretas del pensamiento nuevo de las ciencias sociales tuvo que ver con la temática de la constitución del Estado, con la constitución del poder político, con la manera en que se podía imaginar cómo de un mundo europeo feudalizado que aislaba a unas regiones de otras podían constituirse los Estados-Nación. Y va a surgir entonces la teoría política como teoría de la constitución de los Estados, y ahí la figura señera será la de Maquiavelo cuyos ecos perdurarían durante muchos siglos proyectándose hasta Max Weber y también hasta Gramsci como un elemento fuerte de inspiración de sus pensamientos.

El segundo gran momento de constitución de una disciplina, y siempre pensando en esta clásica repartición tripartita de las disciplinas de las ciencias sociales en Ciencia Política, Economía y Sociología, fue cuando este capitalismo todavía en pañales en la época de Maquiavelo comienza a consolidarse y aparecen, junto con la constitución inicial de los Estado-Nación, los mercados económicos. Este segundo campo disciplinario va a ser en el siglo XVIII la Economía Política, los economistas escoceses Adam Smith, Ricardo, etcétera, todos los cuales van a ir en línea directa a influir de manera muy significativa sobre el pensamiento seguramente más original del siglo XIX, que fue el de Carlos Marx.

Y el tercero de los grandes momentos constitutivos de las disciplinas en ciencias sociales será a fines de ese siglo XIX, cuando ya

ese mundo constituido como campo de conocimiento en la teoría política y en la Economía Política en una etapa de auge y articulada alrededor de la idea de progreso, se va a enfrentar a las primeras irrupciones de la cuestión social. La Sociología en ese sentido, a mitad y a finales del siglo XIX va a aparecer como una ciencia de la crisis, como una ciencia que se pregunta sobre las condiciones de posibilidad de constitución de una sociedad en una situación en donde los nuevos conflictos tienen que ver con lo que la irrupción de la revolución industrial genera como problemática. Y ahí van a aparecer los padres fundadores de la nueva disciplina, algunos de los cuales jamás se imaginaron a sí mismos como sociólogos. El propio Marx, siempre negó esa posibilidad y más bien cuando hablaba de quien contemporáneamente a él se definía como sociólogo, me refiero a Auguste Comte, lo hacía con gran desprecio. Y más específicamente Weber, que siempre se imaginó como un historiador económico, como un economista político. El único de los grandes que sí se pensó a sí mismo como sociólogo y de alguna manera ha de estructurar los límites de la disciplina, pero también los de la profesión, será Durkheim a través de un movimiento conceptual que consistió en transformar a la sociedad de algo que debe ser explicado en algo que explica; de constituir a la sociedad como una *realidad sui generis* que se coloca como punto explicativo del comportamiento de los individuos.

Ese proceso de constitución histórica y de institucionalización de las ciencias sociales en su doble dimensión: como disciplina, que es la que nos preocupa a nosotros como docentes e investigadores, pero también como profesión, que es la que debe preocupar sobre todo a quienes administran el conocimiento y la investigación en los institutos de enseñanza, este proceso como disciplina y como profesión que parte claramente de Durkheim se va a consolidar recién en el siglo XX, sobre todo desde la segunda mitad de los años treinta y a partir de los círculos académicos de los Estados Unidos. Es de 1937 el texto en el que Parsons intenta construir la síntesis que unifique un campo de conocimiento. Me refiero al mejor libro de Parsons, "La estructura de la acción social". En él Parsons nos propuso una tetralogía de padres fundadores que serían Marshall, Weber, Durkheim y Pareto; con Pareto y Marshall no tuvo suerte, tampoco tuvo suerte queriendo expulsar a Marx de los padres fundadores y, finalmente, quedó consagrada una trilogía sin Pareto ni Marshall y con Marx, pero tam-

bién con Weber y Durkheim. Pero lo que ahí aparece es la constitución de un campo teórico que hasta los años setenta va a ser de una influencia decisiva, al punto tal que el resto de los sociólogos trataban de implementar investigaciones empíricas sin pensar mucho en la teoría, porque ésta ya estaba escrita y canonizada y ese trabajo lo había hecho Parsons. Este período de constitución de la Sociología como disciplina universitaria y como profesión va a encontrar su primer punto de ruptura en los años setenta y, sobre todo, a partir de las que llamaríamos "rebeliones de la posguerra" de 1968, 1969 y 1970.

Pero cuando la Sociología se constituye como campo y como disciplina tiene que superar la llamada distinción entre las dos culturas que separaban radicalmente a dos campos epistemológicos. Por un lado el de las ciencias naturales, las verdaderas ciencias, derivadas del paradigma newtoniano, de tipo nomotético, con carácter determinista en términos de leyes eternas y universales que estaban ahí para ser descubiertas por la ciencia y, en la medida de lo posible, expresadas por ecuaciones simples. Y por el otro el de las ciencias de la cultura, las ciencias humanas o las ciencias sociales, que no tenían esa pretensión universalista sino que se movían en un terreno particularista, con una metodología de tipo ideográfico que rescataba a la especificidad de los fenómenos sociales por medio de la comprensión más que por medio de la investigación empírica que pregonaban las ciencias naturales. Era como un corte entre la búsqueda de lo verdadero, por un lado, y la búsqueda de lo bueno o de lo bello por el otro.

Cuando a finales del siglo XIX el positivismo se expande al conjunto de las ciencias, las ciencias sociales colocadas en esta disputa sobre el método tratan de resolver el problema mediante una asimilación a los presupuestos de las ciencias naturales. Tratan de transformarse en ciencia verdadera mediante su asimilación a los procedimientos nomotéticos, deterministas, universalistas que venían de la física newtoniana y que se aplicaban a las ciencias naturales, salvo quizás con una excepción en estos orígenes que fue la del camino intermedio que busca resolver Max Weber. Pero en general el proceso de constitución de las nuevas disciplinas, Sociología, Economía, Ciencia Política ya no "teoría política", se fueron desarrollando como especializaciones que buscaban replicar en su metodología a lo que parecía la metodología triunfante, científica, de las ciencias naturales. Curiosamente aho-

ra, hablo de veinte años atrás, esas certezas empiezan a ser cuestionadas precisamente por las propias ciencias naturales que comienzan, a partir de la idea de complejidad, a incorporar lo que no estaba en el paradigma clásico que es la flecha del tiempo, esto es la irreversibilidad de los fenómenos, y señalan que toda materia tiene historia; que los equilibrios en el mundo natural son excepcionales y que los fenómenos naturales están en constante movimiento por lo que la previsibilidad acerca de los fenómenos de la naturaleza no puede ser determinística sino probabilística.

No quiero abundar sobre esta discusión nueva que traen a las ciencias naturales, y por reflejo a las ciencias sociales, autores de los cuales el más destacado es el Premio Nóbel de Química Ilya Prigogine. Pero creo que al traer esta idea de complejidad, al colocar la idea de que los fenómenos son una combinación de necesidad y de azar y no pura necesidad; de que dada una situación determinada se abren de hecho bifurcaciones y no está predeterminado cual de esas bifurcaciones va a tomar el fenómeno a considerar, estas prescripciones nuevas de la ciencia de la complejidad que nace de las ciencias naturales le caen como "anillo al dedo" a las ciencias sociales para imaginar ellas mismas su propio derrotero.

Lo que me gustaría seguir diciendo es como esta historia se vuelca en nuestra propia historia de construcción de un pensamiento sobre las ciencias sociales. Pienso en primer lugar en una distinción que solamente podemos hacer retrospectivamente entre ensayistas sociales y científicos sociales. Todo el siglo XIX es un siglo de ensayistas sociales y nadie diría que Sarmiento o Alberdi o Echeverría son inferiores a cualquiera de los discípulos de Gino Germani. Pero efectivamente estos ensayistas fundadores de la reflexión sobre la sociedad argentina que se va a continuar en el siglo XX con autores como Agustín Alvarez, José Ingenieros, Juan Agustín García o Juan B. Justo no llegarán a constituir acabadamente la disciplina ni menos acabadamente la profesión. Ellos son producto de la modernidad, de la idea de progreso, de la sensación de que se estaba frente a una materia, nuestro país, en lo que todo estaba por ser construido y que por lo tanto la reflexión debía apuntar hacia esos ensayos de mejoramiento de la vida colectiva.

El segundo período es aquél que aparece como un exagerado repudio al momento anterior, que puede datarse en la Universi-

dad de Buenos Aires hacia mediados de los años cincuenta, con la presencia significativa como animadores culturales y como organizadores de Gino Germani y la carrera de Sociología. Pero el soporte sobre el que surgirá esta etapa ya no será el de la modernidad, como en el momento anterior, sino el de la modernización como algo distinto. Entonces cobra relieve la figura de Germani en la UBA de los sesenta, pero no sólo la de Germani, también están Medina Echavarría en Chile, Pablo González Casanova en México, Orlando Fals Borda en Colombia, Florestán Fernandes en Brasil y todos, en conjunto, tratan de legitimar un cambio en el que las ciencias sociales se desliguen disciplinariamente del derecho y de las humanidades. Aquí, claramente, la búsqueda del rigor científico pasaba por la adaptación al método de las ciencias naturales. Todos los que fuimos alumnos en esa época recordamos la crítica al ensayismo y, como marco general, la influencia –vuelvo a Parsons– del estructural-funcionalismo no como una teoría sobre la sociedad si no como “la teoría” sobre la sociedad.

¿Cuál es el tema que orienta entonces a la investigación? El tema es el de la primera “D” de una serie de tres “D” que van a ir marcando la evolución de los últimos años. El tema es el “desarrollo”, el pasaje de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, la articulación de pautas variables que pudieran dar cuenta de cómo las sociedades se transformaban en sus valores y, en esa transformación de sus valores, se daba el paso de un tipo tradicional de sociedad a un tipo moderno de sociedad. Este es el significado del desarrollo y la modernización y esto está en el punto inicial de la constitución de la Sociología específicamente como disciplina y como profesión.

Cerrada la etapa Germani vendrá un paréntesis cubierto por la primera gran explosión de crítica de esos supuestos, que se dio paradójicamente a finales de un ciclo de dictaduras militares al principio de los años setenta con la aparición de cuestionamientos fuertes a este paradigma estructural-funcionalista que se acompañaban con el crecimiento y el desarrollo de un potente movimiento social que adoptaba distintas formas de organización intelectual. De hecho, algunos de los que estamos acá ocupábamos en ese momento campos diferentes, pero no diría opuestos, en cuanto a que de la misma manera estábamos cuestionando todo un modelo de constitución de la disciplina legado por Germani. Esta primera explosión de revolución de contenidos va a ser abor-

tada: la Universidad de Buenos Aires –uno de los lugares donde esto se produce– va a ser intervenida, van a ser expulsados los profesores y el país va a entrar en la larga noche y niebla de la dictadura iniciada en marzo de 1976.

De todas maneras, ya en los años sesenta aparece la segunda “D” que tiene que ver también con ese momento. Si la primera “D” era la de desarrollo, la segunda va a ser la de “dependencia”, la de la Teoría de la Dependencia que no tuvo demasiados protagonistas en nuestro país pero que sí los tuvo sobre todo en Brasil, en México y, por razones políticas en el sentido de que allí se habían radicado la CEPAL, la FLACSO y otras instituciones, en Santiago de Chile. Allí se dio lugar –diría, más allá de las discusiones que hoy puedan hacerse sobre sus temas aun cuando en muchas de las cosas su actualidad sigue siendo muy grande– vía Henrique Cardoso, Faletto –al que quiero homenajear ahora porque nos ha dejado hace muy poco–, Teotonio dos Santos, Rui Mauro Marini y Andrew Gunder Frank entre otros, una concepción antagónica de la vigente en el momento anterior. Si en la etapa de la primera “D” la Sociología disciplinaba a las ciencias políticas y disciplinaba a la Economía, ahora aparecía, con la Teoría de la Dependencia, un cambio en el que la Economía parecía disciplinar o subordinar a la Ciencia Política y a la Sociología, esto es: el énfasis se colocaba no tanto en la problemática del actor social, sus relaciones y sus orientaciones de valor, si no más bien en las condiciones estructurales, económicas, que permitían definir una situación de dependencia y de ahí derivar el resto del análisis.

El tercer período, el de la tercera “D”, aparece como reflexión sobre la democracia en ocasión del proceso de ascenso y caída de las dictaduras militares en el continente, y esta reflexión va a colocar una nueva matriz de subordinación: la ciencia o teoría política va a aparecer colonizando a la sociedad y a la economía en el análisis de los fenómenos sociales. Ahora bien, estos modelos que simplifico como de las tres “D”: Desarrollo, Dependencia y Democracia, de alguna manera tendían a explicar sociedades integradas o sociedades en proceso de integración, tratando de remover de alguna manera los obstáculos que impedían o frustraban o retardaban esa integración. Ahora, fines del siglo XX y principios del XXI, el tema más bien viene a ser otro en mi modesta opinión, y de ahí la perplejidad que les señalaba al comienzo. Creo que vivimos más bien un proceso de desintegración, de bifurcación,

cuyos resultados no los sabemos; de hecho vivimos la crisis social más profunda, más duradera y más difícil de revertir que nuestro país conoció en toda su historia. Si la Sociología surge como un intento de respuesta adaptativa a las crisis, o de respuesta disruptiva si consideramos a Marx como un sociólogo, esta Sociología de finales del siglo XX y principios del XXI no puede ser sino una Sociología de la crisis en un momento –y aquí recurro a una caracterización que hace Touraine pero que aparece en muchos autores– en el que la separación del mundo instrumental con respecto al mundo simbólico produce simultáneamente fenómenos de desocialización, de despolitización y de desinstitucionalización. Se dice que se han acabado las grandes narrativas; en realidad fueron derrotadas o colocadas algunas en un segundo plano, pero diría que hubo un predominio obscuro de una de las narraciones que es la del neoliberalismo, del cual nosotros los latinoamericanos padecemos sus consecuencias más penosas porque fue aquí donde con más énfasis se aplicaron, y la década de los noventa ha sido un paradigma de esto, los principios neoliberales del llamado “Consenso de Washington”. Ahora estamos en una situación en que eso también tiende a estallar o por lo menos a agrietarse, pero en una situación –voy a la Argentina pero es extensible a América Latina– en donde el mundo social se ha fracturado y fragmentado hasta límites desconocidos; una sociedad que tiene cincuenta por ciento de pobres, de los cuales veinticinco por ciento son indigentes, es decir que no alcanzan al nivel mínimo de satisfacción de sus necesidades, no es una nación de ciudadanos; en todo caso es una nación bicéfala en donde hay un mundo de los ciudadanos y otro mundo de los excluidos de la ciudadanía, porque la ciudadanía no es sólo la ciudadanía política si no también es la ciudadanía civil, social y cultural, y estamos en una situación en la que la mitad de la población está excluida de algunas de estas formas de ciudadanía.

Los viejos temas de un país industrial, con una clase obrera organizada, con un mundo del trabajo que articulaba alrededor de sí a la vida social y cultural de buena parte de la sociedad civil ha quedado atrás, y más bien lo que tenemos ante nosotros es esta sociedad de fragmentación y de dispersión que intenta, en medio de la desesperación de la crisis, reestructurarse a partir de la precariedad, en donde más que actores sociales constituidos hay víctimas. Los temas de ahora son los de la pobreza, los de las nuevas

formas de organización de estas sociedades desvalidas, los de los límites de la democracia concebida como pura forma política, los de la ubicación de la Argentina y en general de nuestra región en un mundo unipolar en el que ya no existe la posibilidad del juego de equilibrio entre grandes potencias, y el impacto que las nuevas tecnologías puedan tener para agravar o para resolver esta problemática se dará en la medida en que esas tecnologías sean ajustadas y adecuadas por una orientación social que les dé sentido.

A mí me parece que estos son algunos de los grandes temas, no sé si los del siglo XXI, pero sí que son los grandes temas de hoy, de este momento de transición a puertos todavía inciertos que estamos viviendo, y esto plantea una preocupación no sólo para los sociólogos como parte de un campo de conocimiento sino para las universidades y para las facultades de Ciencias Sociales. Yo me imagino que este será un tema específico de reflexión de decanos y autoridades, pero a lo largo de esta deshilvanada exposición traté de ir distinguiendo siempre la idea de disciplina de la idea de profesión. La disciplina es algo que fomentan y cultivan los intelectuales en una institución o en su casa; la profesión solamente puede ser construida institucionalmente y, en este caso, el papel principal de constitución de la profesión es la Universidad. Ahora bien, si la disciplina debe necesariamente ser crítica porque está frente a un mundo en crisis, si no puede ser conformista, si debe cuestionar las bases de esta situación injusta, la necesidad de construir la profesión sigue vigente entre otras cosas porque la demanda de quienes acuden a la universidad no es solamente la demanda de una visión crítica, sino que es también la demanda de una profesión que los coloque en el mercado de trabajo y esto plantea una contradicción: ¿cómo articular el doble discurso de la construcción de una profesión y de la construcción de un pensamiento crítico?, yo creo que éste es el desafío. Si nos quedamos en la profesión estamos transformando a la Universidad en una fábrica reproductora del statu quo; si nos quedamos solamente en el pensamiento crítico transformamos a la Universidad en un espacio peripatético de discusión. Sería bueno ver cómo las dos cosas pueden ser articuladas; sería bueno que esto nos aparezca a nosotros como un problema.

Y, para terminar, voy a leer un párrafo que me parece que sintetiza bien lo que he querido transmitirles. El párrafo es de Immanuel Wallerstein y está en un libro excelente que se llama “Cono-

cer el mundo, saber el mundo. Las ciencias sociales en el siglo XXI", que recoge buena parte de sus discursos y ponencias como presidente de la Asociación Internacional de Sociología.

Dice Wallerstein: *"La ciencia social debe recrearse a sí misma; debe reconocer que no es ni puede ser desinteresada puesto que los científicos tienen raíces sociales; debe reconocer que el empirismo no es inocente sino que siempre presupone algunos compromisos a priori; debe reconocer que nuestras verdades no son verdades universales y que si existen verdades universales son complejas, contradictorias y plurales; debe reconocer que la ciencia no es la búsqueda de lo simple sino de la interpretación más plausible de lo complejo y, por último, debe aceptar que la racionalidad incluye la elección de una política moral y que el papel de la clase intelectual es iluminar las opciones históricas que toda colectividad genera"*.

Muchas gracias.

MGTER. EDUARDO BUSTELO GRAFFIGNA*

Comienzo por contarles que debo haber cambiado unas cinco veces lo que iba a decir. Me he sentido desafiado y, al mismo tiempo, me ha resultado difícil en una propuesta temática de por sí muy amplia desarrollar ideas conclusivas. Pretendo, por lo tanto, presentar unas pocas reflexiones sobre algunos ejes que me parecen relevantes en términos de una discusión profunda que nos debemos dar. Hasta podrán esperarse algunos puntos "fuertes" en medio de los reiterados anuncios de una época que parece convocarnos continuamente a la "debilidad".

Las reflexiones que haré tienen una óptica: se hacen desde la perspectiva de una universidad "pública", con ciencias sociales asociadas a la construcción de ciudadanía, lo que es muy distinto al punto de vista de una universidad privada colocada en una lógica empresarial y con el objetivo de una construcción de "conocimiento-poder". Además coloco al proceso de producción del saber de las ciencias sociales en su interrelación con la sociedad por quien se interroga, y no como un proceso de reflexividad autística de las ciencias sociales con ellas mismas o con el recinto de su enseñanza o investigación. Y probablemente por mi origen y tradición, yo soy más de las ciencias políticas, pretendo abrir un

* Es licenciado en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional de Cuyo, Magíster en Ciencia Política y Administración Pública por FLACSO y Master (Msc) en Política y Planificación Social por la London School of Economics and Political Science. Ha sido Director de la Oficina de UNICEF en Argentina y se ha desempeñado como Secretario de Política Social del Gobierno Nacional. Ha publicado más de 50 artículos en revistas científicas del país y en el extranjero. Es autor y coautor de varios libros en Argentina, USA, Colombia y Brasil. Entre ellos se destaca "Todos entran: Ensayos sobre Política Social y Equidad". Es Director Académico de la Maestría en Política y Planificación Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Y consultor de la oficina regional de UNICEF.

poquito más el espectro de la reflexión y no hacerla tan "sociológica", expandiéndome más al ángulo de las ciencias sociales.

Mi primer punto es más una aclaración. Creo que los dos oradores anteriores marcan mucho la idea de que hay una circunstancia histórica en la sociología en Argentina, probablemente también en las ciencias sociales, una instancia fundacional muy fuerte y marcadora que fue el pensamiento de Gino Germani. Creo que es cierto. Pienso que eso marca además un período histórico al interior del pensamiento sociológico, a los conceptos y enfoques de una época, sobre todo en ese momento en los Estados Unidos, relacionados a una visión sistémica y a un enfoque de "transición" de los sistemas sociales. Sin embargo, creo que los que venimos del interior del país no tenemos esa misma "marca", ese mismo origen. Nosotros en Mendoza, por ejemplo, nos incorporamos a unas ciencias sociales que emergían de la lucha contra la escolástica y que se enfrentaban a pensamientos del calibre de los de Guido Soaje Ramos, el padre Leonardo Castellani, Nimio de Anquín y otros. Nosotros venimos de una matriz que buscaba consolidar una ciencia ciertamente menos normativa y más analítica, no en el sentido utilitarista o "conductista" sino en el de su inserción con la realidad social. Frente al "clasicismo" de las ideas se afirmaba más la búsqueda de la identidad conceptual asentada sobre una práctica transformadora.

Aun así, la experiencia de nuestro "aprender" no fue pura negatividad. Nosotros venimos de una formación relativamente buena con los clásicos del pensamiento político y con una dimensión bastante "exótica" para la época. Por ejemplo tuvimos una buena formación en el pensamiento político latinoamericano: leíamos a Bello en su actuación en Chile, a José Carlos Mariátegui de Perú, a Vasconcelos de México, a José Martí de Cuba y a José Enrique Rodó de Uruguay. Por supuesto que también leíamos a Sarmiento, a Alberti y a Esteban Echeverría. Y posteriormente vivimos la proximidad, en gran parte porque muchos fuimos a estudiar allí, de la FLACSO en Santiago de Chile y de la CEPAL. Estamos hablando de la "primera" FLACSO, no quiero ofender... pero una FLACSO menos "comercial", centrada sobre otras preocupaciones sustantivas como la Teoría de la Dependencia. No olvidemos que allí enseñaban "el primer" Fernando Henrique Cardoso, "el primer" José Serra, "el primer" Ricardo Lagos, María Concepción Tavares y Enzo Faletto. Y en la CEPAL se afirmaba un pensamiento latino-

americano con Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Jorge Ahumada y Marshall Wolf. De esa época también leímos la teoría de la marginalidad del "joven" José Nun, las ideas de Julio Cotler de Perú, las de Orlando Fals Borda y el Grupo La Rosca, de Colombia, y las de Pablo González Casanova de México. El proceso político vivido en Chile durante el comienzo de los años setenta fue una experiencia también muy marcadora para todos nosotros. Con este recuento quiero afirmar, y me parece importante remarcarlo, que hay distintas maneras en la constitución del paradigma de las ciencias sociales en el país, que existieron y existen diversas "tonalidades" regionales distintas a las que surgieron en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Poseemos, además, un sentido fundacional, ya que casi todos inauguramos "instituciones": por ejemplo la creación de la carrera de Sociología o de una "Facultad" como Ciencias Políticas y Sociales. Y esas experiencias fueron muy fuertes pues tenían que afirmarse en medio de una tremenda lucha política por la identidad conceptual del mismo campo del saber de las ciencias sociales.

Quiero hacer una reflexión sobre los procesos de individuación y de autonomización que se han desarrollado en la cultura moderna, y sobre sus impactos sobre las ciencias sociales. Pienso que es a partir de Kant que plantea el concepto de autonomía y sobre todo de autonomía asociada a la libertad como concepto que funda la moralidad, y a partir de la Ilustración, que la «razón» o una "forma" de ella se constituye en un paradigma de las ciencias que desemboca en la "razón instrumental". Paralelamente se inicia un proceso de individuación muy importante que culmina con una fuerte centralidad del individuo o de lo "individual" en la cultura moderna. Si se piensa que uno de los ejes principales que heredamos del pensamiento de las ciencias sociales y particularmente de la sociología es la tensión entre el individuo y la sociedad, hoy en día mi percepción es que esa tensión está resuelta a favor del individuo, y sin atenuantes. Creo que acá lo que está deslegitimado es el concepto mismo de sociedad, un concepto "container" según la visión de Ulrich Beck, pero que ya no contiene nada. Pienso entonces que es crecientemente difícil invocar el concepto de sociedad como categoría central de la construcción de un saber "social" y que, por lo tanto, es difícil que podamos imaginarnos una sociología a la manera de Durkheim, de Weber, o imaginarnos un proyecto político a la manera de Gramsci.

Entonces, me parece que podemos estar viviendo la paradoja de tener ciencias sociales sin sociedad. O sea, teorizamos sobre "una" sociedad siendo que la sociedad en su "constitución real" no existe. ¿Por qué? Porque el concepto de sociedad en su versión sustantiva y que incluye para su realización un punto central y unitario ha sido puesto en cuestión por los procesos de individuación, de búsqueda de identidades y diferencias y de creciente "subjetivación" de los procesos sociales. La "sociedad" aparece fragmentada y los procesos sociales se han hecho discontinuos. Un caso emblemático es el concepto de ciudadanía. La ciudadanía fue pensada originariamente como un "status" de pertenencia a la sociedad: era la ciudadanía común a la que todos pertenecíamos compartiendo una comunidad de destino. Hoy en día, en cambio, tenemos una ciudadanía "diferenciada" que marca como identidades no lo común sino las diferencias. Entonces, ahora nos enfrentamos a un "social" discontinuo: tenemos a la mujer, a los indígenas; a los discapacitados, a los niños, a los homosexuales, a los drogadictos, etcétera. Además se han desarrollado los "movimientos sin": sin techo, sin trabajo, sin tierra... Tenemos una tremenda diversificación y cada una de estas distintas "identidades" emergentes buscan su origen, su historia, la construcción de una trayectoria específica, el desarrollo de un "lenguaje" y la constitución de un campo de lucha por los derechos subjetivos. La sociedad está como pulverizada en fragmentos y surgen los "ego grupos".

Entonces, lo que hemos cambiado es la idea de una ciudadanía concebida como destino común. Creo que lo que estamos perdiendo es esta idea de vivir en sociedad; de "ser sociedad". Ustedes vean los conflictos que acontecen todos los días. Son conflictos y reclamos específicos, circunscriptos a demandas particulares, a temáticas vinculadas a derechos "subjetivos". Existe una ausencia de proyección colectiva y pública y, sobre todo, hay una carencia de subjetividad histórica. Entonces creo que lo que deberíamos rescatar o poner otra vez en el centro es la cuestión de la sociedad. Deberíamos colocar como prioridad de nuestros interrogantes qué significa hoy que las ciencias sociales sean realmente "sociales".

En "nuestra época", cuando nosotros entrábamos a la Facultad nos integrábamos a un proyecto de saber y a la producción de ese saber en su relación con la sociedad que en aquella época quería decir nuestro país. En el presente, una persona que ingresa

a la universidad ya es una persona individualizada, "privatizada". Mientras que nosotros colocábamos nuestra visión en cómo contribuir o cómo desarrollar determinados aspectos del saber y del conocimiento en función del país, ahora la persona que entra a la universidad pareciera preguntarse: ¿Cómo puedo colocar lo que aprendo como parte de mi proyecto personal? ¿Cómo puedo yo utilizar lo que sé? ¿Para qué me sirve esto? ¿De qué manera me puedo beneficiar de lo que aprendo en esta Facultad? Se ha producido así un cambio fundamental.

Y paralelamente a este hecho de la dispersión del saber tenemos la idea de "lo débil", del pensar débil, de teorías débiles, de una modernidad "líquida" en términos de Zygmunt Bauman. Thomas Merton tenía una categoría mejor, cuando hablaba de teorías de rango medio. Es decir que abandonando la idea de una teoría con potencial "configurador" caemos en las ciencias sociales de los casos especiales, de la particularidad. Es el caso de una casuística reforzada por el estudio empírico de casos específicos. Por ejemplo: en una comunidad de Malargüe, en Mendoza, fue encontrada una alta correlación entre mortalidad infantil y nivel educativo de la madre; en otra comunidad, en el oeste del Chaco "feroz" fue encontrada en una tribu indígena una alta correlación entre la morbimortalidad prevaleciente y la disponibilidad de agua potable y saneamiento básico. Entramos en lo que Dudley Sears llamaba "*the economics of the special case*", esto es: una cuestión meramente "casuística" de unas ciencias sociales dedicadas a fragmentos. No se trata de "sustantivizar" el conocimiento y de hacerlo "fuerte", pero creo que entramos en lo opuesto: en unas ciencias sociales a la deriva, de especialidades, de temas, de conocimientos en las intersecciones en donde las ciencias sociales son sólo espacios de "contigüidad". Y todo esto tiene un correlato ya que hemos perdido la noción de algo aglutinante, de algo convocante no tan solamente en los parámetros analíticos —como lo plantearon quienes me precedieron en el uso de la palabra—, sino porque el proceso mismo de la realidad está marcando una instancia de transformación y de disgregación de la sociedad resuelta a favor del individuo.

Las ciencias sociales vienen, además, de otras dualidades, de otras diadas conceptuales tales como el conflicto frente a la estabilidad, la transformación frente al statu quo, la crítica frente a la institucionalidad, la universalidad frente a la diferencia, el Esta-

do frente a la sociedad, etcétera, etcétera. Y creo que cada una de esas tensiones que estaban instauradas de una u otra manera en las distintas disciplinas han tenido una resolución de acuerdo a distintos momentos históricos. Pero ninguna de esas resoluciones han sido tan "fuertes" ni definitivas como la resolución presente en favor de un individualismo atroz. Y a partir de esto tenemos la idea de compartimentación, del saber "compartimentizado" y cada persona que entra a un "lugar", a un "sitio", hace allí un saber e inmediatamente lo "privatiza" y comienza a "alambrar" el lugar, ese espacio conceptual, a cerrarlo, se constituye ahí dentro y no deja que nadie más entre allí. Cuando lo más fructífero sería la abertura, como una interrogación hacia delante, hacia lo otro, no hacia una gramática pero sí al desarrollo de estructuras comunicativas y dinámicas con potencial transformador.

Una segunda reflexión que deseo hacer es sobre la ciencia económica. Paradojalmente, en un momento de "debilidad" del pensamiento, la economía se constituye en un saber "fuerte". Después de la Segunda Guerra Mundial nosotros heredamos una trilogía hegemónica: la economía era el mercado, la sociología era la sociedad civil y la ciencia política estaba dedicada al Estado; no digo que no tuvieran sus variantes, y aquí algunas se han presentado. Pero de ahí en adelante la economía es la ciencia que va a mostrar una increíble estabilidad en sus parámetros analíticos. Mientras que en las otras ciencias sociales pasamos una serie de verdaderos "cataclismos" conceptuales como el estructuralismo, el giro lingüístico, el posmodernismo o el post-marxismo, la ciencia económica permanece impertérrita y confiada en sus métodos analíticos, en una estabilidad tan insólita como sorprendente. Casi un encuentro con la fantasía de una ciencia social "única".

Parte de esa pretendida "unicidad" se la argumenta con el método. A mí me parece que en el caso de la economía el paradigma más asociado a la idea de una ciencia fundamentalmente pensada como método es la cuestión cuantitativa. Así existe en la ciencia económica una actitud bastante arraigada de "cuantofrenia", que en términos de Narpal S. Jodha podríamos describir así: el primer paso es medir lo que se pueda medir fácilmente, el segundo paso es destacar lo que no se puede medir, el tercer paso es suponer que lo que no se puede medir no tiene mayor importancia, el cuarto es decir que lo que no se puede medir fácilmente en realidad no existe... Así de simple.

Pero veamos otra consecuencia "sustantiva" de este proceso. Así como la sociología, sobre todo como fue pensada en su etapa más "narcisista", tuvo su etapa colonialista y "colonizaba" otros espacios del saber, por ejemplo con las sociologías de la salud, de la educación o de la política, etcétera. Ahora tenemos algo similar con la economía que "coloniza" a las ciencias sociales; entonces tenemos a la economía de la salud, a la economía de la educación, a la economía política, a la economía de los "bienes públicos", etcétera, etcétera. Y no es que se produce aquí un proceso de "fetichismo transversal" sino más bien una reducción de las especificidades de otros campos del saber a los parámetros analíticos de la ciencia económica. Hay enfoques de "oferta y demanda"; se plantean, por ejemplo, los procesos educativos como "funciones de producción" o como "inversión en capital humano"; no hablamos de solidaridad sino de "capital social"; afirmamos que un proyecto es bueno cuando tiene alta "tasa de retorno". Una verdadera "fiesta" del "hombre económico" que en el caso de la política social ha tenido consecuencias dramáticas.

Lo anterior me permite introducir una tercera reflexión. Deseo en este punto hacer referencia a la obra señera de Luc Botanski y Ève Chiapello, "El nuevo espíritu del capitalismo". Comparto que efectivamente estamos en presencia de un nuevo espíritu del capitalismo tomando como "espíritu del capitalismo" la vieja definición de Weber, esto es la modalidad predominante a través de la cual el capitalismo busca su legitimación. ¿Y cuál es el nuevo espíritu del capitalismo? Bueno, es "la gerencia", la forma a través de la cual el capitalismo fundamentalmente logra la adhesión de los cuadros y consigue legitimarse "disfrazando" su sed insaciable de ganancias. Si hoy en día uno lee los diarios, la profusión de cursos de gerencia abundan. Prácticamente, no hay ninguna universidad que pudiera evitar mostrar un curso de gerencia: desde gerencia de bancos y empresas hasta gerencia de escuelas, hospitales y organizaciones no gubernamentales. Entonces, ahora ese espíritu gerencial se instala en todos los ámbitos: los rectores y los decanos tienen que ser buenos gerentes -no tienen que ser buenos rectores y decanos, tienen que ser buenos gerentes. Los profesores tienen que "regentear" sus cursos; tenemos, en fin, que gerenciar nuestras vidas en términos de proyectos. Todo pareciera que tiene que ser analizado bajo la óptica de los parámetros de la gerencia.

Ahora bien, la gerencia no es "inocente" y viene cargada con la razón instrumental, con la mochila del pragmatismo y del utilitarismo. ¿Para qué me sirve esto?, ¿cuál es la utilidad concreta de este conocimiento?, ¿qué problemas prácticos resuelve?, ¿cuál es el beneficio que produce? Se trata de un pragmatismo bastante vulgar, no del pragmatismo del calibre de un filósofo como John Dewey que lo pensaba contenido en otros cánones, fundamentalmente en cánones morales. Estamos entonces en esta visión "gestionaria", de costos y beneficios; esta cuestión de la "eficiencia", de la "gestión por resultados". Y lo más asombroso es que a esta tecnología que viene del sector privado se la ha transplantado al sector público. Aparece así el objetivo último del "nuevo espíritu": ocultar relaciones sociales de dominación y presentar un capitalismo como la "ontología" de todas las cosas.

Mi cuarta reflexión también está relacionada con las dos anteriores. Se refiere no tan sólo a la pretensión de "disociar" sino también a la de despolitizar. Hay que sacar todo "fuera" de la política. Todo lo "serio" es no político. Hay que demonizar a la política. La gerencia permite esa operación en términos del sector público. En realidad esta operación es como "la madre de todas las ideologías", pues pretende anular dos facultades básicas de la conciencia humana: la voluntad y la imaginación.

La voluntad se anula haciendo creer que lo que es lo es en su forma definitiva, anulando así todo potencial transformador. En realidad, y muy por el contrario, sabemos que lo más importante es el "no ser", lo que "todavía no es", que como la parte inacabada del ser remite a su incompletud. Y la imaginación es la facultad que nos permite trascender lo dado: logramos ser libres ante el "despotismo de lo real". Así es como podemos modelar y pensar futuros deseados, y la historia no es lo que nos pasa sino lo que podemos construir. En este sentido hablo, siguiendo a Ernst Bloch, del "todavía no", de "derechos hacia adelante" y de esperanza. Si la realidad es dinámica y es un proceso entonces existe una primacía del "llegar a ser" sobre el "ser". Como Hegel y Heidegger pienso que lo real no termina con la inmediatez del presente sino que está abierto a la posibilidad. Demasiado poco tiempo tenemos para desarrollar estas ideas, pero lo que quiero afirmar es su vigencia y recordar que su anulación es un operativo conceptual sutil muy asociado a la idea de gerencia.

Últimamente la perspectiva anterior viene muy asociada a la metáfora de la red y el principio de la conectividad. La red hace fundamentalmente que las relaciones de dominación no aparezcan. Todos sabemos que la categoría de dominación ha sido una categoría básica en el pensamiento social. Ahora, en la red o "en red", todos nos conectamos con lo mismo. Parece que todos somos iguales: apariencia que oculta relaciones muy asimétricas y, en definitiva, oculta verdaderas relaciones de dominación y de poder.

Una quinta reflexión, en un contexto de mirar a las ciencias sociales para adelante, es la cuestión epistemológica. No desearía caer en esta cuestión de "epistemologizar" las ciencias sociales, tendencia que ellas han tenido casi siempre porque han sido ciencias cuya constitución —para separarse de las ciencias naturales y de las ciencias humanas— ha tenido que esforzarse para argumentar su propia solidez cognitiva. Pero siguiendo a mi mentor intelectual, que fue un gran científico argentino, Oscar Varsavsky, podemos ver a la ciencia en tres instancias epistemológicas. En un primer momento la ciencia se preguntaba por el "qué" —¿qué son las cosas?—, y después pasa a una epistemología del "por qué", ¿por qué pasan esas cosas?. Nombra primero a las cosas, trata después de explicar por qué acontecen esas cosas. Pero creo que las ciencias sociales en este momento deberían pasar mucho más por la idea de "cómo" —de cómo cambiar las cosas—, y menos por el "qué" y el "por qué", más por el "cómo". Si yo pudiera expresar esto en una metáfora diría que las ciencias sociales deberían preocuparse menos por los pies y mucho más por las manos.

¿Cómo hacer para cambiar las cosas? Creo que acá las viejas lecturas como La Ideología Alemana, la décima primera tesis de Feuerbach y hasta las cuestiones que plantea Gramsci. Sigue por supuesto siendo válido que los filósofos analicen el mundo, pero todavía lo que permanece más importante es cómo cambiarlo. Creo que esta es una cuestión que no tiene centralidad hoy en día en la enseñanza o en la institucionalidad de las ciencias sociales: el "cómo". Propugno aquí una epistemología del "cómo" que está descripta muy bien en los libros de Varsavsky, y que él la llamaba una epistemología de la creación, sobre esto me extenderé posteriormente.

Muy asociado a este punto, y planteándonos el papel de las ciencias sociales hacia adelante, está el tema de los valores. Aquí

tendría un poco más que añadir a lo que dijo Horacio González, creo que estamos ante un pensamiento crecientemente "amoral", con primacía de la discusión sobre los instrumentos antes que sobre los "fines". En eso también tiene mucho que ver la "gerencia". Ahora bien, creo que una cosa es pensar lo moral como una moralidad trascendental y absoluta, y otra cosa es pensar en un núcleo de valores en términos de los cuales una sociedad ha construido y comparte una serie de códigos, reglas y procedimientos. Y sobre todo comparte el método de resolución de sus conflictos que es, fundamentalmente, la idea de justicia. Mi percepción es que este tema de los valores es insoslayable, y yo diría que crecientemente las ciencias sociales se están aproximando a problemas que son grandes dilemas morales discutidos por la filosofía moral. Y creo que una investigación moderna sobre los valores, sobre la teoría de las decisiones en torno a valores, sobre valores y democracia, es una dimensión que colocaría a las ciencias sociales en una visión contra hegemónica respecto de este paradigma basado en la gestión al que mencioné anteriormente.

Dentro de este contexto hay un gran tema que creo que se nos va a presentar a muy corto plazo, y es el de la biotecnología. Ustedes habrán, por supuesto, leído las últimas colocaciones que ha hecho Fukuyama en el sentido de que la biotecnología, sobre todo a través de las tecnologías de ingeniería genética, estaría en condiciones de producir un "nuevo hombre". Lo que paradójicamente no consiguió "la ingeniería social" se haría hoy por la vía genética. Los estudios sobre la química humana, y particularmente la química del cerebro, irían por la misma dirección. Se iniciaría entonces una etapa posthumana, o sea una etapa que no sería una metamorfosis de lo humano si no más bien una mutación de lo humano. La historia humana como la conocemos nosotros se acabaría y se iniciaría "otra", una historia posthumana. Creo que éste es un problema que se nos va a acercar crecientemente en los años próximos y el papel de los científicos sociales en ese debate será crucial.

Viejas cuestiones morales adquirirán vigencia: ¿Podemos pensar que el desarrollo de la ciencia y de la tecnología están fuera de contenidos morales, que son absolutamente autónomas? ¿Podemos pensar que la ciencia y la tecnología son proyectos en los que están ausentes los deseos de poder y de dominación? Estas preguntas, que tienen por parte de muchos una respuesta fácil, mere-

cerían tener un campo de investigación específico. Un buen ejemplo en esta dirección es el caso de Tony Negri en su último libro, en el que habla del concepto foucaultiano de biopolítica y de la producción de la biopolítica como nueva tecnología de control. Creo que este tipo de temas, que admito en mí se han hecho crecientemente un poco obsesivos, son muy importantes. En otras palabras, y en franca oposición a los planteamientos liberal y postmoderno, creo que terminaremos mal si no ponemos en cuestión una discusión en algo común que mutuamente –o dialogalmente o discursivamente o consensualmente– compartimos, y si no la ponemos en términos con los cuales cerquemos algunos dispositivos perversos que tiene el capitalismo. Y quiero hacer una aclaración que a lo mejor parezca como "premoderna": pienso que las categorías de bien y de mal son categorías pertinentes, y que el eje no es solamente discutir sobre lo eficiente o ineficiente, o sobre lo práctico o idealista. Imagino aún que afirmar que uno desea una "buena sociedad" es una proposición insoslayable.

Si uno mira los grandes desarrollos que tenemos en uso hoy en día como la computadora, la informática, la tecnología de nuevos materiales, la biotecnología a la que nos referimos, etcétera, todos han sido productos directos o indirectos de inversiones masivas de la industria militar. O sea, el hombre realiza investigaciones y ciencia contra la naturaleza y contra el hombre. Entonces, y reiterando mi punto anterior, creo que la cuestión de lo moral, de realizar "un giro moral", es fundamental. Colocar bajo la égida de los valores algunos desarrollos, o poder "significar" algunos de estos desarrollos científicos y técnicos es, insisto, una cuestión crítica, porque si no... ya hemos aprendido desde Adorno y Horkheimer que el desarrollo amor al termina en el holocausto.

Quiero tocar, a modo de conclusión, dos cuestiones. Una, muy significativa, se relaciona con el "acto creativo": creo que contrariamente a la opinión de que estamos llegando a un "Fin" –fin de la historia, por ejemplo– o que todo comienza a ser "post", más bien nos encontramos, como dice Steiner, ante la situación de que se nos están "acabando los comienzos". Si se revisan las instancias creativas en la historia de la humanidad pueden distinguirse dos grandes momentos: en los siglos VI y V a.C. y después con el Renacimiento, el Descubrimiento, la Iluminación, etcétera, hay coincidencia en que esas instancias creativas han sido períodos históricos inigualables. Otros procesos interesantes, como la Re-

volución Industrial, ya estaban como preanunciados por desarrollos previos. Y después de los sucesos de 1989 creo que se hace más evidente que nos faltan los comienzos, y creo que esto nos remite al acto creativo. El acto creativo no tiene una gramática específica, como tampoco la tienen las ciencias sociales. No hay una gramática: hay gramáticas.

Visto de otro lado, el acto creativo no es una invención. La invención presupone una linealidad, presupone de que hay un conjunto de conocimientos anteriores: que hay un proceso de acumulación del conocimiento y en un momento dado, como fruto de ese proceso, se produce la invención. La creación presupone una discontinuidad, un corte con lo que había anteriormente. La creación tiene una "temporalidad" distinta ya que requiere "ruptura" e iniciación. Como no requieren esencialmente acumulación las instancias creativas están muy asociadas a la adolescencia y a la juventud, ya que se trata de momentos en los que la conciencia se encuentra menos "sujetada". Es entonces crucial el estímulo a los hábitos de la creación en los jóvenes, en los adolescentes y en los niños puesto que la inteligencia humana, en general, en etapas posteriores, imita, copia, emula, analiza, explica pero, raramente es creativa.

Y la otra dimensión que deseo destacar es que las ciencias sociales tienen origen en la solidaridad. Son en cierto sentido ciencias de la solidaridad. Es raro que el proceso analítico de un cientista social al enfrentarse con lo "real", esto es al entrar en contacto cognitivo con la realidad, no empiece a "pelearse" con ella. La realidad no es sólo presencia incuestionada, y menos lo es para un cientista social que continuamente se encuentra en estado de tensión con ella. Esta "realidad" que hay, que está ahí, es una realidad que la podemos imaginar de manera distinta, que la podemos "crear", que la podemos pensar de una manera distinta y que, sobre todo, la podemos "significar". La realidad no se nos impone sino que podemos transformarla.

Creación, imaginación, y solidaridad esencialmente con los oprimidos son la base de una ciudadanía "emancipada". Las ciencias sociales no pueden ser las ciencias sociales del mercado, de las encuestas, de los "de-formadores" de la opinión pública. Creo que, con humildad pero con rigor, el tránsito es hacia ese lado solidario y no hacia el lado del mercado; es hacia ciencias que tengan solidaridad con los problemas de la sociedad, con los que

sufren, con los que viven inmersos en el dolor humano porque así es como el hombre se hace humano y nosotros, como intelectuales con ese compromiso, nos "volvemos humanos". Es significativo preguntarse "para quién" conocemos, analizamos, explicamos y proponemos: interrogarnos por el "otro" en su realidad de víctima. Y en este sentido las ciencias sociales no pueden ignorar su tradición y vocación social constructivista.

Y esa vocación tiene conexión con los ejes que he planteado y que resumen, a mi entender, algunas propuestas hacia adelante: la centralidad de la idea de sociedad y por lo tanto el carácter anexo de los procesos del mercado; la incorporación de la voluntad, la imaginación y también del deseo en la construcción de escenarios de "buena sociedad" con todo lo que ello implica; la necesidad de plantear el "cómo", habilitante de una actitud permanentemente constructiva; creatividad superadora y un compromiso no demagógico con la solidaridad hacia de los oprimidos.

DR. HORACIO GONZÁLEZ*

Muchas gracias por la invitación, percibo claramente la importancia de este encuentro y toca temas que nos son familiares. Es un capítulo más de un viejo debate sobre las ciencias sociales y ninguno de nosotros imagina que pueda ser resuelto ni de una manera fácil ni siquiera contando con argucias institucionales o arrebatos teóricos, los que finalmente dieran la clave de cómo deberían ser las ciencias sociales. Ellas son este debate, se componen de este debate y de las sucesivas y proliferantes versiones que intenten dar respuesta al debate sobre su constitución, su historia, su condición profesional, sus compromisos políticos, la índole de su politicidad, la índole de su cientificidad.

Todos los que estamos hace años en Facultades donde existe la carrera de Sociología estamos de alguna manera involucrados en este debate y con una certeza de que el debate nos propone finalmente el verdadero destino de lo que somos: sujetos de ese debate y de muy pocas cosas más, pero ésta ya es suficiente y de algún modo justifica la presencia de tantos de nosotros en estos ámbitos problemáticos porque han surgido como un problema y son hijos de los problemas de la contemporaneidad, de los problemas de la constitución de la verdad, del sujeto político, del enunciado, son hijos del problema de la pregunta siempre desafiante de qué lenguaje hablamos y con qué lenguaje hablan las ciencias sociales.

Digo desordenadamente un conjunto de temas que finalmente confluyen hacia la pregunta, hoy un tanto angustiosa y que es

* Es licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Pablo. Es profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad Nacional de Rosario; autor de numerosos libros entre los que podemos nombrar "Las multitudes argentinas" y el de más reciente aparición, "Filosofía de la conspiración".

muy fácil resolver en términos pesimistas, en relación al lugar que hoy ocupan en el cuadro universitario argentino las ciencias sociales, sobre todo en su versión última que se da en las carreras de Sociología fundadas alrededor o a mediados de los años cincuenta en la Argentina con la fuerte impronta que Gino Germani le dio a la carrera en aquellos años.

Evidentemente, las proposiciones iniciales de esa refundación de las ciencias sociales en Argentina acusaron la severa crisis del mundo que intentaron explicar y que de algún modo revela persistentemente, como revela todo mundo social e histórico, la fuerte rebelión del mundo social e histórico a ser explicado respecto a los aparatos e instancias explicativas que las universidades formulan. En ese sentido, nuevamente vuelvo al problema de con qué lenguaje habría que formular las explicaciones de ese mundo movedizo, conflictivo, quebrado, abismal. En los últimos tiempos podemos percibir que lo que podríamos llamar la «crisis amable» de las ciencias sociales, es decir, su estado natural de crisis, de autopregunta, de autoconciencia crítica, es su decisión absolutamente comprensible de que se instalan en un mundo histórico que intentan explicar y que a su vez son parte de aquello mismo que intentan explicar. Me da la impresión que esa es la proposición inicial de la explicación del modo en que las ciencias sociales finalmente nunca pueden dar cuenta acabadamente de lo que hacen porque lo que hacen, en términos explicativos, es aquello mismo que pertenece al mundo que hay que explicar, por lo tanto, buena parte de sus esfuerzos inevitablemente son un intento de autoexplicación.

Pero todos esos problemas, que llamo la «crisis amable» de las ciencias sociales se juntan hoy, y esto de una manera bastante dramática, a lo que —me da la impresión en los últimos años— son efectos institucionales de esa crisis, efectos de desmantelamiento de instituciones sociológicas, imprecisiones ya vinculadas a una fuerte dispersión de la aparición de la palabra sociología en conjuntos temáticos que rebelan una fortísima heterogeneidad. Si enumeráramos todas las formas de reflexión, todos los géneros explicativos, periodísticos, universitarios, institucionales y políticos que se acogen bajo el nombre de la sociología, evidentemente tendríamos una ilimitada cantidad de fórmulas, de modalidades de expresión que alejan a esta palabra de las ilusiones científicas, de las ilusiones de rigor que le dieron origen y que la acercan mucho

más al mundo del periodismo, al mundo del uso libre de un lenguaje que ha sido fuertemente reprocesado por el mundo comunicacional, por lo menos en los últimos veinte o treinta años. De este modo en la sociología, incluso en sus aspectos profesionales, aparece una dispersión tal de temas que no podríamos menos que imaginar que aquí hay una forma de la crisis que no es su crisis lozana, su crisis imaginativa y su crisis capaz de convidar a nuevas reflexiones, sino que es una crisis que diluye su capacidad de intervención.

Evidentemente esta palabra, que tiene logos en su propia enunciación, es decir que es una de las tantas palabras que surgen del rastro de la ciencia, no puede disimular que es portadora del logos; esta es su falta de prudencia, su comprensible falta de prudencia, invoca al logos, pero al mismo tiempo esta invocación se ha diluido en los últimos años de una manera que puede, por un lado, invitarnos a incorporar a la idea de ciencias sociales toda clase de especulaciones, de opiniones personales. Una suerte de doxografía imparabile está asociada a las ciencias sociales hoy, y eso puede ser motivo de un pensamiento que se relacione con su vitalidad como también nos puede dar a pensar que las ciencias sociales viven probablemente un momento de disolución de su aparato crítico, de su corazón teórico, de su capacidad de incorporar pensamientos a las angustias y a los conflictos del momento, de modo que me da la impresión de que vivimos un momento en el que a todos nos es difícil imaginar qué diríamos hoy del modo como el mundo del lenguaje público, sobre todo el que está sometido a la fuerte presencia de los medios de comunicación, significa la manera con que estos medios recurren a la sociología, la invocan y de alguna manera hacen simultáneamente dos cosas: la solicitan y también la horadan, la someten a una evidente erosión de sus pretendidas autonomías conceptuales.

Esta situación no es diferente a lo que se revela en el interior de las facultades de Ciencias Sociales donde de alguna manera la sociología está recibiendo los efectos asombrosos de su propia medicina, cuando declarada ciencia con pretensiones de autonomía y formativa en situación de poseer un lenguaje claramente delimitado, como era el pensamiento dominante en los años sesenta, invocaba tener pertinencias institucionales que fueran autónomas y perfectamente delimitadas e incluso tabicadas respecto a las otras áreas de las Facultades donde primero se había si-

Horacio González

tuado, que eran las Facultades de Filosofía y Letras. La propia medicina que hoy recibe la sociología es a partir de la creación de innumerables carreras de Ciencia Política que se siguen creando en el país mientras no se crean más carreras de Sociología. Las de Trabajo Social, algunas son muy antiguas pero otras son muy recientes y son muchas ya, y las carreras de Ciencias de la Comunicación están en condiciones hoy de desarrollar una fuerte capacidad de interrogar a la sociología: qué ha hecho la sociología, cuáles son sus pretensiones respecto a ser la depositaria de un legado y de un lenguaje que pretendería usufructuar la palabra de última instancia. Hoy no es así lo que ocurre con la sociología y la palabra, evidentemente devaluada, está sometida a la fuerte interrogación a la que la someten los lenguajes vinculados a un sector hoy muy dinámico de la universidad que es el sector que se relaciona con el estudio de los medios, con el trabajo en los medios, con el pensamiento de los medios y con el modo en que los medios finalmente —es raro imaginarlos también teniendo eso, la última palabra— se dirigen hacia la propia universidad.

Todo esto no nos permite ser demasiado optimistas en relación al destino de las ciencias sociales si no estamos en condiciones de observar qué ocurre en el interior de nuestras propias Facultades con esta crisis sobre la cual no terminamos de tomar conciencia, en relación con las delimitaciones de todos estos campos que no necesariamente provienen de mutaciones internas en el cuerpo del conocimiento y, si lo podemos poner de una manera más ostentosa, en el itinerario de la razón o en el itinerario de las teorías del conocimiento. Evidentemente no han ocurrido, me da la impresión, acontecimientos que tengan la cualidad de tener tal fuerte impulsión en relación a los campos significativos del conocimiento como aquellos que por impulso de a veces incluso iniciativas de orden empresarial en algunos casos y en otros no, iniciativas del punto de vista de mutaciones técnicas pero no necesariamente cognitivas. Toda mutación técnica en el cuerpo de los procedimientos del lenguaje en una sociedad la universidad puede llegar a tomarla incluso como una mutación cognitiva y eso no es muy interesante porque la universidad me imagino que se define como poseedora de otra noción de temporalidad respecto a la temporalidad de los medios de comunicación, a la temporalidad de las mutaciones técnicas en el aparato comunicacional de la sociedad.

No siendo así, evidentemente muchas veces uno percibe en la lengua hablada realmente en una universidad, sobre todo las que tienen carreras de Ciencias de la Comunicación, hasta qué punto la vertiginosidad con la cual se constituye el logos comunicacional está en condiciones muy arrasadoras respecto del viejo logos sociológico, siendo que la sociología orgullosamente se decía portadora del logos, es decir heredera del logos y en condiciones de disputarlo con las grandes tradiciones filosóficas. Los que iniciamos nuestro contacto con las ciencias sociales en esos años recordamos muy bien que había cierta euforia y cierto fervor autonomista respecto a la independencia de la sociología en relación con una vieja herencia, y esa es una especie de certificación de independencia conceptual que hoy está en juego en términos de un elemento muy profundo de la crisis. Me animaría a imaginar que buena parte de la autoconciencia a ser elaborada en términos de esa crisis es retornar a las fuentes, y percibir hasta qué punto aquella proclama de autonomismo de las ciencias sociales en los años sesenta debe ser revisada hoy urgentemente y es la vía para revisar también, con no menos urgencia, el modo en que las carreras nuevas, sobre todo las de Ciencias de la Comunicación, realizan esta misma interrogación ufana y a veces demasiado apresurada sobre las antiguas ciencias sociales como la que la sociología realizó sobre la historia, la filosofía, el campo de las letras, etcétera. Ese es un dilema que me parece que tiene que formar parte de los debates del reencaminamiento de todas las articulaciones y relaciones entre los campos problemáticos de las ciencias sociales y humanas, expresión que prefiero porque en su relativa ambigüedad creo que anuncia bastante bien el modo en que hay que recomponer conocimientos, el modo en que hay que articularlos y el modo en que hay que llamar simultáneamente a dos cosas: al mantenimiento de esta pluralidad de géneros y al mismo tiempo a la construcción de un nuevo tipo de rigor, una cosa no podría existir sin la otra indudablemente.

En ese sentido me parece que hay un problema institucional en las ciencias sociales de cierta gravedad y que hace de la sociología un saber que encuentra severos límites por no estar en condiciones de explicar su propio desarrollo, que es muy reciente (son ciento cincuenta, doscientos años a lo sumo en que la palabra está asociada a un conjunto de temas), y si hacemos la historia de la manera en que esa palabra se asoció desde el modo en que apare-

ce por primera vez, es muy probable que en Saint-Simon, no sé, creo que es una aparición donde la sociología augura una capacidad de elección y de iluminación sobre la sociedad superior a otros tipos de conocimientos hasta hoy, donde esa superioridad se ha astillado de una manera imposible de desconocer. De ese astillamiento debemos dar cuenta, si es que la sociología como palabra y cuando digo esto quiero también anunciar que la estoy imaginando también como profesión y como vocación —como decía Portantiero: como profesión o como disciplina— está involucrada en lo que yo llamo la palabra sociología, es decir en el logos, con la forma de conocimiento que anunció la sociología. Si es que no estamos viendo el final del ciclo, es necesario hacer cosas para que el ciclo de la sociología y esa palabra repongan sus potencialidades críticas, discursivas, lingüísticas, agregó y, de alguna manera, también intelectuales y morales, para decirlo con una expresión conocida.

Entonces, todo eso son programas del ahora, son programas de este horizonte que estamos atravesando que podemos explicar muy bien porque se han horadado y erosionado los conocimientos universitarios: la razón se escucha en la propia exposición de Portantiero y esa razón hasta debe imaginarnos satisfechos de que los conocimientos universitarios se horadan por la misma razón, que pertenecen y tienen su raíz en el lugar donde son producidos, un lugar profundamente horadado e incierto como es las sociedades contemporáneas en las cuales vivimos. Pero si somos portadores de algo vinculado al logos se nos debe pedir mayor lucidez y mayor ética con respecto a la conciencia de por qué ocurren estas cosas, por lo tanto, si hay lucidez y hay ética en el medio del debate es necesario tomar, extraer inspiraciones para esta discusión de todos los terrenos del conocimiento. Y yo digo, muy especialmente, de aquellos legados que la sociología creyó poder relativizar, como son los legados filosóficos, históricos o historiográficos y de todas las teorías, sean teorías literarias o lo que fueran porque todas ellas tienen finalmente la misma crisis: basta cargar, de alguna manera, el ideal del logos en su expresión enunciativa para ser portador de esta misma crisis. Por lo tanto la sociología, o es víctima de esta crisis y merecerá finalmente que le digamos que la propia medicina que administró a los campos teóricos anteriores de alguna manera hoy se revierten a través de una oscura justicia sobre ella misma, o la sociología extrae fuer-

zas de esta crisis —y no la extraerá sin imaginación sociológica, para decir palabras que muchos hemos pronunciado en el pasado—, fuerza que puede hacerla retornar a la consideración vocacional de miles de personas, miles de estudiantes, siempre y cuando esté en condiciones de anunciar que la permanencia en el campo de las ciencias sociales, muchos años de la vida de las personas, es una permanencia que contribuye a la lucidez y a la comprensión de lo que pasa, y no al contrario como muchas veces puede suceder. Las ciencias sociales y cierta sociología practicada por todos nosotros en algún momento de nuestra relación con las ciencias sociales, pueden más bien oscurecer, obstaculizar y taponar las formas de lucidez antes que al contrario, entonces, eso tenemos que tenerlo bien en claro porque no por estar en los lugares donde se invoca el conocimiento éste aflora como un dato esencial de las vidas.

Todo esto tenemos que considerarlo, porque somos personas envueltas en un proyecto pedagógico, somos personas que suponen ser poseedoras del lenguaje del conocimiento, entonces, dentro de las hipótesis de esta suposición tiene que estar la contraria también: podemos suponer que el conocimiento ni nos habite ni seamos capaces de transmitirlo a otros y eso es algo que nos permite sospechar del actual momento de las ciencias sociales en Argentina, también debido a la naturaleza del debate y al modo en que muchas veces este debate se da en una forma absolutamente destructiva y autodestructiva como ha ocurrido en muchos ámbitos, especialmente en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Todos estos acontecimientos no pueden sino dejarnos una cierta sensación de amargura, y desde esta sensación de amargura hay que hablar y quizás esto es lo que finalmente nos vincule con una especie de iluminación pesimismo, que siempre estuvo presente en los mejores momentos de las ciencias sociales. De modo que yo anoto como primer invitación a repensarlas un evento alrededor de lo que denomino la recomposición de su lengua, es necesario poder hablar de otra manera, es necesario imaginar que la lengua que estamos empleando hasta el momento es una lengua acorazada muchas veces en prefiguraciones de una ciencia social que pudo haber dado frutos interesantes en momentos anteriores del que imagino que podremos hacer ciertos balances. Evidentemente en este balance tiene que estar incluido el período, el «momento germaniano» como decía Juan Carlos

Portantiero, con un balance, me animo a decir, enfático y justiciero de aquellos años que involucraron tantas vidas, tantos conocimientos y tantas discusiones, muchas de las cuales con otro nombre están también presentes hoy, como es evidentemente en la discusión sobre la ciencia y el estatuto de la ciencia.

Esta discusión no es otra que el modo en que aparece en la historia del conocimiento en la Argentina la palabra sociología y todos sus involucramientos, sus politicidades y sus atributos académicos y científicos. Esta discusión es una discusión que nos tiene en mora y no es posible recomponer el terreno, este campo de estudios, ya sea que haya que seguir fundando carreras de sociología, que fortalecer las que existen o que haya que pensar la sociología no necesariamente sostenida en un valor institucional que sea como la filosofía aunque tiene carreras, y no veo por que no tenga que seguir teniéndolas la sociología, pero que aprovechando que es un campo difuso hacer del mismo algo mucho menos vinculado al tipo de impericia lingüística de los medios de comunicación y sí vinculado a una difusividad que encuentre una pluralidad temática, discursiva y estilística con nuevas características. Si esto se logra a través de una discusión que evidentemente es una discusión sobre la lengua como forma de conocimiento, pero también sobre el idioma que hablamos, el idioma corriente que hablamos, el que se habla en la universidad y las técnicas idiomáticas que de algún modo nos constituyen, en algunos casos muy interesante y en otros muy poco o a través de aquello que a veces llamamos dimensión lingüística, un don que lo invocamos a menudo y no siempre nos roza con sus beneficios.

Entonces, todas estas cuestiones las menciono porque -viejo profesor ya, en contacto con muchos alumnos- me parece que el resquebrajamiento y el modo en que se ha agrietado la dicción -y a veces lamentablemente parece en forma definitiva-, el modo en que se emplea la lengua sociológica en las universidades, y esto como parte de un modo más general en que se usa la lengua real de las universidades, la lengua del académico, la lengua del científico, la del profesor, la del estudiante y la lengua real corriente que es la forma viva en que procede una universidad en sus pasillos y en sus luchas políticas, la lengua real que se habla en la universidad me da la impresión muchas veces que no tendríamos más chances que estar muy descorazonados, pero me animaría a

decir que desde ese conjunto de acciones de la lengua que son acciones reales podemos imaginar que, en lo que llamo recomponer la lengua de la ciencias sociales, hay ciertos aspectos que no podemos pasar por alto: una fuerte recomposición bibliográfica. No es posible pensar ya con ritualismos las cosas que se leen en las carreras de ciencias sociales; nuestras hipótesis de lectura están ya en condiciones de ser fuertemente revisadas, no digo reformular los programas de estudio porque creo que aquello hasta es más importante. A mí, personalmente, me gustaría hacer la reformulación de los programas de estudio de todas las carreras de ciencias sociales en la Argentina, y eso se impone, pero como al mismo tiempo choca con los hábitos políticos dominantes y con posiciones que a nadie le gustaría abandonar si no hay un llamado general a abandonar posiciones en nombre de algo mejor, entonces, eso es muy difícil. Pero recomposiciones bibliográficas sí pueden hacerse, y en ese sentido un nuevo equilibrio entre los clásicos y los modernos debe ser anunciado.

Evidentemente, el modo en que la sociología compuso su lectura hace que ni siquiera para sus clásicos hoy se puede decir que sea una lectura muy interesante. Los clásicos dejan un rastro de costumbrismo, se lo escucha en los pasillos de la Facultad, dejan un rastro de habitualidad, una especie de misal de palabras que distinguen a un sociólogo frente a un graduado en Ciencias Políticas, a un graduado de Ciencias de la Comunicación. Esos misales, esos pequeños catecismos, no me parecen interesantes; me parecen que son marcas, son sellos de comunidades a veces un poco tribales que defienden de ese modo sus identidades muy frágiles desde el punto de vista de la historia, pero muy fuertes desde el punto de vista de intereses grupales, que pueden ser todo lo justificable que se quieran como intereses grupales, pero no lo son en términos de como recomponer lo que nos interesa, lo único que nos interesa aquí que es la universidad pública y su potencialidad democrática y transformadora, lo único que nos interesa en esta reunión. Después puede interesarnos muchas otras cosas a lo largo de la vida, pero si lo que nos interesa es eso, evidentemente tenemos que privilegiar esa recomposición de la fuerte identidad grupal, muchas veces oscura y no pocas veces dañina, con la que se presentan clichés obtenidos de la lectura de los clásicos que no hacen más que reforzar a veces fronteras a veces alambradas, con alambre de púa.

Entonces, eso no es interesante para la universidad pública, a lo mejor es interesante para otras universidades que tengan menos pretensiones respecto del conocimiento; la universidad pública es el máximo lugar de la pretensión del conocimiento en una sociedad, por lo menos de una sociedad como la Argentina, destruida, como se quiera y la universidad también destruida en consonancia con el modo en que se han dado las cosas entre nosotros, pero si la universidad es autoconciencia incluso sobre la destrucción no podemos dejar pasar estas cuestiones. De modo que el modo en que se construye la lengua del lector, el modo en que se construyen políticas de lectura, el modo en que aparecen las decisiones bibliográficas, no puede ser un modo vinculado a los estímulos de decisiones burocráticas sobre las lecturas. Como todo este decisionismo burocrático –si me permiten la extraña contraposición– ha avanzado enormemente entre nosotros a través del modo en que hay que presentar informaciones, investigaciones, formularios, etcétera, que da la impresión de que hay un conjunto de funcionarios universitarios que no se sabe bien quienes son que se empeñan gozosamente en reorientar drásticamente la lengua universitaria a través de una suerte de despotismo informático, bueno, eso no es un camino para la universidad pública. Yo no sé en que lugar se puede discutir eso, festejo que este pueda ser un lugar donde estas palabras puedan ser escuchadas y tiene que ser un lugar donde esto se discuta, es necesario detener ese proceso de construcción de un despotismo informático sobre la lengua general hablada, tanto la lengua corriente, real, que hablan los estudiantes y los profesores, como las lenguas que se constituyen a través del prestigio del conocimiento. Eso no puede seguir mucho más tiempo así porque tiene una potencialidad fuertemente destructora, recreadora de otra lengua y finalmente puede ser la lengua triunfante que mantenga los tabiques tal como están, con oscuras competencias como las que se escuchan a diario en nuestras Facultades mencionando a las otras tribus por el nombre de su particularidad profesional. No me parece grato estar en una universidad así encaminada, y si puedo decir estas palabras es porque sé también que la fuerza reconstitutiva de la universidad es muy grande, escucho de todos nosotros decir que eso nos fastidia y que ese no puede ser el destino de la universidad, bueno, es momento de tomarlo como una discusión severamente relacionada con la recons-

trucción de la universidad pública en la Argentina, que finalmente es la reconstrucción de su lenguaje.

No puede ser que dentro del modo en que se constituye la lengua de las ciencias humanas haya un destino de división técnica del trabajo, donde haya más citas de Maquiavelo en los estudiantes de Ciencia Política y más citas de Max Weber en los de Sociología. Por alguna razón equivocada hemos admitido que la investigación de los capitales bibliográficos, es decir, la investigación de la mina, del tesoro, el modo de abrir el tesoro estaba destinado a algo que imaginamos que el tiempo contemporáneo recomienda más que otras cosas; un tiempo movidizo, vertiginoso, donde no hay mucho tiempo para ciertas cosas... Bueno, de modo que a ciertas personas está destinado el leer a Mc Luhan –que se destina a Ciencias de la Comunicación–, a otros Weber, a otros Maquiavelo y Aristóteles... Eso, efectivamente no puede ser así y hay que hacer un serio esfuerzo para recomponer el caudal de solicitudes bibliográficas de un modo de generar un atributo común, y un repositorio común. Esto que digo hasta puede sonar conservador, pero estas transformaciones –muchas de ellas– serán buenas si recurren a un impulso, en primer lugar, vinculado a la conservación de los grandes patrimonios que hoy, en un momento de fuerte castigo a los legados clásicos, conservarlos es revolucionario. Pero conservarlos de un modo que abra su lectura no de un modo profesional, en la universidad las lecturas no tienen que ser profesionales, otro es el problema de la profesionalización que no ignoro y que me parece que es uno de los graves problemas que tenemos que redefinir, pero no puede ser una lectura donde se profesionalice, en términos de una abstracta división del trabajo, alguien a leer más a tal autor que a otro que a veces se consagra en la expresión «estoy trabajando tal tema», expresión de carácter aparentemente inocente pero que revela el modo en que en nuestra lengua está operando esta división técnica del trabajo sumamente oscura desde el punto de vista del conocimiento, pero sumamente clara respecto que en la división técnica del trabajo ya se insinúa una profesionalización poco imaginativa respecto a lo que hay que leer. Así, quedan en nuestro lenguaje los rastros de esas lecturas a modo de identidad pragmática, fácil, como una oblea que se prende en el pecho: yo cito a Aristóteles, el otro cita a Max Weber...

De este modo ninguna de estas lecturas se realiza de una manera inspiradora porque una lengua se compone de la revisión e

investigación de las lenguas anteriores, de modo tal que se si dice "trabajar tal o cual tema", eso indica algo interesante desde el punto de vista que en la universidad efectivamente se trabaja, pero algo poco interesante respecto a esa división técnica del trabajo donde nuestros graduados o nuestros profesores y nosotros mismos –no me quiero excluir de ninguna de las insinuaciones que hago respecto de nuestras deficiencias– es que finalmente nuestro lenguaje se revela a veces turbio en marcas de identidad, entonces, eso es algo que tenemos que redefinir.

Ya pasamos todos por las discusiones –que muy bien señalaba Portantiero– respecto de qué modelo de ciencia y cómo actúan las ciencias naturales, la gran discusión de principios del siglo XX que fundamenta la obra de Max Weber. Creo que esta discusión puede volver hoy, pero también a la altura de como ha sido reconstituida por las grandes lecturas por las que atravesamos: Foucault, Bourdieu, Gramsci... Sobre esto también la revisión de la lengua es importante, no podemos ser víctimas de los programas de lectura que no originemos necesariamente. Por supuesto que habría que leer a Foucault, a Toni Negri, y subrayo muy enfáticamente ese «por supuesto» pero no es tan «por supuesto» el hecho de que ya no estamos en condiciones de originar autónomamente nuestros programas de lectura y, por lo tanto, la lengua foucaultiana cuando aparece muchos años después desembarcada en nuestras playas aparece también bajo la forma de un cierto rictus del lenguaje que no me parece interesante. Aparece una lengua foucaultiana que sustituye a las lenguas anteriores –parsoniana, etcétera– y nuestras universidades están sometidas a hacer un viaje absolutamente rutinario y con pocas capacidades explorativas por programas de lectura: son estaciones de una especie de trencito aburrido. A veces se hacen buenos trabajos en nombre de esas lecturas, pero no son buenos trabajos en relación a la revisión de los fundamentos y la recreación de las ciencias sociales entre nosotros. Si uno escucha hablar foucaultianamente, etcétera, escucha hablar benjaminianamente, qué necesidad tenemos de no aperecibarnos respecto a que la introducción de lecturas tiene que estar sometida a toda clase de las cautelas del lector, tiene que haber –no digo políticas, porque no puede haber políticas para cualquier cosa porque finalmente estas cosas ocurren inevitablemente– autoconciencia de profesores y alumnos respecto a como abordar las lecturas en un campo bibliográfico muy denso como

es la tradición bibliográfica argentina, que no podemos también pasar por alto. La tradición bibliográfica argentina no puede ser un agregado más, piadoso, después de leer lo que realmente importa; esta tradición bibliográfica argentina ya fue antes lectora de todos estos... en algún momento habría que leer más a Le Bon como hay que leer hoy más a Foucault y en algún momento habría que leer más a Pierre Leroux como hay que leer hoy más a Habermas.

De modo tal que la historia en nuestras lecturas es la historia cancelada, quebrada y derrotada de lecturas que fueron, de alguna manera, suplantadas por otras y esa historia que es interesante, es la historia –algunos dirían– de los paradigmas sociológicos, pero no podemos ser lectores tan sometidos a influjos que no estamos en condiciones de investigar en su efectos políticos y en el modo en que también producen situaciones en campos bibliográficos y en condiciones intelectuales de inferior potencialidad, como las nuestras respecto de universidades de países que tienen un campo intelectual y una reproducción de su vida intelectual sostenida por mayores recursos. Estoy llamando también a una cierta independencia intelectual de nuestras universidades, es una universidad argentina, es una universidad donde enseñaron profesores que se plantearon este mismo problema de la independencia intelectual y se lo plantearon leyendo todo lo que había que leer, por supuesto lo plantearon leyendo a todo lo que provenía del discurso de la crisis occidental –por decirlo así– en la cual estamos, somos protagonistas y sobre la cual tenemos mucho para decir.

De modo que la reconstrucción de la lengua universitaria en las ciencias sociales yo la vería en relación a este llamado a recomponer campos de interés en términos de la autonomía de la pregunta, eso redundará en que cuanto tengamos que leer efectivamente las novedades bibliográficas dadas por industrias y editoriales que ya no están en condiciones de forjar un campo bibliográfico relacionado a la industria cultural argentina porque ésta se ha quebrado también, bueno... la universidad tiene que hacer un esfuerzo para recomponerla y no para publicar... por supuesto, quiero decir, publicar cualquier cosa, la publicación es un hecho gozoso, pero evidentemente no podemos tener nuestras revistas que apunten apenas a la construcción de curriculums porque serán pobres curriculums, pobres nuestros títulos, pobres nuestros

certificados y aquellos frente a los cuales obtenemos esos títulos tampoco lo van a creer si somos apenas el espejo invertido y el eco de lo que ellos ya dijeron veinte años antes. Entonces, tenemos que recomponer nuestro mundo bibliográfico a través de publicaciones centrales de la universidad donde este problema esté presente y dejarnos de chapucerías como todas las formulaciones con las cuales se controla la escritura, ¡basta de controlar escrituras!, acá hay Decanos, personas que toman decisiones, estas decisiones son decisiones políticas, no digo que la política pase sólo por ahí pero la política debe pasar y en gran medida por definir qué organización del sentido es pertinente para la universidad, por supuesto que todos tenemos una visión plural de la organización del sentido en una universidad, pero también tenemos que tener la conciencia de que hay formas hegemónicas de organizar el sentido con las cuales hay que debatir, y por qué no crear aquellas que sean del campo de interés de los graduados en ciencias sociales de la Argentina, en relación con una tradición que tiene muchos años (tiene también ciento cincuenta años la tradición de las ciencias sociales en la Argentina porque se realizó muy en consonancia con sus modelos mayores). También analizar la historia de como esta tradición que fue leyendo sus modelos mayores arroja un resultado bastanteador, porque el modo en que se leían los modelos mayores a principios del siglo XX, cómo los leyeron Juan Agustín García o Ramos Mejía, revela paradójicamente, en los años del llamado positivismo argentino, más autonomía intelectual que la que tenemos hoy. ¿Por qué hemos perdido tanta autonomía intelectual siendo que ni se propone una absurda autonomía intelectual ni se está proponiendo absolutizar un pseudo momento de creación autopoética de la sociedad argentina? No pienso eso, pienso que pertenecemos a un debate en el que sólo vamos a poder hacer contribuciones reales a... (ese debate es finalmente el de la relación Europa-Latinoamérica, el de sus corrientes intelectuales, de sus corrientes... en fin, no es fácil definirlo de una «sentada» pero evidentemente todos sabemos bien a que me refiero), bueno, a ese debate tenemos que postular la autonomía intelectual de nuestras universidades y de nuestras corrientes de pensamiento, sin la cual no hay ningún aporte posible, habrá solo rituales de una mimesis muy empobrecida.

Entonces, esos también son los temas que yo llamo de la configuración de un rescate del patrimonio bibliográfico y del modo en

que se escribe, se cita y que finalmente es el modo en que se piensa. También tenemos que ingresar a un debate sobre la cita, efectivamente en el campo de las Humanidades se vive de la cita y la misma es un momento elevado del pensamiento, pero hay ciertos modos de cita, incluso hay formas de regulación burocrática de la cita sobre todo en las ciencias sociales donde han avanzado mucho porque su aparato científico se quebró hace muchos años, no hay un aparato científico de las ciencias sociales: quisiera que me digan donde está ese aparato científico. Si uno lee a Habermas, una lectura obligatoria, uno puede imaginar que ahí hay una fuerte inversión filosófica en relación a como se construyen reglas del pensamiento, es un pensamiento sobre reglas muy abstractas y al mismo tiempo es una fuertísima reflexión sobre el viejo campo clásico de la teoría de la acción y un intento de resolver justamente todo este problema de las áreas contrapuestas, de las fronteras muchas veces artificiales que se han creando entre las ciencias de la comunicación, las ciencias políticas, la filosofía, las ciencias morales... Pero al mismo tiempo me parece que en el modo como nosotros utilizamos la cita, utilizamos el modo de construir conocimientos, se rebela una fuerte imposición de... que ocurre más entre nosotros que en los lugares donde esto se ha inventado, el modo de la cita anglosajona, por ejemplo, lo adoptamos con una asombrosa acritud; el modo de la cita anterior, más ligado a la cultura francesa, no digo que no hubiera que revisarlo también, pero evidentemente nuestros modos de cita que se ven en todas nuestras revistas de ciencias sociales son modos de citas que a veces impide la lectura y simplemente declaran una certificación sumamente abstracta del respaldo que deben tener nuestra imaginación sociológica, porque da la impresión que antes que a otra cosa se rebela el temor por estar arriesgando formulaciones o modos de cita o invocación de textos y de pensamientos que correrían el riesgo de no ser considerados por la manera en que esto se evalúa en las sucesivas y cada vez más complejas instancias de evaluación de nuestros trabajos. Tenemos que intervenir en la apropiación de las condiciones de evaluación, no hay una universidad autónoma; la universidad puede ser autónoma en muchos sentidos –aunque quisiera que se me diga bien en cuál es hoy autónoma–, pero no puede dejar de ser autónoma solo en un sentido muy relevante que es en lo que produce como campo significativo de sus conocimientos y de sus trabajos. Bueno, en ése tam-

poco siento que seamos muy autónomos, estamos sometidos a toda clase de vigilancias, incluso a nuestros alumnos que escriben un buen trabajo sobre Foucault se los vigila y se los castiga del peor modo en que... en esa obra se señala que esas acciones pertenecen a formas de conocimiento con las cuales se constituye verdaderamente aquello que habría que criticar, de modo que, me da la impresión de que todas las lecturas que debemos hacer tienen que ser llamadas a un terreno emancipatorio o de nueva emancipación ya que esta palabra sustituye a otras anteriores y al decir esto no ignoro que todas nuestras palabras sustituyen una anterior que se ha muerto, pero que se ha muerto en condiciones de revivir, como esta «emancipación» que no me disgusta para nada y que sustituye a otra como liberación y demás...

Pero evidentemente esto que llamo la autoconciencia de la recuperación del tesoro perdido es algo que efectivamente la universidad debería producir: es la idea de que las mutaciones, los campos temáticos que aparecen y desaparecen fruto de muchas políticas entre grupos académicos o entre países incluso, componen una geopolítica de las bibliografías, geopolítica de la industria cultural, y todo eso nos va a encontrar con mejores posibilidades de intervenir. No podemos crear veinte carreras nuevas en el área de las ciencias humanas pues estaremos creando una especie de proletariado para doctorados en el exterior. Todas esas condiciones de países proletarios, de universidades proletarias que producen graduados que van a adquirir la verdadera lengua para la cual lo preparamos en forma balbuceante, pero que se va a poner con un sello industrial definitivo con los doctorados en el exterior, también es un tema que debemos tratar y no de una manera provinciana, pacata y tonta, lo debemos tratar porque de eso depende el destino de la universidad argentina y yo diría del país argentino porque si no, declaremos que todo esto está en liquidación y dediquémonos a formar parte de una especie de industria de la globalización de los títulos, de los doctorados internacionales. Si me dicen que eso es lo que hay que hacer, vería si lo hago o no y vería qué disputa se hace en el interior de esa reproducción del conocimiento, pero me da la impresión de que ninguno de nosotros quiere esto, entonces esto es un debate de gran significación en la Argentina porque no es un país que se haya caracterizado por no tener este debate aún en el momento en que, como podemos decir, todos nuestros héroes intelectuales del pasado de alguna

manera u otra pertenecían a un campo problemático cuyo inicio podría decirse que había ocurrido en ámbitos intelectuales más desplegados y más vigorosos, pero eso no quiere decir que hoy cuando ocurre esto mismo, no tengamos una fuerte sensación de que ya no intervenimos más.

Un poco pasa también con la obra de Toni Negri a la que yo le doy una significación muy grande y el debate en la Argentina es también un debate sobre como se compone una obra, a pesar de que puede parecer que debatimos también en términos de si hay que ingresar o no a nuestras fichas un concepto o no de multitud o de lo que fuera, más bien es un concepto de como se compone una lengua también. Toni Negri compuso una lengua y eso, yo cuestionaría el modo en que compuso una lengua, con la lectura de los 60 de Marx y como la recompuso con la lectura de zonas muy evidentes de la filosofía francesa, pero es una aventura intelectual, a mi juicio enteramente respetable y discutible y no sé si estoy de acuerdo en el modo en que se la discutió en la Argentina, con un impulso refutador a veces demasiado rápido, pero me parece que también como Italia es un país que vivió y atravesó, en relación a otros países con aparatos intelectuales más desplegados, momentos y etapas muy parecidas a las nuestras, seguir el itinerario de Toni Negri, en un país donde tantos han leído Gramsci como la Argentina, me parece de gran interés porque creo de ahí tenemos que sacar experiencias importantes para reconstruir nuestra carrera de Ciencias Sociales, ya sea que se funden o no nuevas carreras de Sociología porque la sociología puede ser un saber segundo, un saber que esté presente en otras carreras y en una forma un poquito más armoniosa y no esta lucha oscura que francamente amarga -a mí personalmente me amarga mucho-, como a la Facultad a la cual pertenezco donde las carreras están en una lucha sorda que a veces se aplaca durante semanas y después reverdece a propósito de cualquier tontería, entonces, realmente no es grato estar en una universidad así configurada: si es para amargarse y tener que luchar por campos epistemológicos, prefiero que se expliciten los términos y se recreen los pensamientos públicos que contribuirán a transformar al país en serio y, en camino de esa pregunta, preguntarse por el destino de las ciencias sociales.

Anoté tres palabras que me parecen interesantes de la carga que tienen las ciencias sociales y la sociología particularmente

que es una palabra muy plena, yo personalmente diría de usarla también con prudencia esa palabra, lo digo después de muchos años de estar presente en las carreras de ciencias sociales. Hay que usar con prudencia esa palabra porque también es una palabra que impone al interlocutor ciertas reservas, no se sabe bien lo que ella... y por lo tanto impone, al no saberse lo que es... basta ver la encuestología, basta ver el modo en que aparece en los momentos electorales, basta ver la opinología en la que muchos de nosotros participamos, yo me escandalizo cada vez que... sin embargo nunca me negué a hablar, si me llaman por teléfono, digo algo, después si sale publicado lo leo y me escandalizo, quiero revisar la raíz de ese escándalo también porque no quisiera ser un anacoreta que deje de hablar y quisiera aprender como se tratan estas cuestiones y juzgo no haberlo aprendido, pero me parece que forma parte de la prudencia con que hay que usar la expresión sociología incluso velándola un poco... Porque no es cierto que la profesionalización... que no sólo respeto, sino que creo que habría que contribuir en términos de la vocación, es decir, en términos de esas dos grandes magníficas conferencias finales de Weber que las debemos releer: nuestro campo bibliográfico se compone de diez, quince textos, que son tesoros, no hay muchos más, algunos tienen que ser argentinos y tienen que leerse año tras año bajo diferentes enfoques; no puede ser el alumno que dice "¡Otra vez el 18 Brumario!", no, yo lo leería todos los años bajo diferentes enfoques; "¡Otra vez Weber!", no, leería Weber en relación a todas las lecturas que se han hecho. El campo hermenéutico de nuestra Facultad debe ser recreado a través de toda la tradición de esas hermenéuticas interpretativas, de la teoría literaria, en fin, no puede ser que permanezcamos ajenos a los problemas que son homólogos absolutamente en los demás campos del conocimiento.

Las palabras a las que me refería eran *sociodicea*, *sociolatría* y *sociocracia*, estas dos últimas están en Comte, tienen un poco la idea de decir sociología de una manera enfática como yo digo que no hay que decir, hay que usarla con prudencia porque es una palabra que a veces resulta venenosa, es una palabra que resulta mal dita y de algún modo tenemos hoy la idea entre nosotros que hay una maldición con la sociología porque hay que poder explicar que pasó que se desmantelaron tanto las carreras que, en Buenos Aires, una lucha oscura, que justifico en términos de que sea una lucha política porque siempre me parecen justificables, pero no

puede haber luchas políticas que tengan mayor carga autodestructiva que aquello que prometen reformular en términos de generosidad política. Por supuesto que no culpo a nadie de eso, todos participamos en esas luchas pero de alguna manera también tenemos que extraer una lección respecto a como luchar y como deben ser las instituciones de soporte en las cuales luchamos, porque o no las soportamos o las destruimos para hacer instituciones mejores o simplemente seremos promotores de una nueva disgregación a cambio de nada en la universidad, eso creo que como ninguno de nosotros quiere serlo... también me lo digo para mí que estoy cerca de esos procesos transformadores. Entonces, usaría con prudencia la palabra sociología; otros no sé... porque estuve años ahí y viví con cierta intensidad los períodos de movilización; otros dirán lo suyo sobre la palabra economía que está más establecida, ni quiero decir un abogado que no quiere usar con prudencia... más bien se hacen tarjetitas y las presentan a cada rato, pero yo creo que hay ciertas profesiones que... no en vano la palabra *beruf* quiere decir profesión y vocación weberianamente hablando, no digo porque sea el alemán la lengua que lo sostiene, sino porque es la obra de Weber que sostiene esa conjugación de profesión y vocación, y esa conjugación entre ciencia y política con un delicado equilibrio que nunca atinamos a descubrir muy bien, bueno... entonces me parece que eso llama a la prudencia del uso en nuestras certificaciones y en nuestros títulos porque pertenecemos a muchos campos del lenguaje, con cierta conciencia de que esa pertenencia realmente existe, no somos abogados ni somos... somos algo que está en recreación permanente, entonces, en el campo de las profesiones esta es una profesión cuya incerteza tiene que ser un motivo de orgullo también, no puede ser motivo de una oscura lucha profesional donde haya una ley que entre paréntesis el actual Ministro de Educación tuvo que... esa ley, un poco ingenua esa ley, establece campos, dice en que lugar debe participar un sociólogo, yo no soy partidario de que haya una ley profesional, que haya profesión por supuesto, cada uno... en el Estado son necesarias... esto que digo no obstaculiza los destinos particulares y grupales de nadie, al contrario, lo fortalece llamando a las ciencias sociales a una discusión muy vigorosa de la cual hasta se puede aprovechar el encuestólogo que trace el destino de una semana electoral por la televisión. Lo que digo contribuye tanto a eso como a que haya alguien que haga

una pasantía en una comisaría y trate la cuestión de la tortura e incluso sepa como impedirlo. Entonces, eso me parece que forma parte de configuraciones morales y ni siquiera digo éticas que hasta sería más filosófico, digo morales en el sentido de una carga de decisiones que nos vinculan con el germen de lo humano en tanto humano, esto tienen que ser también las ciencias sociales, no podemos privarnos mucho más de eso.

Entonces, Comte, aquel que decía sociología e incluso sociolatría —no lo volví a revisar para venir aquí pero...—, quiero decir la sociedad se festeja a sí misma porque es el lugar donde sale todo el sentido, no sé si podemos decir eso hoy, sociolatría —lo dice: sociolatría— y sociocracia es porque a la manera de Saint-Simon la sociedad obtiene de la sociología el más severo impulso para su autogobierno. Cuando la filosofía descartó la idea del filósofo rey ¿podemos nosotros sostener la idea del sociólogo rey?, ¿la idea del sociólogo que en medio de una formulación sociocrática obtiene de estos conocimientos el reaseguro para sostener artes de gobierno? Yo dudo de eso, aunque eso ha ocurrido en Brasil: un sociólogo fue presidente y de algún modo hay un cierto rastro de la idea de sociocracia de Durkheim; Brasil es un país muy sociológico, muchos sociólogos en todos los partidos y el debate presidencial último fue sobre la sociología, había que ser sociólogo u otra cosa, de modo que es un debate muy profundo, y el que decía que había que ser otra cosa lo decía desde un partido también lleno de sociólogos, y los asesores que decían que no había que ser sociólogo también eran sociólogos, de modo que esa discusión a mí me pareció fundamental y aquí no se ha llegado a esa discusión porque el impulso, la idea de una sociocracia... porque tampoco en la Argentina se inventó una teoría como la de la Dependencia que es más brasileña que argentina; en la Argentina de algún modo el ideal de ser... Bueno, lo explicó muy bien Portantiero, la sociología de Germani de algún modo no admitía un saber de tipo económico y ponía muchos más obstáculos... cuando entré a la carrera de Sociología en el Germani, «introducción a las ciencias políticas» era una materia muy menor, apenas si se leía a Maquiavelo y hoy está en el centro de la discusión política. Hay una historicidad de la bibliografía, una historicidad de nuestras lecturas, no puede ser un campo absolutamente errático y que genere capillas de lectura y tesis y tesinas, entre paréntesis, esa palabra es abominable, esa palabra hay que cambiarla, no puede

ser tesina, no porque no exista en el diccionario, hay que inventar palabras y luchar para que existan, pero esa rebela un momento menor de nuestras vidas, la tesina es un momento que de algún modo hace de la escritura un hecho técnico, no es interesante. Yo llamo política a intervenir incluso en el rango moral de las palabras, moral en el sentido de capacidad de organización social de las palabras.

Entonces, en ese sentido me parece que descartaría las palabras sociolatría y sociocracia, o sea la idea del sociólogo rey, pero no descartaría analizar todos los tramos en donde la Argentina apareció el sociólogo rey, es decir, el proyecto de una sociología capaz de abordar incluso los asuntos de Estado y convertir a una persona en depositaria de esos dones, es decir, el del gobernante y el del sociólogo, no como tarea menor, como segundo violín si no como el lugar donde se articulan conocimientos. Tal es la carga utópica de la sociología, y tan utópica que en el marxismo no deja de estar presente de alguna manera también y quizás el marxismo desarrolla, sin quererlo, con mayor énfasis esa carga utópica que está en la primera sociología. Eso no sé si tenemos que seguir debatiéndolo en términos de apartarnos de ese destino de sociólogo rey o de... como muchos de nuestros alumnos y de las personas más interesantes de la militancia que piensan... Digo más interesantes no porque esté de acuerdo con ellas si no porque me parece que a pesar de que pertenecen a grupos con distintas siglas y orientaciones también retoman la idea de que en la sociología hay un impulso inicial y de carácter enérgico y vitalista para imaginar, ya desde ella, formas de gobierno. No ignoro que, también para decir unas breves palabras sobre la relación entre la sociología y los momentos revolucionarios, que éstos aparecen fuertemente cuestionadores de los momentos sociológicos como momentos vicarios, es decir, momentos que representarían el impulso adormecedor de las revoluciones. En ese sentido Lenín tiene escritos muy claros un debate con un pobre sociólogo que quería explicar la Revolución de Octubre, que se llamaba Pitirim Sorokin y que era diputado de un partido que a Lenín no le gustaba nada a pesar del nombre poderoso que tenía —«Socialismo revolucionario» se llamaba el partido—, pero era de los populistas rusos y a Lenín no le gustaba y se va a los Estados Unidos y funda una vertiente de la sociología norteamericana. Y la disputa de Lenín en contra de la sociología como pensamiento pequeño burgués,

democratista, es contra este hombre, Sorokin, que pasa a la historia no por su obra sociológica si no porque Lenin le destinó cierta atención de su tarea revolucionaria fulminándolo como sociólogo.

Esa situación es muy interesante y vuelve de tanto en tanto, y eso sí habla de que la sociología puede mantenerse como un lugar equívoco respecto al sentimiento revolucionario. Nuestros estudiantes, son hijos algunos aun sin conocerlos de esos textos de Lenin (porque es cierto que también el caudal de lectura ha decrecido en los últimos tiempos –habría que investigar por qué ocurrió eso, el modo de leer con los libros ha decrecido en relación a otras formas telecomunicacionales de lectura que habría que investigar, sin duda), pero aún los hijos de este texto de Lenin dicen en algunos casos que la sociología es apenas un pantalla, una cutícula, un tejido superficial que finalmente habría que descartar. Y las carreras de Sociología si tienen un interés hoy, un interés paradójico a mi juicio, es porque las personas que piensan en relación a ese formidable recuerdo de un momento revolucionario del siglo XX están presentes en las carreras de Sociología no en otras, no van a las de Ciencias Políticas donde hay un cierto toque de relación a la teoría del Estado y como mantenerlo y como fascinarse con un príncipe. Todavía en la sociología está el fantasma de Lenin, hay «espectros», para decirlo con el título de un libro, espectros de Lenin y de Marx, entonces en ese sentido eso las mantiene vivas y las hace difíciles. Entonces, hay que resolver eso para que sigan vivas y la dificultad no se torne en contra de ellas; eso es un dilema, es un enigma político cómo resolverlo porque evidentemente muchas veces estas personas que son los que han escuchado el mensaje de Lenin en las carreras de sociología, la sociología no es revolucionaria en sí misma pero hay muchas versiones de sociólogos revolucionarios, en los años sesenta hubo muchas, Carri entre nosotros, Camilo Torres, etcétera. Esas personas a veces también simultáneamente eligen un modelo científico muy empobrecido, de modo que todos los planos en que puede actuar un militante revolucionario que entra a una carrera de sociología se reducen a uno solo: como hijo de aquel texto escuchado relevantemente de Lenin, así la crítica a la sociología, siempre burguesa, no es que haya una burguesa, todas lo serían y al mismo tiempo, la aceptación de un ideal científico que me da la impresión de que las izquierdas que actuaban en las carreras de ciencias sociales nunca han sabido problematizar de una manera más

creativa, más vigorosa, puesto que tienen –de alguna manera también pertenece la característica a toda la historia de las izquierdas mundiales– cierto déficit en la problematización de cuál es la ciencia que heredan.

Es momento entonces para que, si la sociología está destinada a mantenerse como palabra, como conocimiento, tome este debate de una manera definitiva. A nosotros nos compete, porque hemos leído, hemos dado clases, hemos luchado políticamente, mantenemos la universidad pública con dificultad, venimos a estas reuniones y demás... por lo tanto nos compete a nosotros en medio de nuestras propias luchas políticas e imagino que desacuerdos mantener la carrera de ciencias sociales. Como Juan Carlos Portantiero quiero terminar de una manera auspiciosa, de autoauspicio, diciendo que hay elementos a descubrir y ese descubrimiento es difícil para imaginar que el sociólogo rey, la sociología como campo superficial de una ciencia que gobierna incluso los impulsos revolucionarios o una ciencia a ser revista para seguir utilizando la palabra ciencia de un modo pertinente, la palabra ciencia, pues, no puede ser usada de cualquier modo y los modos en que la usamos entre nosotros muchas veces son modos imperativos, a veces con un ligero despotismo nacional, argentino, que uno puede disculpar en un colega argentino también, pero no dejan de ser formas despóticas de ganar una batalla política, entonces, esa palabra, una palabra muy antigua, tiene que ser revisada también muy profundamente. Para ninguna de estas revisiones deberíamos considerar que estamos absolutamente preparados, pero tampoco debemos considerar que sabemos poco sobre estas revisiones, pero hay que hacerlas; no se hace de un día para otro, pero hay que estar en actitud de percibir que estas reformulaciones pueden hacerse porque estos son campos de mucha sensibilidad donde curiosamente aquello que... Foucault decía en el capítulo X de «Las palabras y las cosas» que la sociología es un saber peligroso y en peligro y que siempre es así.

No hay ningún problema en aceptar esa definición. Me parece que si es un saber difícil y siempre crea dificultades a todos y al mismo tiempo el mismo está en dificultades porque esto es siempre así, si uno crea dificultades está en dificultades uno; seríamos muy vivos si dijéramos como se tiene que gobernar, como hay que escribir y como formular la verdad sin que nosotros fuéramos víctimas también de la incerteza de lo que eso supone, y demasiadas

veces vemos que en las carreras de sociología ese impulso ha ocurrido. Entonces, sería mucho más interesante decir que todo el campo de dificultades que estamos atravesando es un campo donde hay potencialidades de revisión; evidentemente hay potencialidades de reformulación bibliográfica y hay potencialidades de redescubrimiento de aquello a lo que perteneceríamos como lugar de un ejercicio de reflexión, por ejemplo, los trabajos que se están haciendo en los últimos tiempos bajo cierta orientación que me suena auspiciosa y a la vez postrera, me refiero a lo que llamaría "el último sociólogo", que me parece que fue Bourdieu, el último sociólogo importante que dejó un mensaje, construyó un lenguaje, no me parece carente de interés y no me parece que no haya que seguir discutiéndolo en la Argentina, pero no es la tabla de salvación de las ciencias sociales en Argentina, me parece a mí. Tampoco es alguien desdeñable, entonces, justamente los trabajos de mayor contacto, lo que podríamos llamar el sujeto social en situaciones dramáticas, es decir, el lugar de la caída, el lugar donde están los prójimos que han perdido sus derechos y su dignidad, el lugar donde se produjo el desbaratamiento de la persona –vamos a decirlo así–, en ese lugar se han hecho trabajos importantes los últimos años y lo hicieron sociólogos jóvenes, muchos de ellos con doctorados en el exterior, en universidades mejor preparadas que las nuestras, con muchos más recursos y sin tantas discusiones como las nuestras –lo que no necesariamente es bueno, me gustan estas discusiones–, ha traído un estilo de trabajo a partir del conurbano de Buenos Aires. Un lugar fastuoso para las ciencias sociales y que uno se extraña que no haya más trabajo al respecto para estudiar: los piqueteros, movimientos sociales, con lenguajes en algunos casos renovados, se dicen movimientos colectivos o «acción colectiva».

Frente a ese concepto de «acción colectiva» yo diría, extrayendo algo de lo que dije, por supuesto que me gusta ese cambio de concepto, pero no quisiera ser también la víctima rápida de un concepto aplicado a manera de una tabla de salvación para las insondables discusiones que tenemos porque ese concepto puede ser también rutinario, de modo que yo todo concepto nuevo y toda formulación en el campo de las ciencias sociales donde aparecen estos conceptos, como este de «acción colectiva», me parecen interesantes, es una teoría de la acción, uno podría verlo con Gramsci también, una teoría de la acción colectiva, y uno no tiene que

ser un maleducado que diga: mirá, esto ya estaba, ya lo dijo tal o cual, pero tampoco hay que ser víctima de un proceso innovativo que afectará la capacidad investigadora de ese trabajo también puesto que esos trabajos –hay muchos ya– hablan ni más ni menos que de aquellas personas que han visto perder su mundo de vida, tampoco pueden ser trabajos que estén involucrados en mundos lingüísticos que provienen de discusiones muy aceptadas y muy elaboradas en mundos intelectuales, otros. Entonces, también nuestro mundo intelectual debe estar atento y cuando surgen conceptos tiene que surgir conceptos que no se prendan a la zaga de los fetichismos en curso; ya hemos convertido nuestra vida en demasiados momentos de conceptualización fetichista.

Entonces, decía sociodicea, para terminar, porque es una expresión creo que de Bourdieu, que es el estudio del individuo, el itinerario del individuo en una trama mayor, colectiva, eso sí me parece interesante, preferiría la sociodisea a la sociocracia y a la sociolatría. Eso es lo que quería decir de esas tres palabras, pero la sociodicea, que es una expresión de Bourdieu que he visto que en algunos de estos sociólogos interesantes y que mantienen viva la disciplina finalmente porque han publicado libros y han tenido la fortuna de estar munidos por un ámbito de estudio y de lecturas más protegido que el nuestro, yo no me quejo de lo nuestro, que no son ámbitos protegidos, somos profesores de línea, estamos todo el día dando clase, etcétera y no tenemos mucho tiempo para leer, no me quejo y al mismo tiempo tenemos que establecer un diálogo con los que han leído mundos más elaborados y más protegidos. Pues bien, estas expresiones me parecen interesantes y yo agregaría cosas a la sociodisea porque evidentemente es el itinerario lleno de sorpresas y de aventuras de una vida, pero también es el de la sociología, la sociodisea y también es el concepto de teodisea que utiliza tan interesantemente Max Weber, es decir, un camino en relación a ideas de la sociedad, en relación a lecturas, la gramscidisea es para nosotros, no lo digo acá porque está Juan Carlos (Portantiero), todos leímos a Gramsci y todos pertenecemos a ese lugar que es un lugar de la lectura argentina y nada más... bueno, al venir –si me permitís Juan Carlos que lo diga también ya que se mencionaron personas–, al bajar de la estación, Juan Carlos recordaba que era la ciudad de Aricó, que es la ciudad de Villa María.

Bueno, me parece que todas esas son joyas de nuestra... lo digo porque es pertinente decirlo acá, en este lugar de la Argentina, son

las joyas oscurecidas que tenemos que revisar, ahí están nuestros respaldos, ahí y en muchos otros lugares, es decir, la tradición latinoamericanista argentina, Mariátegui y yo diría hasta José Vasconcelos que es un pensamiento con un florilegio en mitologías de mucho interés. La teodisea o la sociodisea o sea nuestro itinerario por lecturas, no debe excluir ninguna aventura intelectual ya se aquellos que pensaron con el mito, Gramsci fue uno de ellos, sin duda, sin estar dentro del mito; otros que están dentro del mito hay que respetarlos y leerlos, ninguno de nosotros sabe si nuestros mitos si nuestra mitodisea siendo que nos creemos tan poco mitológicos, es la forma de llenado de un formulario de investigación, el peor de los mitos del lenguaje que es ese. Entonces, no estamos protegidos frente al acoso de ninguno de los dioses – como decía Max Weber–, estamos inmersos en el politeísmo de los dioses. Entonces, esto quiere decir que si reconocemos este momento de la universidad argentina, todos los grandes textos que hay en la Argentina, la sociología argentina de Ingenieros se lee mal, se lee muy mal; Echeverría se lo lee mal, se lo lee como una cuestión del pasado, pintoresco, algo que pasó hace muchos años, ¡ah! ¡qué bueno, había un antecedente!, no es así, es un texto conmovedor y que no se escribe más así y es un texto donde uno ve el sabor donde las disciplinas no se habían diferenciado. Si uno lee «La ojeada retrospectiva» es un tratado de sociología, un elogio a los mártires, una teoría del partido político, claro no está desarrollado como lo desarrollaría un erudito, pero están insinuados todos los temas y no sé si nuestros eruditos podrían avanzar muchos más. Entonces, hay que leerlos porque nos dicen respecto de nuestras vidas personales de hoy, no porque Echeverría sea un pintoresquismo donde: el graduado tiene que saber Echeverría, escuché muchas veces eso, ese pensamiento no es conveniente. Toda la bibliografía pasada, clásica y moderna es actual para nosotros, nada más actual que estos clásicos y a veces nada más envejecido que una lectura última.

Entonces, todo eso forman parte de políticas, frente a las cuales no hay que organizar partidos políticos porque no corresponde organizar partidos políticos *de la lectura*, pero es un ámbito profundamente politizado y politizable de nuestras universidades.

Para terminar: el movimiento estudiantil siempre combatió la idea de neutralidad valorativa –¿quién no se inició en la política universitaria combatiendo la neutralidad valorativa?–. Me da la

impresión de que uno de los modos en que lo explicaba Weber, es decir, el momento del aula, de la clase, siendo que escuchamos a tantas personas, amigos nuestros, decir: ¡basta de enseñadero, hay que investigar! ¿y dónde están las grandes investigaciones? por supuesto que las haya, pero se harán bajo las condiciones y que me parece que tenemos que rediscutir, en cambio, la expresión «enseñadero» que muchos inadecuadamente utilizaron no es conveniente. Enseñar y hay que ver qué es enseñar también, a veces creemos haber enseñado durante veinte años y no dijimos más que tonterías que fueron escuchadas nada más que por cortesía. Entonces, el momento del aula es un momento central y es un momento donde los valores adquieren otra prestancia, no digo neutralidad, no creo en esa neutralidad, pero sí que son valores que se retienen, son valores que deben estar presentes de una manera diferente, son valores que originan cierta suspensión momentánea del fragor de las luchas, aunque haya las luchas específicas: la definición de un concepto de un aula porque si no una universidad no se mantiene y quizás muchos de nuestros mejores militantes, de cualquier orientación que sea, los que ponen el fervor de su vida en transformar el mundo, muchas veces creyeron que la transformación pasaba por no aceptar ese momento de retención del conocimiento que hay en un aula, que no es un «enseñadero» ni nada por el estilo, es el máximo lugar de realización de la universidad, después vendrán las investigaciones o simultáneamente, como se quiera, no quiero subordinar las investigaciones, pero de repente cuando aparecieron los nuevos formularios en la universidad, había veinte investigadores y al otro día hubo veinte mil, ¿qué fácil producimos investigadores por orden de formulario? esto también tenemos que tenerlo en cuenta, no puede ser que nos mantengamos tan supuestamente inocentes respecto a las mutaciones tecnológicas del conocimiento, ahí hay un foco de politización.

Por último diría que las ciencias sociales, la sociología, si se está en condiciones de mantenerse como carrera, como disciplina y como profesión es porque sabrá analizar en sí misma también el rastro que ha dejado de sus propias inconsecuencias y su propia incapacidad de ver aquello que la afectaba a ella misma.

Para el debate de las Ciencias Sociales ante la crisis argentina y las transformaciones en el escenario internacional, consideramos necesario plantear algunos problemas nodales con una estrecha relación entre sí, aunque seguramente no agotan los múltiples y complejos factores que imponen duros desafíos al pensamiento social. Los temas desarrollados contemplan: I) La crisis del *objeto de estudio*, con referencia a los profundos cambios ocurridos en nuestras sociedades y en la arena mundial de las últimas décadas. II) La crisis de las Ciencias Sociales y Humanas, vinculada con sus extremas parcializaciones y el distanciamiento entre la elaboración teórica y los procesos socio-históricos en los cuales se formulan o actualizan tales elaboraciones, lo cual obstaculiza el despliegue de un conocimiento estratégico. III) La endeble formación de los científicos sociales –salvo los especialistas– en historia de Argentina y América Latina, que lleva a eludir la vigencia del pasado en problemas de actualidad. IV) El potencial del pensamiento autónomo latinoamericano de tradición popular, con respecto al alcance del concepto de seres humanos, ciudadanía, democracia y pluralismo. V) Las alternativas de Argentina ante una nueva edad de la historia y el papel de las Universidades,

* Es Licenciada en Sociología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Independiente en la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET) y Docente-Investigadora de la Universidad de Buenos Aires Categoría I. Algunas de sus publicaciones son: "Los laberintos de la crisis (América Latina: poder transnacional y comunicaciones)", "Un horizonte sin certezas: América Latina ante la Revolución Científico-Técnica", "Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular".

como una de las fuentes esenciales del nuevo recurso estratégico del *conocimiento* en la Revolución Científico-Técnica.

Hipótesis para el debate

I: Crisis del *objeto de estudio*: las sociedades y la escena mundial

Uno de los rasgos más significativos que caracteriza a las Ciencias Sociales, en las versiones dominantes dentro de las distintas disciplinas, ha sido su limitación para interpretar la magnitud de los cambios ocurridos en las últimas décadas –tanto en lo internacional como en las sociedades de América Latina– y, en consecuencia, los obstáculos encontrados en la formulación de alternativas. La crisis de las Ciencias Sociales –manifestada, entre otros aspectos, en “la dificultad de generar ideas para hacer resurgir al país en toda su integridad”– debe ser abordada relacionándola con esos cambios, en tanto ambos problemas se condicionan mutuamente.

I.1: *Revoluciones tecnológicas y edades de la historia*

La profundidad, extensión y celeridad de las transformaciones desplegadas a nivel mundial desde fines de los años setenta, dan cuenta de un corte de época histórica. Una mirada de largo plazo permitiría afirmar que se ha clausurado el ciclo de la Edad Contemporánea, iniciado en los últimos decenios del XVIII, cuando se conjugan los primeros impactos de la Revolución Industrial con el surgimiento de nuevos valores e ideas económicas, sociales, políticas y culturales, que tienen un hito en la Revolución Francesa. Las intensas conmociones en todos los órdenes de la vida que se suceden en ese período marcan una solución de continuidad con la dinámica histórica anterior, cerrando el ciclo de la Edad Moderna que había comenzado hacia los siglos XV y XVI. En grandes trazos, puede comprobarse que en esos momentos de *mutaciones* de la historia, cuando nacen respectivamente la Edad Moderna y la Edad Contemporánea, van confluendo diversos procesos sociales, económicos, políticos, militares y culturales de gran complejidad, habilitando la emergencia de nuevos instrumentales tecnológicos capaces de establecer un punto de inflexión en sus potencialidades frente a las tecnologías y conocimientos hasta entonces vigentes. A su vez, esas revoluciones tecnológicas

aceleran los procesos que les dieron origen, produciendo alteraciones que rompen la inercia anterior e inauguran una nueva edad.

El paulatino desarrollo del comercio y las ciudades en Europa, la invasión otomana con el cierre del Mediterráneo y la caída de Constantinopla, la secular guerra contra los musulmanes y la reconquista de la península ibérica, junto a otros procesos impulsados por las nacientes burguesías favorecieron la revolución tecnológica de los siglos XV y XVI. Nuevas tecnologías aplicadas en las artes de la navegación y de la guerra, mientras la imprenta de tipos móviles será esencial para la difusión de los saberes, la evangelización y las luchas religiosas. Estos cambios históricos siempre han planteado una pregunta que hoy tiene tanta vigencia como entonces: ¿quiénes son los seres humanos en el mundo? La revolución tecnológica y el cambio de época que acompañan la expansión hispano-portuguesa sostuvieron una peculiar definición sobre dos de los principales troncos que, con diversas mestizaciones entre sí y con la población blanca, conformarán las mayorías sociales de América Latina. Una Bula Papal de 1454 establece que los negros no tienen alma, no son seres humanos. En consecuencia, durante tres siglos se capturaron sin ofender a Dios más de cien millones de hombres y mujeres africanos para someterlos a la aberrante esclavitud. Cabe mencionar que entre los siglos XI y XVI se habían desarrollado en África negra culturas de gran refinamiento con influencia islámica: a la Universidad de Timbuctu, en el Imperio de Malí, concurrían nueve mil estudiantes; realizaban cirugía con anestesia; y también en matemáticas, filosofía o astronomía desarrollaron hacia la misma época saberes más elaborados que los de Europa Occidental. Es posible, entonces, que parte de los primeros esclavos traídos a América fueran connotados científicos o humanistas. A los indígenas les reconocen un alma, aunque eran *amentes*, faltos de razón; se entregan a encomenderos para ser evangelizados y los condenan a una inhumana expoliación: los cálculos indican que en los primeros cien años de la conquista –debido a las guerras, a la ruptura de los equilibrios ecológico-sociales de las culturas nativas, a las pestes introducidas por los europeos y a una explotación laboral brutalizada– mueren cerca de ochenta de cada cien habitantes americanos originarios. Las clases dominantes que se constituyen a partir de la conquista sostendrán, en los tres siglos de dominio colonial con las particularidades propias del Brasil y las distintas regiones del

imperio español, esta diferencia entre seres humanos y otros menos que humanos

Hacia fines del XVIII y comienzos del XIX también confluyen diversos procesos económicos, sociales, políticos, militares y culturales que favorecen la emergencia de la Revolución Industrial, con vigorosos impactos en la composición de las sociedades y en las relaciones de poder internacionales. En esa etapa se consolidan la monarquía parlamentaria en Inglaterra, la independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa y, poco después, los procesos de emancipación de América Latina. Los valores de la Revolución Francesa muestran un doble significado: por una parte imponen una nueva ética solidaria como base de la organización de las sociedades, con la libertad, la igualdad y la fraternidad; por otra, esos valores de libertad e igualdad eran al mismo tiempo requisitos técnico-económicos para desplegar los potenciales de la Revolución Industrial, que convierten en anacrónicos e irracionales el trabajo esclavo y servil, las aristocracias de sangre y las monarquías absolutas. En ese contexto se irán forjando las revoluciones democráticas del Occidente central, que también serán restrictivas en el alcance del concepto de lo humano. La Constitución democrática liberal de Estados Unidos garantiza que los hombres sean libres, iguales, propietarios, representativos, republicanos, federales; pero los negros son esclavos y los indígenas deben ser exterminados. Esta definición acerca de quiénes son los seres humanos, propia de las democracias liberales y del pensamiento occidental dominante, se reproduce en todas las experiencias políticas europeas hasta fechas tan cercanas como mediados de los años sesenta del siglo XX. La igualdad, la libertad y la democracia eran para los franceses blancos, no para los argelinos o indochinos; para los ingleses blancos, no para los hindúes o africanos; para los holandeses, no para los indonesios; para los belgas, no para los congoleños. En contraste, desde los inicios de la Edad Contemporánea, los proyectos populares en América Latina formulan los planteos más avanzados en el concepto de seres humanos, ciudadanos y democracia de todo Occidente: la abolición de la esclavitud y la servidumbre indígena, su reconocimiento como ciudadanos plenos, la reformulación de la idea de propiedad con redistribución de las tierras, su concepción educativa, son algunos de esos planteos que –no obstante haber sido derrotados– conservan una sorprendente actualidad.

I.2: Los retos de una nueva edad histórica

El ciclo de la Edad Contemporánea comienza a cerrarse al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En la etapa comprendida entre 1945 y 1973 –tomando este último como un año que condensa complejos procesos a nivel internacional, con una densidad similar a 1789– se produce la Revolución del Tercer Mundo. Por primera vez en más de cuatro siglos dos tercios de la humanidad, considerados seres inferiores por la supremacía euroamericana –que hasta entonces habían resistido a través de luchas aisladas–, hostigan a las potencias coloniales y neocoloniales, impulsan procesos de liberación nacional y social e imponen gobiernos de corte popular en gran parte de las regiones asiáticas, africanas y de América Latina. Promueven valores de una ética solidaria más profunda e inclusiva que los de la Revolución Francesa: junto a la libertad y la igualdad también para ellos reivindican las autonomías nacionales, la justicia social, la dignidad de sus identidades culturales, la cooperación horizontal entre naciones soberanas sin hegemonismos ni expoliación y el derecho a expresar sus propias versiones de la historia y de los sucesos del presente, a hacer oír sus voces. Procesos sociales, económicos, políticos, militares y culturales que cuestionan las raíces del dominio occidental, y su idea de que la cultura de quince por ciento de la población mundial es la única civilizada –la *cultura universal*– mientras los patrimonios del grueso de la humanidad, ochenta y cinco por ciento, son bárbaros o primitivos. De lo cual se deducía que el único camino para alcanzar la civilización y el progreso era subordinarse a las políticas y al despojo impuestos por esas potencias. En contraste, los movimientos de las áreas periféricas afirman que lo más rico y característico de lo humano es la multiplicidad de etnias, lenguas, creencias, expresiones artísticas, saberes y conocimientos, y que el respeto a las diferencias debe ser la base de la igualdad frente al desprecio o la discriminación. Crítica contundente de esos nuevos protagonistas históricos a la cultura de Occidente que sin duda ha exhibido deslumbrantes manifestaciones a lo largo de su historia, pero también una sistemática veta racista y de desprecio hacia la mayor parte de los pueblos del planeta.

Ese período de casi treinta años –cuando los movimientos en Asia, África y América Latina convergen con las movilizaciones obreras y estudiantiles en Europa y por los derechos civiles de las

minorías negras o el pacifismo en los Estados Unidos— culmina en 1973, golpeando núcleos decisivos del poder de las metrópolis. La derrota norteamericana en Vietnam, el aumento de los precios del crudo y el embargo petrolero de la OPEP que ponen fin al desarrollo capitalista basado en energía barata, y la Conferencia de los Jefes de Estado y Gobierno de los Países No Alineados en Argelia, donde se plantea la necesidad de impulsar un Nuevo Orden Económico Internacional más equilibrado y un Nuevo Orden Mundial de la Información y las Comunicaciones, se suman al avance relativo de la URSS en la confrontación bipolar indicando una declinación de las potencias capitalistas. Esta situación desfavorable lleva a Estados Unidos a impulsar una gran restauración conservadora con el objetivo de recomponer su hegemonía. Una acción semejante a la política de la Santa Alianza entre 1815 y 1848, cuando la reinstauración de las monarquías absolutas afirma que los valores políticos y sociales de la Revolución Francesa no eran más que un equívoco de la historia, porque una verdad eterna e incuestionable legitimaba los privilegios del Antiguo Régimen, la existencia de seres humanos superiores e inferiores. Bajo los gobiernos de Nixon y Ford, Henry Kissinger será uno de los principales mentores de esa restauración, más tarde *aggiornada* por la Comisión Trilateral y los *tanques de pensamiento* neoliberal de Reagan y Bush. Como compensación estratégica de la derrota en Vietnam, a comienzos de los setenta se desata una ola sincrónica de dictaduras militares en América Latina. Esas dictaduras complementan a las existentes, hasta completar un esquema represivo que utiliza el terrorismo de Estado como condición para implantar nuevos modelos de acumulación promovidos por el FMI y el Banco Mundial.

La crisis de 1973 —manifestada en términos económico-financieros— es consecuencia de ese cambio en las relaciones de poder político global en detrimento del área de influencia capitalista. Durante el transcurso de los años setenta se hace evidente la disminución relativa del poder norteamericano ante la URSS, que detentaba la ventaja de ser productora y exportadora de petróleo. Ello le permitirá incrementar sus lazos económicos con la mayoría de las naciones europeas y distintos países de América Latina bajo dictaduras militares: las derechas europeas de Helmut Kohl o Giscard D'Estaing se niegan a apoyar el boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980, y la dictadura argentina rehusa par-

ticipar en el boicot cerealero encabezado por Estados Unidos. Hay un aumento relativo del poder soviético que lleva a la invasión de Afganistán en 1979, el mismo año en que triunfan la revolución islámica en Irán y los sandinistas en Nicaragua. En ese marco se acelera la Revolución Científico-Técnica: la crisis del petróleo y el alza de los salarios que afectaban a las ganancias empresarias, junto a la decisión de perfeccionar el potencial militar-espacial, serán los motores fundamentales del desarrollo de la ciencia y las tecnologías de avanzada. Acosados por el aumento petrolero, Japón y Estados Unidos propugnan el desarrollo de nuevas tecnologías —teleinformática, biotecnología, nuevos materiales— que establecen un salto cualitativo equivalente a las armas de fuego frente a los arcos y las flechas. Las tecnologías avanzadas permiten el diseño de un nuevo paradigma en la producción, servicios, finanzas, administración económica y social, comunicaciones e información que desplaza el grueso de las técnicas y modelos organizativos del ciclo de la Revolución Industrial. Los nuevos paradigmas reducen las demandas petroleras y de materias primas tradicionales, obligan a una reformulación de los procesos laborales en las más diversas áreas e imponen la reducción de setenta y cinco por ciento del tiempo de trabajo humano necesario en los diferentes sectores de la actividad social. Significan además un avance cualitativo en el campo militar-espacial, por la miniaturización, eficiencia y aceleración de sus componentes esenciales, y la Revolución Científico-Técnica será un poderoso instrumento para revertir las relaciones de fuerzas internacionales que venían socavando el predominio de Estados Unidos y el área occidental. La ventaja del petróleo para la URSS en los setenta será, en los ochenta, su talón de Aquiles.

En las nuevas condiciones se produce una reorientación de las estrategias hacia América Latina. El Consenso de Washington —acuerdo entre los partidos Demócrata y Republicano con el objeto de impulsar determinadas políticas de Estado— evalúa el peligro de las dictaduras en función de los intereses norteamericanos. Nicaragua e Irán mostrarían que, antes o después, esas dictaduras generan una oposición capaz de derrocarlas y cuestionan también el apoyo estadounidense. Poco más tarde, la Guerra de Malvinas indica el peligro adicional de ciertas iniciativas militares para sus equilibrios geopolíticos. Desde mediados del ochenta una nueva ola sincrónica, ahora de democracias controladas, se

extiende por el continente. En 1981 el presidente Ronald Reagan marca como objetivo recuperar la supremacía absoluta de Estados Unidos a partir de tres ejes de acción orientados a reforzar la restauración conservadora. Sustentado en el monopolio de tecnologías de punta el primer eje plantea una nueva etapa de Guerra Fría, y el lanzamiento de la Guerra de las Galaxias contra la URSS: uno de los factores determinantes de la desintegración del poderío soviético en 1989. A la vez se intentará frenar el avance de Japón en el mercado mundial por medio de una reconversión tecnológica en gran escala de todos los sectores de actividad. Finalmente, la teoría neoliberal marca un giro extremo respecto del keynesianismo, en especial con referencia a los salarios. Para Keynes, el crecimiento económico y la ganancia empresaria dependían de la demanda agregada (inversión más consumo), por lo tanto el salario constituía un elemento dinamizador, ya fuera el salario directo o el indirecto brindado por los Estados de Bienestar. El neoliberalismo enfatiza el papel de la oferta, la capacidad empresaria para brindar productos o servicios al menor costo posible y, en tanto el salario es considerado un costo de producción, cuanto más bajo mejor. Desde esta perspectiva la eliminación de los derechos sociales y los Estados de Bienestar, la precarización, la desocupación y la pobreza –que tienden a bajar los salarios–, son objetivos intrínsecos y no efectos colaterales no deseados. Al mismo tiempo se favorece a los grandes bancos y corporaciones, definidos como protagonistas principales, mediante una reducción impositiva y un cambio en el papel del Estado, que debe garantizar los máximos beneficios empresarios y, en Estados Unidos, la producción armamentista y espacial.

Los cuantiosos montos demandados por esta estrategia convierten a la economía norteamericana en un polo de atracción de capitales financieros, y en 1981 la Reserva Federal incrementa las tasas de interés: su contracara será la crisis de la deuda externa de América Latina y el Tercer Mundo, e incluso de países socialistas como Polonia y Hungría. La debilidad de estas naciones por el peso del endeudamiento fortalece la capacidad del FMI y el Banco Mundial para imponerles mecanismos de despojo de recursos sociales y públicos. La disgregación política y social como secuela de las dictaduras, y más tarde los golpes hiperinflacionarios o la desocupación permitirían en el continente, como raras veces en su historia, implementar mediante regímenes democráticos estra-

tegias económicas de altos costos sociales y nacionales. Desde entonces, la dinámica política exhibe comportamientos erráticos, con sucesivos surgimientos y licuación de los consensos: Sarney, Collor de Melo y Fernando Henrique Cardoso en Brasil; Alan García, Fujimori o Toledo en Perú; Bucaram, Mahuad y Gutiérrez en Ecuador; Carlos Andrés Pérez y los partidos mayoritarios en Venezuela; Alfonsín, Menem y De la Rúa en Argentina; Salinas de Gortari y el PRI en México son algunos ejemplos. La sutilmente denominada *década perdida* de los ochenta es consecuencia de esas políticas, y la especulación financiera de los noventa, transformados estos países en *emergentes y privatizados* –propiedad privada de corporaciones económico-financieras– desembocaría en la catástrofe argentina que anunciaban las crisis en México, Corea, Malasia, Tailandia, Singapur, Indonesia o Rusia. Pero la recesión comenzará a afectar también a Japón y a Estados Unidos: las crisis se manifiestan como debacles financieras cuando en realidad se trata de crisis de sobreproducción.

Transcurridas dos décadas, los proyectos neoliberales evidencian su irracionalidad y anacronismo ante las condiciones creadas por la Revolución Científico-Técnica que impulsaran esos mismos centros de poder. En un efecto *boomerang*, los impactos y potencialidades de las tecnologías avanzadas los vuelven inviables en el mediano y largo plazo –y es posible pensar si también no vuelven inviable al propio capitalismo tardío– tanto por razones intrínsecas, como por los requisitos del recurso *conocimiento*. La aguda polarización de la riqueza –el sector más rico de la población, veinte por ciento, concentra ochenta y siete por ciento de los ingresos en el mundo– ha generado una seria restricción de los mercados, al tiempo que aumenta la productividad por la utilización de esas tecnologías en los tres principales centros capitalistas: Estados Unidos, Japón y la Unión Europea. Esta es la clave de la crisis de sobreproducción con otra de sus manifestaciones en el descontrolado crecimiento del sector financiero y la especulación, donde los casos de Enron o la Baring Brothers son la punta del *iceberg* del fenómeno. A su vez, se ha impuesto una reconversión tecnológica salvaje que tiende a expulsar trabajadores y, al combinarse con la concentración y polarización de la riqueza, está gestando una inmensa masa de *población excedente absoluta*, supernumeraria y descartable en la óptica de los intereses hegemónicos: no sirven como mano de obra barata; ni como product-

res de materias primas, con baja demanda por los nuevos materiales; ni mucho menos como consumidores. No son pobres, se trata de excluidos, de pobreza sin salida, de seres humanos sin lugar en este mundo. En la dinámica neoliberal esta masa de hombres y mujeres sobrantes está en peores condiciones que los esclavos, los siervos de la gleba o los proletarios de Marx. Porque para obtener lucro de estas tres grandes categorías de explotados se requería mantenerlos mínimamente vivos, mínimamente sanos y mínimamente alimentados. Cuando es población sobrante lo mejor para los grupos privilegiados es que desaparezcan, exterminarlos, como se hiciera con los pueblos nativos en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda o Argentina con el fin de enviar a esos territorios la población sobrante europea, gestada por la reconversión liberal salvaje de la Revolución Industrial desde mediados del XIX. Si entre 1845 y 1945 puede calcularse que Europa elimina bajo una u otra forma –emigración o guerras– unos seiscientos millones de personas, en la actualidad la población sobrante a nivel mundial generada en no más de tres décadas serían tres millones y medio de habitantes.

Hoy se pretende una vez más –implícita o explícitamente– que una parte minoritaria de la humanidad es verdaderamente humana y el resto son menos que humanos, pero más peligrosos. Se ha llegado a una situación explosiva porque entre los pobres se producen noventa y ocho por ciento de los nacimientos en el mundo y, de proseguir estas tendencias, en unos diez a quince años ese veinte por ciento más rico concentrará el noventa por ciento de la riqueza mientras cerca de setenta por ciento sería población sobrante, empujada a conductas de desesperación: delitos, drogas, desintegración familiar, violencia, migraciones hacia los centros ricos. La realidad indica que frente a una pretendida *globalización* lo que se vive en los territorios es un proceso de *feudalización*, porque deben construirse murallas como defensa ante los *nuevos bárbaros*; murallas en sentido oeste-este o norte-sur en Europa y Estados Unidos. Se produce además una *feudalización* de las ciudades, tanto en las del norte como en las del sur, en relación ricos-pobres: es posible apreciar este panorama en Nueva York o en París, en Buenos Aires, Lima, México o San Pablo. Si los sectores dominantes pretenden continuar profundizando las tendencias de concentración de la riqueza y exclusión social, en no más de una década las sociedades van a dejar de ser vivibles aun para

los privilegiados más allá de la altura de sus muros feudales, porque los *nuevos bárbaros* van a traspasar las murallas. El propio Bill Clinton, en las postrimerías de su mandato, declaró que “*la pobreza mundial es un polvorín que podría estallar por nuestra indiferencia*”. Con su conocida sutileza, George Bush obsequió al presidente Néstor Kirchner un ejemplar de la obra de Thomas Malthus, *Principios de Economía Política*, en edición de 1836.

Las ramas más dinámicas del mercado mundial son las *conocimiento-intensivas* y se tiende a superar la histórica división entre trabajo manual e intelectual ya que, en no más de diez años, noventa y cinco por ciento de las tareas normales de una sociedad van a requerir una formación básica equivalente al secundario completo, mientras el esfuerzo físico en lo laboral se reducirá a una actividad marginal. El *conocimiento* como recurso estratégico –que supone educación, información, capacidad innovativa, creatividad y articulación entre distintos tipos de saberes científico-técnicos y sociales– es el equivalente a la industria pesada o al petróleo en la Revolución Industrial. A su vez, los nuevos paradigmas tecnológicos requieren setenta y cinco por ciento menos de tiempo de trabajo humano, pero se trata de tiempo de trabajo y no de personas, lo cual conlleva decisiones civilizatorias al plantear dos opciones polares: el tiempo humano de trabajo puede reducirse desplazando a setenta y cinco por ciento de los trabajadores o, mediante una disminución en gran escala de la jornada laboral –donde se cambia tiempo por calidad del trabajo– acompañada de diversos mecanismos de redistribución de la riqueza. La etapa de oro del capitalismo y del socialismo –desde la posguerra hasta la crisis de los setenta–, coincidió con la reducción masiva de la jornada laboral desde las setenta y dos horas semanales a principios del XX a cuarenta: una reducción de cuarenta y cinco por ciento. En consecuencia, la posibilidad de bajar significativamente la jornada de trabajo no es irrealizable. La inviabilidad de la concepción neoliberal en el mediano plazo se deriva además por ser disfuncional, en términos técnico-económicos, dadas las características del *conocimiento*.

A diferencia de los recursos estratégicos y las formas de organización de los procesos de trabajo de la Revolución Industrial, con tendencia a la concentración –industria pesada, petróleo, economías de escala– este recurso adquiere sus potencialidades al estar distribuido en el conjunto de la sociedad. Si únicamente es

patrimonio de una elite no sirve: cuando noventa y cinco por ciento de las tareas requieren una formación básica equivalente al secundario completo la economía no puede funcionar con una población que carezca de ese nivel, y la redistribución de los saberes supone una redistribución del poder social. Por otra parte, las principales fuentes de incorporación, procesamiento, producción, reproducción y distribución de este recurso también son democratizantes. La primera es un sistema educativo primario y secundario de alta calidad para toda la población: además de un derecho social es un factor estructural indispensable y requiere inversiones públicas similares a las que en otros momentos se realizaran en carreteras, ferrocarriles o represas hidroeléctricas. La segunda fuente conlleva una recalificación laboral de amplio alcance, para garantizar un acceso directo o indirecto a la operación de las tecnologías. Esto supone nuevas formas de organización laboral y la conformación de equipos de trabajo basados en la cooperación, la solidaridad, el pensamiento colectivo donde se articulan diversos saberes y, por lo tanto, no es preciso que todos los integrantes dominen esas tecnologías; si alguno del equipo las domina, todo el grupo tiene acceso.

La tercer fuente son las universidades y los sistemas científico-técnicos, en tanto en ellos se procesa el *conocimiento* en su mayor nivel de calidad y en toda la gama de saberes, lo cual obliga a un replanteo profundo de las universidades. El modelo de universidad, sus funciones esenciales, los principales beneficiarios de su actividad, la formación impartida, el tipo de conocimiento que se transmite, la orientación de las investigaciones y otros aspectos que definen sus grandes lineamientos están estrechamente relacionados con el modelo político, socioeconómico y cultural predominante en un período dado. A modo de ejemplo, en nuestro país se ha conformado un modelo socioeconómico que puede denominarse *Argentina privada*: por una parte quince por ciento de población privilegiada, con educación privada, universidades privadas, salud privada, seguridad social privada, espacios de recreación privados, seguridad policial privada, televisión codificada privada, teléfonos privados y así sucesivamente, utilizando el término privado en sentido de apropiación. Por otra, ochenta y cinco por ciento restante se encuentra crecientemente privada de educación, privada de salud, privada de seguridad social, privada de vivienda, privada de trabajo, privada de teléfono, privada

de espacios de recreación, en su sentido de privación o carencia. El modelo de Universidad que se pretende imponer se evidencia a partir de datos simples: si el proyecto político y socioeconómico se propone cubrir el déficit de más de tres millones de viviendas entre los sectores carenciados, si se considera un derecho social conservar la dentadura o recibir atención médica seria, si va a desarrollarse la producción industrial, si se han de satisfacer las múltiples demandas sociales, entonces deben formarse arquitectos, médicos, odontólogos, ingenieros, biólogos, físicos, sociólogos, antropólogos, comunicadores y demás disciplinas duras o blandas. Pero si solamente habrán de construirse *shoppings, countries* y viviendas de lujo, si se niegan derechos humanos y sociales a ese ochenta y cinco por ciento de argentinos o continúa la desindustrialización también sobran universitarios como *población excedente ilustrada*, y debe restringirse el acceso a las universidades eliminando gastos superfluos con sucesivos ajustes.

Las sociedades que no cuenten con estas tres fuentes del recurso *conocimiento*, como base indispensable para el diseño de modelos productivos y de servicios basados en tecnología de avanzada, están condenadas a sufrir procesos de grave regresividad histórica al quedar como productores de carretas y diligencias o velas de sebo. El *conocimiento-intensivo* implica dos aspectos: *conocimiento* materializado en instrumentos como computadoras, telecomunicaciones, robots o satélites y el *conocimiento* de quien opera ese instrumental, donde lo decisivo es el operador. Se ha dicho muchas veces que las computadoras, las redes, internet o los bancos de datos facilitan el proceso de escritura pero no forman un escritor. La mentalidad del escritor se va formando en espacios y dinámicas extra-tecnológicos y remite a la problemática más amplia de la educación, las universidades, las nuevas formas de organización del trabajo, la creatividad, el intercambio de saberes, la cooperación, las tareas en equipo, el mutuo enriquecimiento entre el pensar colectivo y la producción personal. El egoísmo, la competencia sin reglas, la búsqueda exclusiva del interés individual, la concentración de la riqueza –la filosofía de vida del neoliberalismo– son anacrónicos para este *conocimiento*, así como su orientación económica es irracional. Porque al degradar los sistemas educativos, al impedir la calificación de los trabajadores por el desempleo y la precarización, al acosar a las universidades y a los sistemas científico-técnicos están eliminando los recursos im-

prescindibles para desplegar los potenciales de la Revolución Científico-Técnica. A semejanza de lo ocurrido con la Revolución Industrial –cuando la libertad y la igualdad eran *también* requisitos técnico-económicos–, en la actualidad los valores de esa ética solidaria más amplia e inclusiva que surgieran con la Revolución del Tercer Mundo constituyen los requisitos técnico-económicos de la Revolución del Conocimiento. Porque no es posible democratizar una educación de calidad, una recalificación de amplio alcance de la mano de obra o el ingreso a las universidades y a los sistemas científico-técnicos sin democratizar los otros espacios de la vida social: la salud, la distribución del ingreso, los derechos humanos ampliados, el bienestar general. Democratización integral de las sociedades –política, socioeconómica y cultural– como condición para afrontar los retos de la nueva edad, neutralizando la amenaza de una regresión histórica e inéditas formas de desintegración social. Un concepto distinto de democracia, cuyos rasgos fueran esbozados por las vertientes populares en la etapa de la independencia.

En esta trama se sitúa el tema de la *globalización*. Debe diferenciarse entre la globalización técnica –básicamente la posibilidad de comunicación en tiempo real a escala planetaria– y la globalización neoliberal que hemos sufrido en América Latina. En realidad, para nuestras naciones, la *globalización* significó –con matices en cada una de ellas– la apropiación de los esquemas productivos, los servicios, las finanzas, los recursos naturales, la comercialización interna e internacional, las comunicaciones y la información por parte de grupos económico-financieros locales y externos guiados por exclusivos fines de lucro, ganancias extraordinarias y especulación, sin ningún tipo de responsabilidad acerca de las consecuencias sociales o la estabilidad de los países donde actúan. Un breve recorrido por distintas regiones del mundo permitiría apreciar que la *globalización*, tal como nosotros la conocimos, no se ha dado en todas partes. China sólo permite hasta diez por ciento de inversiones extranjeras en distintas áreas de su economía y con un estricto control sobre esos capitales externos, noventa por ciento de su PBI es de carácter público y ha sido el lugar de mayor y más sostenido crecimiento económico durante las tres últimas décadas. Japón acepta escasamente cinco por ciento de inversiones extranjeras y, si bien tiene abiertos sus mercados a todo aquél que pretenda venderle automotores o productos elec-

trónicos, en los sectores donde no es competitivo –la bioingeniería o la producción agrícola– adopta un fuerte proteccionismo: el arancel para el arroz es de setecientos por ciento, y para las frutas de mil por ciento. La Unión Europea permite hasta catorce por ciento de automotores que no sean europeos, cincuenta y uno por ciento del espacio audiovisual debe ser de ese origen y es conocida su protección del sector agropecuario. Alrededor de cincuenta por ciento del PBI alemán y de cuarenta y cinco del de Francia son de origen estatal, sean empresas públicas nacionales o diferentes emprendimientos mixtos europeos.

Finalmente, es necesario preguntarse si estamos ante un mundo unipolar en el que la hegemonía de Estados Unidos se fortalece como única superpotencia, o se está esbozando un escenario policentrista, con nuevos centros de extensión continental. China y Japón en el área asiática se van afirmando como un polo que –al margen de los conflictos históricos y las rivalidades que signan sus relaciones– se aleja de la hegemonía norteamericana. La Unión Europea conforma otro gran polo donde el euro como moneda que compite con el dólar, o la posición de Alemania y Francia ante la guerra de Irak en 2003, son símbolos recientes de una autonomía impensable en los años sesenta y setenta. Rusia parece acercarse al polo europeo; a esa Europa desde el Atlántico a los Urales concebida por los más disímiles proyectos en el siglo XIX: Napoleón cuando invade desde Portugal hasta Rusia y Marx con el internacionalismo proletario, así como en el XX Hitler pretende dominar desde Portugal hasta Rusia mediante conquistas o alianzas con gobiernos afines. A pesar de su debilidad luego de la caída del Muro de Berlín y la desarticulación de la URSS, Rusia puede jugar un papel sustantivo en la conformación del nuevo equilibrio de poder internacional. El mundo islámico, con su complejidad y sus contradicciones, no parece dispuesto a someterse a la supremacía de Estados Unidos; la guerra de Irak, sumada al conflicto en Palestina, le ha quitado consenso y se profundiza el rechazo hacia Occidente en un proceso de revitalización de su antiguo esplendor civilizatorio: los grupos terroristas musulmanes son una ínfima minoría y en la recuperación de sus raíces para afrontar la modernización participan miles de científicos, profesionales, filósofos y artistas. África continúa desgarrada por su historia de tragedias y es difícil saber hacia dónde orienta su futuro. En América Latina vuelven a plantearse las alternativas del XIX: la

Doctrina Monroe o el proyecto de Bolívar y San Martín. Conviene recordar las proféticas palabras de Bolívar en esa época: "*La América del Norte parece destinada por la Providencia a sembrar de miserias a la América del Sur, en nombre de la libertad*". En todo caso, debe relativizarse esa noción que habla de una única y omnipotente superpotencia mundial.

El nuevo policentrismo se conjuga con una crisis de la cultura dominante de Occidente y el resurgimiento de culturas milenarias, las que durante cinco siglos fueron sometidas a las potencias occidentales y consideradas manifestaciones del atraso o la barbarie. En una gran paradoja, los germanos –alamanes, francos, anglos, sajones, ostrogodos, visigodos, vándalos y otros– han sido las hordas más devastadoras y las que más tiempo tardaron en incorporar elementos de un saber elaborado, de una reflexión metódica y de expresiones artísticas de mayor refinamiento, entre las principales oleadas de invasiones producidas en la historia de la humanidad desde el VI aC. En los diez siglos que separan la caída de Roma en el V de las primeras manifestaciones del *cuatrocientos* –con sus comienzos en el XIII, cuando franciscanos y dominicos se inician en el estudio de los clásicos griegos introducidos por los filósofos musulmanes y judíos del Califato de Córdoba–, Europa occidental estuvo sumida en un mundo de tinieblas y violencia. Por el contrario, con la condena que merecen tales procesos, otros invasores –los islámicos, los turco-mongoles, los incas o aztecas– tendieron a reconocer el valor de las culturas conquistadas y en no más de dos generaciones lograron desplegar brillantes movimientos civilizatorios. Entre los siglos VII y XV los musulmanes desarrollaron una importante cultura, en tanto –luego de los primeros años que siguen a la muerte de Mahoma, signados por el sectarismo y los conflictos internos cuando en el 638 es finalmente destruida la biblioteca de Alejandría– sus formas de domino valoraron los saberes de los pueblos sometidos y de aquellos con los cuales comerciaban. Eso les permitió incorporar aportes hindúes, chinos, griegos, persas o egipcios, y en los siglos IX, X y XI las universidades islámicas –con diez mil a quince mil alumnos– enseñaban matemáticas y cálculos algebraicos, medicina, óptica, filosofía, astronomía y otras ciencias. Cuando los musulmanes toman Jerusalén en el VII, convocan al patriarca cristiano y al rabino judío y los reconocen como *Pueblos del Libro*, de quienes se consideran sucesores. Respetan entonces sus templos y sus

creencias y durante cuatro siglos conviven en armonía, una armonía que entre judíos e islámicos se extiende a lo largo de trece siglos hasta el fin de la Segunda Guerra a mediados del XX. En contraste, al llegar los europeos con la primer cruzada en el XI degüellan a los sesenta mil habitantes de esa ciudad: cristianos ortodoxos, judíos y musulmanes. En 1204, la cuarta cruzada incendia Constantinopla.

Los tártaros-mongoles de Gengis Kan –esos rudos guerreros de las estepas– al conquistar China convocaron a maestros de esa cultura para la educación de sus hijos, y el nieto de Gengis Kan fue el emperador Kubilai que en el siglo XIII deslumbrara a Marco Polo por su refinamiento y formación intelectual. Las civilizaciones americanas precolombinas, ya fueran estratificadas como las incaica y azteca o igualitaristas como las guaraní o mapuche, se caracterizaron por dos rasgos esenciales: eran sociedades de amparo, que garantizaban el bienestar de todos sus miembros –en la mayoría de esas lenguas no existía la palabra *pobre*– y al mismo tiempo mantenían una relación cuidadosa con la naturaleza, estableciendo inteligentes equilibrios ecológico-sociales de modo tal que en América no existieron hambrunas y pestes como las que azotaron a Europa en el XIV. Los imperios incaico y azteca asombrarían a los primeros españoles, antes de ser engegucidos por el oro que los llevara a la devastación y al genocidio: los relatos de Bartolomé de las Casas sobre la destrucción de Las Indias en el XVI muestran una crispante similitud con la de Jerusalén en el XI. En la actualidad esas áreas donde habitan más de dos tercios de la población mundial, donde entre los siglos V y XVI se desarrollaron refinadas culturas, vuelven a ocupar un lugar del cual fueron desplazadas por Occidente y más tarde también por Japón.

Menospreciadas por la civilización occidental en función de las sucesivas ideas dominantes en las metrópolis que detentaron el poder desde el XVI, iban a ser situadas en la herejía, el salvajismo, el atraso, la barbarie, el folklore y, en todos los casos, a esas poblaciones se les niega su condición humana compartiendo la suerte del etnocidio y la depredación de sus patrimonios culturales, de su filosofía de vida. Serán objeto de estudio de las nacientes ciencias antropológicas en el XIX y objeto de curiosidad incluso para la filosofía ya bien entrado el siglo XX porque, como afirma Castoriadis, "*la historia china o azteca interesan filosóficamente como diversas posibilidades que concretan la ontología de la humanidad. Pero*

la historia occidental interesa políticamente y conserva pertinencia para el resto del planeta porque es la historia de la libertad, de la libertad socio-histórica efectiva, libertad de hacer y de pensar", en síntesis la historia occidental del *habeas corpus*, de la democracia, de los derechos individuales, de la libertad de pensamiento, de la crítica y la creatividad social. No obstante, detrás de esas formulaciones libertarias de la *cultura universal*, la historia real muestra con una contundencia inapelable las consecuencias que los intereses económicos, financieros, políticos y militares de las potencias de Occidente generaran en esas regiones, fundamentando su accionar en un *destino manifiesto* que las habría convocado para expandir la civilización hacia todas las tierras. En ese largo proceso, no fueron precisamente los valores de la democracia, los derechos humanos y civiles, la justicia social, el *habeas corpus* o el respeto a la autodeterminación de los pueblos los que primaron en la experiencia colonial y neocolonial. La imagen que ha dejado Occidente se vincula más bien con la prepotencia, la sujeción política y económica, las imposiciones militares, la expoliación de los recursos, el hostigamiento a todo gobierno que pretendiera defender la soberanía, una sistemática condena hacia sus identidades culturales y el empobrecimiento de sus pobladores, condenados a sufrir la indignancia como ofrenda a los beneficios de la *civilización*.

Si el proceso capitalista de *acumulación primitiva* en los siglos XVI a XVIII estuvo manchado de sangre y lodo por el saqueo del oro y la plata en América, la masacre de sus pueblos nativos y la trata de esclavos, posteriormente, con las características particulares de las distintas etapas históricas esa línea de continuidad persistió hasta fechas tan cercanas del siglo XX como las guerras de Indochina y Argelia, en los años cincuenta y sesenta, la de Vietnam hasta comienzos de los setenta o la ola de dictaduras militares hasta los ochenta en América Latina. No son estas acciones las que otorgan a Occidente autoridad moral frente a las naciones del Tercer Mundo para obtener de ellas un consenso en las aspiraciones de recomponer su predominio. Una vez más intentan definir sus intereses como siendo los de la comunidad mundial, procurando configurar un renovado esquema de centros y periferias –ahora llamado *globalización*– en el que nuevamente se elude que los costos y beneficios nunca fueron equitativos para las periferias y los centros. Frente a la pretendida superioridad de la *cultura universal* y su dilatada tradición depredatoria se va ges-

tando una realidad mundial que expresa lo más rico y característico de lo humano –esa pluralidad de etnias, culturas, lenguas, creencias o expresiones artísticas–, sin negar los aportes que ha realizado o pueda realizar Occidente a un patrimonio verdaderamente universal. Sin embargo, junto a la corrupción, el narcotráfico y las mafias de diverso tipo hoy predomina una ideología que expresa las facetas más pobres de esa cultura: el lucro, el egoísmo individualista, la competencia desleal, la prepotencia con los débiles, el consumismo, la hipocresía, la carencia de sentido solidario, la xenofobia o el racismo como señales de una profunda decadencia espiritual. La guerra en Irak es un ejemplo.

I.3: La desintegración de la sociedad argentina

La dimensión de la catástrofe económica y social de nuestro país nos permite preguntarnos si hemos estado sometidos a una política económica errada, o a un saqueo sin precedentes desde los tiempos de la conquista. Partiendo de esta segunda hipótesis, en el contexto de la estrategia de restauración conservadora impulsada por Estados Unidos a comienzos de los setenta, la dictadura militar de 1976 fue la condición para quebrar –utilizando el terrorismo de Estado– cualquier tipo de resistencia frente a la imposición de un drástico giro en los modos de acumulación y en la polarización de la riqueza: la lucha antiguerrillera en sí misma no requería bajar cuarenta por ciento los salarios durante el primer año, ni hacer desaparecer delegados internos de fábrica sin vinculación con la guerrilla. Desde entonces, y con modalidades propias en cada etapa, se van sucediendo o combinando distintos mecanismos de política económica con el fin de promover un descomunal traslado de recursos públicos y sociales en favor de grupos económico-financieros locales y externos. Entre otros, la forma en que se contrae la deuda externa durante la dictadura –un dictamen del juez Ballester, por la denuncia de Alejandro Olmos, da cuenta del carácter fraudulento de esa deuda– así como sus refinanciamientos sucesivos con intereses usurarios. La estatización de la deuda privada incluyó transferencias internas de corporaciones y bancos como el Citibank, Bank of Boston, Deutsche Bank, Fiat, Chevrolet o IBM junto a los grupos locales de Marri, Fortabat, Soldati o Pérez Companc. Los veintidós mil millones de dólares privados significaban cerca de treinta por ciento del

PBI de esos años, y si una deuda equivalente se hubiera traspasado a Estados eficientes, como el alemán o el sueco, en momentos en que las tasas de interés subían de cuatro a dieciséis por ciento anual los hubieran hundido en una crisis como la del Estado argentino, potenciando la inflación.

La especulación financiera durante los períodos de inflación fue otro eficiente mecanismo utilizado por esos grupos, favorecidos sistemática y sucesivamente, además, con subsidios a la descentralización industrial y a las exportaciones, la sobrefacturación en los contratos con el Estado y sus empresas y la regresividad del perfil impositivo. En Francia, el Estado recauda en concepto de impuestos a las grandes ganancias y patrimonios cuarenta por ciento más que lo recaudado por consumo: sobre una recaudación del IVA que rondaba los dieciocho mil millones de dólares/pesos, esas empresas hubieran debido pagar unos veintiséis mil millones al año si estuvieran en Francia, pero pagaban seis mil, menos de una cuarta parte, cuando no integraron las listas de los principales evasores. Un subsidio más, de veinte mil millones de pesos/dólares cada año, cuando el presupuesto de todas las universidades nacionales rondaba los mil ochocientos millones. La privatización del patrimonio público –a instancias del Plan Baker y el Plan Brady– fue otro mecanismo por el cual las empresas se entregaron a no más de veinte por ciento de su valor o, como Ferrocarriles Argentinos, valuada en veinticuatro mil millones de dólares y otorgada por trescientos millones. A ello se agregó la garantía de mercados cautivos para los servicios privatizados, con altas tarifas a valor dólar en teléfonos, peajes, combustibles, electricidad y otros: Telefónica y Telecom recibieron en Argentina una rentabilidad tres veces superior al promedio de las diez mayores operadoras telefónicas en el resto del mundo. Las tasas de interés interno durante la Convertibilidad llegaban hasta cincuenta por ciento anual en créditos o tarjetas de consumo, mientras en Estados Unidos no superaban siete por ciento. Estos mínimos ejemplos se conjugaron con una constante disminución salarial y políticas de racionalización y desindustrialización que aumentaron el desempleo y la pobreza, favorecidos por leyes de flexibilización laboral para arrasar con los derechos sociales.

El crecimiento de la economía tuvo cuatro líneas principales durante los años noventa: las altas tarifas de las privatizadas y las tasas de interés leoninas de los bancos brindaron ganancias

extraordinarias; la explotación petrolera y de gas –al descuidar el control de reservas– fue otra fuente de ingentes beneficios; finalmente, aportaron los sectores de la agroindustria, el automotriz y el del acero, los dos últimos protegidos como en las mejores épocas de sustitución de importaciones. Gracias al Plan de Convertibilidad, el “milagro argentino” consistió en una gigantesca succión adicional de recursos sociales y nacionales a valor dólar, que redundaría en un incremento espurio del PBI. Algunas cifras dan cuenta de la devastación producida por la restauración conservadora, iniciada con la dictadura militar y continuada por las políticas del *único camino* al retornar la democracia:

- La deuda externa crece desde siete mil ochocientos millones de dólares en 1975 a ciento setenta mil millones en 2003, en ese período se pagaron aproximadamente doscientos mil millones y se enajenó más del noventa por ciento del patrimonio público. Otros ciento cincuenta mil millones se fugaron del país y se perdió un monto equivalente debido al proteccionismo agrícola en Europa y Estados Unidos, que no estaban *globalizados*.
- El PBI *per cápita* en 2002 era veintitrés por ciento inferior al de 1975. En la misma etapa, China duplicó ese índice, dividiendo su producción por 1.300 millones de habitantes
- El salario real promedio descendió sesenta y cinco por ciento entre los años de referencia.
- La población en condiciones de pobreza creció de siete por ciento en 1970 a cincuenta y seis en 2002, segmento al cual debe agregarse otro veinte por ciento que está inmediatamente por encima de esa línea y diez más que, si bien no se acerca a la pobreza, pertenecía a las clases medias altas y ahora sufren un agudo empobrecimiento: medianos empresarios, ejecutivos, profesionales, técnicos, empleados de alto nivel y sus proveedores.
- La desocupación aumenta desde el histórico tres por ciento entre 1974 y 1975 a quince coma seis en mayo de 2003, pero si se agregan quienes reciben Planes Jefas y Jefes de Hogar llega a veintiuno coma cuatro por ciento; referida a los mismo años la subocupación pasa de dos por ciento a trece coma cuatro y crece la proporción de trabajadores precarios y en negro o con bajísimos salarios.

- En 1975 alrededor de noventa por ciento de la Población Económicamente Activa estaba cubierta por derechos laborales, en la actualidad no más de veinte conserva algunos.
- No se detallan aquí la desnutrición adulta e infantil, las muertes por hambre o enfermedades curables y otras secuelas, la degradación educacional en todos sus niveles, el acoso a los sistemas científico-técnicos, el deterioro de las condiciones de salud, la quiebra de miles de pequeños y medianos productores, la desarticulación de las economías regionales y la crisis de representatividad de los partidos políticos dado que sus bases de sustentación se diluyen cada vez más rápidamente.

En la *Argentina privada* que se va conformando desde la dictadura se produce una desarticulación de las clases sociales tradicionales: los trabajadores se convierten en desocupados-piqueteros, las clases medias en nuevos pobres e incluso una fracción de las medias-altas para sobrevivir se desprende de sus antiguas pertenencias. En contraste, una minoría de nuevos y antiguos grupos económicos, algunos sectores profesionales e importantes fracciones de políticos y sindicalistas, se enriquecen y multiplican sus fortunas principalmente gracias al despojo y la corrupción. Se invierte así la histórica movilidad social ascendente, y los hijos de trabajadores que en la década de los sesenta habían podido acceder a la universidad ahora habitan en precarios asentamientos urbanos. El país de inmigrantes se transformó en expulsor de población, en el *granero del mundo* se sufren hambrunas como no habían ocurrido desde que estas tierras fueran pobladas varios milenios antes de Cristo, comparada con el presente la *Década Infame* fue un juego de niños en términos de represión y sufrimiento social. Crece la violencia delictiva en proporciones desconocidas, en parte debido a la pobreza y, en otra parte mucho mayor a la corrupción policial y al surgimiento de mafias en numerosas actividades.

A fin de imponer sus intereses la estrategia de los grupos de poder fue desmembrar la *potestad soberana* del Estado; ya no solamente al Estado de Bienestar y al Estado Empresario sino al Estado como tal. La *potestad soberana* supone la capacidad estatal autónoma para definir sus políticas y garantizar la gobernabilidad, con el objetivo de hacer cumplir la *voluntad soberana* del pueblo,

que es la democracia. El Estado adquiere esa *potestad* sobre la base de tres pilares: el económico, el judicial y el de las fuerzas armadas y de seguridad, al margen de la orientación de sus políticas. La autonomía económica conlleva la posibilidad de recaudar recursos – impuestos, derechos aduaneros, rentas de sus empresas y similares –, definir el gasto público, controlar la moneda y establecer los lineamientos de su política en este campo: en Argentina eso no lo hace el Estado sino el FMI y el Banco Mundial. El segundo pilar es una justicia independiente, honesta, eficiente, dispuesta a hacer cumplir las leyes y penar su incumplimiento en función de las decisiones legislativas tomadas por los representantes del pueblo: desde la Corte Suprema hacia abajo, con honrosas excepciones, esa justicia no caracterizó al país de la últimas décadas. Finalmente, fuerzas armadas y de seguridad democráticas, transparentes, sometidas a la voluntad soberana del pueblo: *La Bonaerense* y otras policías no responden al perfil y las fuerzas armadas plantean serios interrogantes. El desmembramiento de la *potestad soberana* deja instituciones estatales débiles, que responden mansamente a los dictados de las corporaciones económico-financieras y sus representantes pero son incapaces de dar respuesta a las demandas de la sociedad.

Si bien en Argentina existieron históricamente casos de corrupción lo nuevo que se va gestando es una *estructura de corrupción*, donde se articulan los grupos económico-financieros locales y externos con dirigentes y cuadros políticos y sindicales que ocupan el Poder Ejecutivo y el Poder legislativo, infiltrando el Poder Judicial. Esta estructura se complementa con el control oligopólico de los principales medios de comunicación y con la concomitante corrupción policial, reproduciéndose con rasgos propios en las distintas provincias. Para poder subsistir en su cúpula la *estructura de corrupción* requiere penetrar capilarmente en los estamentos más bajos, por medio de prebendas o clientelismos, infectando a importantes segmentos institucionales y sociales, todo ello respaldado por una impunidad que permite la exhibición obscena de riquezas malhabidas y una creciente audacia en las conductas delictivas. El fenómeno se enmarca en una hegemonía ideológica, alimentada por el discurso monocorde del *único camino* y formas de terrorismo económico que plantean graves amenazas si se desoyen las imposiciones de los grupos de poder y sus representantes: el FMI y el Banco Mundial decían en 1985 que el

no pago de la deuda externa o la no estatización de la privada significarían perder los aviones de Aerolíneas Argentinas y los barcos de la Flota Mercante del Estado. La supremacía ideológica neoliberal iba a penetrar además los ámbitos académicos, y se fortalece con influencias teóricas que reformulan anteriores miradas críticas neutralizando el papel de estas instituciones durante largo tiempo.

En una sociedad agredida y atomizada por la represión, por golpes hiperinflacionarios e inéditos índices de desempleo y precarización –que destruyen los lugares tradicionales de debate–, el mensaje de los medios cobra especial relevancia. A ello se suman instrumentos de una *ingeniería social* que hacen de la desocupación y las propuestas de salida individual modos de disciplinamiento y aceptación de políticas –como las privatizaciones–, ofreciendo indemnizaciones o retiros voluntarios a cambio de silencio y pasividad de los trabajadores junto con tributos al ingreso personal de los dirigentes. En nombre de la modernización y el posibilismo las fuerzas políticas tradicionales y las alternativas que surgen en esos años, al llegar al gobierno reiteran un accionar en favor del poder económico-financiero que desconoce las demandas y expectativas de sus votantes. Al igual que en otros países del continente durante casi dos décadas se reiteran en Argentina conductas electorales erráticas y sucesivas decepciones que, en un proceso de saturación que estalla el 19 y 20 de diciembre de 2001, transparentan la magnitud del deterioro nacional y social.

II: Crisis de las Ciencias Sociales y Humanas

II.1: La taylorización del conocimiento social

Mientras se despliegan estas transformaciones en el *objeto de estudio* –con un carácter invasor que afecta las más diversas áreas de las sociedades y de la dinámica internacional–, las Ciencias Sociales agudizan la segmentación y parcialización de los conocimientos y las modalidades de abordaje de sus análisis: una *taylorización* de los saberes que neutraliza la capacidad de enmarcar los diferentes problemas dentro del contexto en el cual adquieren su sentido más ajustado. Se procesan así miradas economicistas de lo económico, comunicacionistas de las comunicaciones, sociologistas de los procesos sociales e institucionalistas de la

política, sin establecer las complejas relaciones que entrelazan los fenómenos económicos, sociales, políticos, culturales, comunicativos o educacionales como aspectos que se influyen mutuamente y permiten dar cuenta, con mayor fundamento, del tema específico en estudio. Bajo el supuesto de un estatuto científico propio de cada una de estas disciplinas, la Sociología se diferencia de la Historia y de la Antropología, la Filosofía se distancia de los procesos históricos y sociales, la Ciencia Política cobra una autonomía más que relativa frente a lo económico, lo social, lo histórico, lo filosófico y lo cultural, y así con las Ciencias de la Educación u otras disciplinas. Se gesta de esta manera un pensamiento *experto*: un conocimiento acumulativo, detallista y en profundidad de determinado problema, pero al mismo tiempo segmentado e incapaz de comprender el proceso de cambios invasores, que penetra todas las esferas y condiciona marcadamente sus propias problemáticas.

Un ejemplo paradigmático es el *ceteris paribus* de las corrientes más reconocidas en las Ciencias Económicas; una ciencia supuestamente desvinculada de la política, la cultura, las relaciones de poder, los fenómenos sociales, la historia, las comunicaciones, la filosofía o la epistemología. Luego de plantear el supuesto del *ceteris paribus* –mediante el cual esos factores extra económicos quedan congelados y fuera de estudio– comienza la verdadera ciencia, idónea para explicar a través de cálculos matemáticos y coordenadas cartesianas, cómo la oferta se corta con la demanda, cómo se determinan los precios marginales o las ganancias y otros problemas. Pero sucede que –como en nuestro país puede observar cualquiera con sentido común– la explicación real de la orientación económica se encuentra, precisamente, en las relaciones de poder, en la política, en los procesos sociales y en los valores culturales; en todo aquello englobado en el *ceteris paribus* que las Ciencias Económicas pretenden ignorar. El auge de las Políticas Sociales –focalizadas o no– y del fenómeno de la pobreza en la Sociología de los años ochenta y noventa es otro ejemplo. Múltiples trabajos y consultorías analizaron las virtudes o defectos de la focalización, los nuevos pobres, los microemprendimientos, las estrategias de supervivencia y similares. No obstante, pocos de esos estudios plantean que las Políticas Sociales tienen sentido cuando diez o quince por ciento de la población se encuentra en situación crítica, pero si la pobreza llega a afectar a casi sesenta por ciento y

las estrategias económicas inciden negativamente en casi totalidad –según cifras oficiales en Argentina–, entonces es preciso ahondar en las complejas causas de ese fenómeno y pensar un nuevo modelo integral de sociedad: algo imposible para un *experto*.

La tradicional segmentación de las Ciencias Sociales y las Humanidades se exacerba en las dos últimas décadas dado el predominio alcanzado por la filosofía neoliberal, el posmodernismo, el posmarxismo o las teorías de la modernización con sus críticas a los “grandes relatos”, afirmaciones acerca del “descenramiento del sujeto” o sobre “el fin de las ideologías” –cuando las dos matrices de la ideología liberal, la filosofía jurídico-política y el liberalismo económico remozado, alcanzaban una hegemonía inédita–, y el cuestionamiento a todo abordaje integrador de los problemas bajo el estigma del autoritarismo inmerso en las visiones totalizantes. En términos de Khun, las disciplinas se desarrollaron como *ciencia normal*, sin cuestionarse los *paradigmas* desde los cuales procesaban sus análisis. Una tendencia reforzada en las universidades bajo las presiones del Banco Mundial –cuyo *paradigma* comprende esas dos grandes matrices del pensamiento liberal, con sus vertientes o actualizaciones– porque debía evitarse la crítica a *ese paradigma*. La parcialización de los conocimientos y las investigaciones llevó a que determinados conceptos fueran tomados acríticamente, como algo dado: el tema de la *globalización* con su correlato del *único camino* es elocuente. Así la globalización de la economía y las finanzas es tema de los economistas, la globalización de las comunicaciones y la información pertenece a los comunicólogos, las secuelas sociales de la globalización y el *único camino* es problema de los sociólogos, la crisis de representatividad de los partidos políticos debe ser abordada por los politicólogos, la degradación educativa y la repitencia o deserción escolar aluden a las Ciencias de la Educación, y se descalifica cualquier enfoque de carácter abarcador que pretenda vincular esos problemas entre sí. Parcialización del saber anacrónica y estéril, ante las formas del *conocimiento* de los nuevos tiempos.

II.2: Acerca del conocimiento estratégico

La estrecha relación entre las corrientes teóricas y determinados proyectos orgánicos, en distintas etapas de la historia, ha

sido señalada por diversos autores reconocidos en estas disciplinas. Con referencia a la historia, José Luis Romero dice: “La historia social debe hacer el esfuerzo de llevar sus temas al campo de la más estricta objetividad. Este esfuerzo, por cierto no es fácil (...) La cuestión del enfrentamiento entre los grupos blancos y los grupos de indígenas, negros, mestizos, etc. ha asumido caracteres de problema decisivo en distintas épocas y en diferentes países (...) Ha condicionado el estudio de los problemas de la historia social, puesto que, en la medida en que son problemas vivos que han originado actos de poder, se insertan inevitablemente en el cuadro de la historia política y responden en sus planteos a las incitaciones de la política misma.” (José Luis Romero: *Latinoamérica: situaciones e ideologías*. Ediciones del Candil. Buenos Aires. 1987.)

Este señalamiento es extensible al conjunto de las teorías y esquemas conceptuales o metodológicos de las ciencias sociales y la filosofía. Como afirma Arturo Roig:

“Las filosofías de la historia, en particular las que produjo el siglo XIX, pueden ser consideradas como discursos políticos abiertamente intencionados, en los que se ha planteado como objeto señalar el camino que se debía recorrer, como asimismo los escollos que se debían evitar para que las potencias europeas pudieran cumplir con un destino al cual se sentían convocadas dentro del vasto proceso de dominación del globo iniciado con el Renacimiento. De este modo puede afirmarse que la filosofía de la historia acabó constituyéndose, en una de sus líneas de desarrollo, sin duda la de mayor volumen, en un modo de ‘filosofía imperial’ que se ocupó tanto de los eventuales motivos de decadencia que había que evitar, como de las formas mediante las cuales la humanidad europea y dentro de ella una burguesía ya segura de sí misma, había de asumir de modo definitivo el destino de toda humanidad posible.” (Arturo Roig: *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. Fondo de Cultura Económica. México. 1981.)

La conexión existente entre ciencias humanas y política en su sentido más amplio, entre las vertientes académicas y los proyectos que se formulan para afrontar etapas clave de la historia similares a la actual –más allá del grado de articulación alcanzado por cada uno de ellos en un momento dado–, atraviesan el propio concepto de ciencia y sus postulados epistemológicos:

“Las crisis deshicieron las seguridades tan laboriosamente conquistadas (...) Desde hace varias décadas experiencias de las

más variadas erosionarían progresiva e implacablemente las nociones epistemológicas más preciadas heredadas del siglo pasado –cuna del proyecto científico moderno– entre las cuales desollarían las de objetividad, neutralidad valorativa, causalidad lineal, verdad transhistórica, etc. Si aquí importa echar alguna luz sobre la crisis epistemológica, es porque la puesta en cuestión de estas categorías basales del pensamiento científico y de la epistemología moderna es indisociable de la crisis del proyecto de la modernidad.” (Alejandro Piscitelli: “Posmodernidad e identidad latinoamericana” en Cuadernos de la Comuna N° 10. Municipalidad de Puerto San Martín. Santa Fe. 1991.)

Tomando esta perspectiva, es posible analizar las propuestas teóricas de Thomas Hobbes, John Locke o Adam Smith en los respectivos contextos históricos y en el marco de las problemáticas planteadas en Inglaterra en momentos cruciales, cuando se elabora el pensamiento de estos autores. La ciencia en Carlos Marx –que sintetiza críticamente los aportes de la filosofía, la historia, la política y la economía formulados por los intelectuales orgánicos del ascenso burgués europeo– constituye el sustento teórico de un proyecto que intenta develar el horizonte del naciente proletariado, elegido para forjar la verdadera historia humana. Con las características de los diferentes tiempos y lugares históricos este objetivo fundamenta los aportes de Lenin, Rosa Luxemburgo o Antonio Gramsci. El debate sobre el futuro de Alemania en las décadas comprendidas entre 1890 y 1920 es alimentado por todas y cada una de las categorías aparentemente formales y neutralmente valorativas de Max Weber; en tanto, la búsqueda de nuevas formas de equilibrio e integración social para encauzar la vertiginosa historia de Francia en los cien años que siguen a la Revolución signan las formulaciones teóricas de Emile Durkheim. Tales condicionamientos políticos, que pueden detectarse en los más diversos autores y teorías de las ciencias humanas, no se refieren solamente al *contexto de descubrimiento* ni se ligan con aspectos parciales de la sociología del conocimiento o de una historia social de las ideas. La definición y concatenación misma de las categorías conceptuales, y aún las afirmaciones acerca de qué es la ciencia social –las diferencias al respecto entre Adam Smith, Weber y Marx, son especialmente significativas–, están impregnadas por valores y objetivos políticos globales, influyendo desde sus ópticas particulares en los procesos históricos de los cuales se nutren.

Para analizar de este modo las corrientes del pensamiento académico es preciso adoptar un punto de vista abarcador en términos teóricos e históricos. Toda mirada crítica incluye necesariamente una perspectiva englobadora, trasciende las fronteras entre las disciplinas científicas, ramas o subramas de las ciencias sociales y la filosofía y se engarza con los espacios culturales más amplios, con el mundo de lo político y los comportamientos colectivos, con la interpretación de los principales hechos de la historia. En tal sentido, no puede limitarse a la discusión de conceptos aislados, de ideas parciales, de fenómenos acotados, dado que sólo en el marco de una visión de conjunto esos conceptos e ideas adquieren una significación más acabada, una verdadera coherencia, un sentido riguroso y consistente. Las sucesivas particiones del conocimiento social, que en las últimas cuatro o cinco décadas dieron lugar a una profusión de Ciencias parcializadas, son hijas de una de las versiones dominantes en las Ciencias Sociales: en particular el liberal-funcionalismo concibe divisiones estancas del saber susceptibles de desarrollos autárquicos, sin considerar la vertebración de cada una de esas parcialidades con los otros fenómenos que, en muchos casos, inciden de manera fundamental sobre el problema en estudio. Desde la segunda postguerra el liberal-funcionalismo –una de las vertientes más pobres de Max Weber, a cuya obra le eliminan la historia, la política y la filosofía, para cosificarla en un anodino sistema de acción social– fue el promotor de la *taylorización* de los estudios académicos, pretendiendo elevar al plano de ciencias autónomas a las diferentes ramas que abordan problemas sectoriales del acontecer histórico y social, como la Sociología, las Ciencias Políticas, la Psicología Social, y las Ciencias de la Comunicación o de la Educación diferenciándolas tajantemente de la Historia, la Economía, la Filosofía o la Antropología.

Los planteos de especialización científica y los severos límites entre disciplinas –como garantía de rigurosidad y objetividad– no pudieron impedir que las principales corrientes teóricas o sus distintas vertientes se hicieran presentes en los respectivos programas de estudio –Marx o Weber por citar sólo algunos–, de modo tal que aquello que se pretendía diferenciar verticalmente en supuestas ciencias autónomas volviera de hecho a penetrar horizontalmente, marcando las distintas concepciones de la problemática socio-histórica. Esto no supone negar la legitimidad de los

estudios sobre aspectos parciales, relativamente autónomos y con dinámicas propias de desarrollo que pueden ser analizados como factores con cierta independencia: problemas económicos, historia del desarrollo científico-tecnológico, comunicaciones, procesos políticos, aspectos del Estado y la administración, movimientos sociales, sindicalismo, demografía o culturas indígenas. Pero muy distinto es el planteo que ignora en forma sistemática la vertebración de estas particularidades con los marcos globales que inciden en su dinámica, o pretender que existe una única forma "científica" y "objetiva" de interpretar cada uno de esos procesos. Los momentos fundacionales de las Ciencias Sociales —como el debate entre Max Weber y el marxismo en la Alemania de fines del XIX y principios del XX— evidencian que las corrientes teóricas tienen un carácter integral y expresan momentos de confrontación entre grandes paradigmas o matrices de pensamiento. Es difícil encasillar a Marx o a Weber en las categorías de economista, filósofo, sociólogo, demógrafo, comunicador, politólogo o historiador. Al buscar respuestas frente a cambios como los de la segunda mitad del siglo XIX, con la madurez de la Revolución Industrial y el surgimiento de nuevos sujetos sociales que planteaban opciones en pugna ante la Modernidad en el Occidente central, los abordajes debían ser abarcadores, complejos, capaces de dar cuenta de la relación entre los diversos fenómenos que se vertebran en tales procesos. Por encima de los acuerdos o disidencias con cada uno de ellos fueron ricas manifestaciones de un *conocimiento estratégico*, al formular hipótesis e interpretaciones acerca del pasado, el presente y el futuro de esas sociedades.

La *taylorización* de los saberes en las ciencias humanas se agrava por una actitud en la enseñanza que tiende a desvincular los conceptos del marco teórico más amplio dentro del cual adquieren coherencia, como si se tratara de ideas aisladas, sin relaciones con la trama conceptual que realmente los define. Las ideas aparecen entonces como entes que flotan en el aire, aplicables en cualquier tiempo y lugar cual inspiraciones individuales al margen de la historia, de las sociedades concretas, de las pasiones o las mentalidades sociales, de los condicionantes culturales, de las visiones del mundo, de las relaciones de poder y de los distintos sucesos que rodean ese pensamiento. Por el contrario, el *conocimiento estratégico* es integrador, relacional, complejo; pretende detectar los núcleos decisivos de la problemática en estudio y los

principales factores interrelacionados que actúan en los procesos histórico-sociales. Es un pensamiento que incorpora y procesa críticamente los aportes de distintas corrientes teóricas o filosóficas adoptando los elementos que puedan enriquecer sus propias concepciones, sin ignorar las connotaciones inmersas en cada concepto o en las definiciones epistemológicas que conllevan. El análisis crítico de las corrientes de pensamiento desde una óptica *transdisciplinaria*, susceptible de incorporar los problemas en estudio dentro de las coordenadas que trazan las grandes líneas interpretativas, supone abordar los fenómenos sociales e históricos desde una determinada idea de totalidad. En rasgos generales, se trata de una mirada que al mismo tiempo contempla en sus principales tendencias los factores y contradicciones que juegan en una sociedad dada y, además, la articulación de estos procesos en relación con otras sociedades, con la dinámica internacional en un momento histórico. No se trata entonces de plantear una totalidad cerrada sobre sí misma, ni de ignorar la obvia dificultad de incluir todos los factores que intervienen en los procesos históricos y sociales, sino de una visión articuladora, abierta y dinámica, que cuestione las interpretaciones parcializadas y permita incluir lo excluido, señalar los silencios. Una óptica que reconozca la riqueza y complejidad del desarrollo de las sociedades y plantee la elaboración de hipótesis, diagnósticos o supuestos acerca de las tendencias fundamentales que actúan en los fenómenos sociales, sin caer en un generalismo abstracto o en negar la relativa autonomía con que puede encararse el conocimiento y la investigación de aspectos particulares.

Uno de los instrumentos más típicos de distorsión y encubrimiento de las realidades sociales ha sido el aislamiento de los hechos, eludiendo su vertebración en encuadres más amplios que muchas veces tienden a reformular sustancialmente el diagnóstico de una situación dada. No por casualidad las vertientes de origen liberal son las que más enfatizan la parcialización en el análisis de los problemas históricos, económicos, políticos y sociales, negando la posibilidad científica de abordarlos desde una perspectiva de conjunto. Las verdades a medias, los cautos silencios, acompañaron el desarrollo histórico del liberalismo tanto en la matriz de la filosofía jurídico-política —con sus hombres libres, iguales y propietarios, organizados socialmente a través de un contrato—, como en la versión de la economía política que prefiere

concebir a las sociedades cual fruto de la sabia e invisible mano del mercado, capaz de transformar en un bienestar general el comportamiento egoísta de los hombres. Tales metáforas constituyeron un instrumental ideológico contundente en la descomposición del mundo feudal europeo, y se irían enriqueciendo al ritmo de desarrollo de las nuevas técnicas aplicadas a la industria, el transporte y las comunicaciones acompañando los procesos de expansión colonial, dando legitimidad a un destino manifiesto para civilizar al mundo, incorporarlo al progreso de las artes y de las ciencias, de la iniciativa privada, de la acumulación del capital. Desde fines del XVIII y a lo largo del XIX las ideas liberales –en sus expresiones políticas y académicas– asentarían su predominio en Europa y Estados Unidos, nutriendo las llamadas revoluciones democráticas, aportando a la construcción de una nueva era de libertad e igualdad y al despliegue del proyecto de la Modernidad formulado por los filósofos de la Ilustración. Empero, esta es solamente una parte del relato. En esas revoluciones democráticas los postulados liberales convivieron durante más de un siglo, por ejemplo en los Estados Unidos, con la esclavitud o la masacre de indígenas. En Europa Occidental, desde las monarquías parlamentarias a las repúblicas, la lógica del pensamiento liberal tuvo la misma constante: iguales, libres y propietarios los blancos europeos; los pueblos coloniales –cuyo estatuto humano sospechado de barbarie no les otorgaba derechos ciudadanos– sólo podían aspirar al privilegio de ser civilizados por el dominio blanco, transformados en *deudores* y pagando un alto precio, todo ello hasta bien entrado el siglo XX. Una visión del mundo que subyace al pensamiento político y académico de Occidente que absorben fascinadas las clases privilegiadas y ciertas élites ilustradas en América Latina, y que culmina con las ideas del *único camino* y sus consecuencias.

La relación de las corrientes teóricas con determinados proyectos histórico-políticos indican, a su vez, una articulación más o menos mediatizada entre las ciencias humanas y los patrimonios culturales y experiencias vitales de diferentes sujetos sociales, en distintas áreas geográficas y etapas de la historia. En tanto modos de percibir el mundo de diferentes sectores sociales de un país o región dados, tales patrimonios y experiencias conforman el sustrato para la constitución de las voluntades colectivas sobre las cuales se erigen y consolidan los proyectos de sociedad. En tal sentido, las formulaciones teóricas –al margen de los conceptos y

metodologías planteados, del carácter fundacional o precedero de los aportes conceptuales, del mayor o menor alcance de su influencia– están inmersas en contextos culturales, son expresión de épocas históricas particulares y se vertebran con las mentalidades de distintos sectores de la población de un país o región. Mentalidades y sentido común entendidos como la incorporación socializada de patrones culturales y valores que actúan –con sus espacios de opacidad y sus contradicciones– como referentes de la vida cotidiana y base para la construcción de los consensos políticos. De esta manera, los límites entre las distintas formas del conocimiento, entre los diversos modos de percepción e interpretación de la realidad, se hacen más difusos y tienden a romperse esquemas que pretenden reivindicar la racionalidad y la posesión de la verdad para la ciencia, despojando de toda capacidad de saber a las expresiones de lo social. Y de la misma manera que se diluyen las divisiones rígidas entre conocimiento científico y saberes socio-culturales tienden a desestructurarse también las versiones elitistas, las soberbias iluminadas, las distancias entre las fracciones intelectuales y las mayorías sociales. Los diversos aportes teóricos se procesan de un modo similar al señalado por José Luis Romero con referencia a las ideas de la Ilustración o el liberalismo:

“En general, las ideas de la Ilustración se elaboraron despacio en Europa a través de múltiples experiencias que hizo la burguesía desde la edad media y a lo largo de un proceso intelectual que fijó la concepción racionalista. Sólo después de tan larga elaboración el pensamiento burgués y racionalista logró integrarse en un sistema no sólo de gran coherencia sino también de creciente simplicidad. Sin embargo, la síntesis no fue universal (...) Pero en todos los casos, cualesquiera fueran los términos de la fórmula y cualesquiera fueran sus contenidos, el sistema arrastraba un conjunto de experiencias reales previas a su elaboración intelectual y un nutrido contexto de supuestos que anunciaban su presencia, cualquiera fuera el esfuerzo que se hiciera por ocultarlo.” (José Luis Romero: op.cit.)

Esa existencia de *trincheras* en el seno de la sociedad civil fue brillantemente percibida por Antonio Gramsci, quien hará uno de los intentos más lúcidos de reformular el problema de la conciencia social en el marxismo. Va a buscar en las complejidades culturales los caminos de elaboración de una reforma intelectual y moral

que difícilmente podía ser impuesta “desde afuera”. Pensando en Italia y en Europa formula fértiles interrogantes acerca de la articulación entre sentido común, política y filosofía superior que abren al pensamiento social caminos más fructíferos que las divisiones entre *el sabio* y *el político*. Esa supuesta separación entre ciencia y política que la inteligencia y la pasión impidieron alcanzar al propio Weber, cuya producción intelectual está teñida por la cultura y la política alemanas de su tiempo.

La necesidad de plantear una profunda reformulación en los modos de abordaje teóricos y metodológicos de las Ciencias Sociales supone adecuarse al nuevo tipo de *conocimiento* que emerge con la Revolución Científico-Técnica. Este *conocimiento* tiende a superar los límites disciplinarios, tanto en las ciencias humanas y las ciencias duras como en la vinculación de ellas entre sí. Es lo que señalan las propuestas referidas al pensamiento complejo, a la incertidumbre, a la matemática del caos o los elementos brindados por las ciencias biológicas y cognitivas, miradas que no apuntan a una simple generalización sino a la posibilidad de articular los ejes nodales de las distintas ciencias, de modo tal de reemplazar el tipo de análisis restringido del *experto* por formas de aproximación relacional. Es decir, estudios e investigaciones que adquieran un movimiento en espiral, en el que el enfoque englobador permita definir los núcleos problemáticos que deben enfocarse en profundidad, sin ignorar el marco más amplio que los condiciona para enriquecer a su vez el análisis integrador; conocimiento analógico, articulador, de innovación, que requiere la creatividad del pensamiento colectivo, la construcción de redes y equipos de trabajo sustentados en el intercambio y la cooperación.

III: Argentina y América Latina: sociedades sin historia

Otra faceta de las limitaciones que encuentran las Ciencias Sociales en Argentina y América Latina es el desconocimiento de sus raíces históricas y culturales, de la densidad de las ideas y experiencias político-sociales que signan su pasado y –por encima de los cambios procesados en el transcurso de un largo período– muestran líneas de continuidad, cuyos contenidos inciden en muchos aspectos de la dinámica presente de nuestras sociedades. No se trata de la historia en tanto disciplina específica sino como formación básica indispensable en todas las ciencias hu-

manas. Para pensar el pasado, el presente y el futuro en la construcción de un conocimiento estratégico es necesario un fluido manejo de información acerca del pasado de América Latina y Argentina en el contexto internacional de cada época; pero el desconocimiento de ese pasado es una falencia que suele afectar a la gran mayoría de los cientistas sociales, salvo en el caso de los expertos en historia. Es necesario un manejo de la historia con sus debates y confrontaciones entre proyectos orgánicos en distintos momentos clave, que incorpore las visiones político-culturales planteadas por diversos sujetos sociales y el papel de las tradiciones indígenas, negras y mestizas en la elaboración de las diferentes opciones, como también el pensamiento y las propuestas de los líderes e intelectuales orgánicos. Hay un desconocimiento de la propia historia vinculado tal vez con la convicción de que no existe originalidad en este continente y, por lo tanto, es posible analizar sus procesos con categorías y conceptos universales sin ningún tipo de reformulación crítica o creación autónoma. En los inicios del siglo XIX Simón Rodríguez planteaba que si: “*La América española es original, originales han de ser su gobierno y originales los medios de fundar uno y otro: o inventamos o erramos*”. Un siglo y medio más tarde José Luis Romero decía: “*Quizás ha sido Latinoamérica más original de lo que suele pensarse, y quizás sean más originales de lo que parecen a primera vista ciertos procesos que, con demasiada frecuencia, consideramos como simples reflejos europeos*”.

Esa ignorancia de las raíces históricas y culturales es grave en Argentina, y puede comprobarse en el desconocimiento que se tiene de una figura como San Martín: sobre sus propuestas políticas, sus alianzas y contradicciones, sus relaciones con Bolívar, Rivadavia o Sarmiento, sus ideas acerca de los pueblos indígenas y negros, el esquema político-militar y cultural en el cruce de los Andes, el por qué de su exilio en Francia o de su fracasado intento de retorno en 1828. Debilidad que fortalece una *política de la historia* cuyo fin es silenciar el incómodo pensamiento y la acción de San Martín para las clases dominantes, eludiendo las connotaciones actuales de aquellos proyectos en pugna durante esa etapa crucial de nuestra historia que no son meros temas del pasado y conservan su vigencia como cuestiones del presente. En las experiencias de organización social que surgen o se revitalizan luego de diciembre del 2001, aun mostrando una gran creatividad en las modalidades participativas y de toma de decisiones, se reitera el

problema. Ante esas formas de democracia directa y soluciones colectivas con valores de solidaridad y cooperación más de una vez se hace referencia a Rousseau, o al ágora griega. Sin embargo –para el caso de piqueteros¹, cartoneros² o de empresas recuperadas– pocos evocan las circunstancias más cercanas de la democracia de Artigas, o la Consulta y los Parlamentos indígenas de San Martín. Experiencias enraizadas en tradiciones guaraníes, quechuas o mapuches –que han tendido a permanecer en esa población a pesar de los mestizajes, genocidios, desprecios y cambios sucedidos en el tiempo–, cuyas estirpes familiares los ligan con identidades culturales que no suelen ser consideradas por las Ciencias Sociales.

Sin duda, esta carencia de memoria histórica en Argentina está también signada por su especial conformación poblacional desde la segunda mitad del XIX. En aquellos momentos, poco antes del ingreso masivo de inmigrantes, se habían producido tres grandes genocidios en áreas de alta densidad indígena y mestiza: la represión de los movimientos federales en el noroeste, la guerra del Paraguay en el noreste y la conquista del desierto en el sur. Para consolidar el orden oligárquico de los ochenta, luego de los genocidios se impone una política cultural y educativa con la consigna *Civilización o Barbarie*, que plantea un profundo desprecio hacia las culturas y pueblos originarios del país: concepción que, bajo diversas modalidades, continúa en los sistemas educativos con toda naturalidad. Salvo para arqueólogos y antropólogos, la historia argentina no tiene más de doscientos años, aunque estos territorios estuvieron poblados con culturas peculiares, como lo demuestra la profusión de arte rupestre y cerámicas, formas propias de relato y aun de escritura que se estima tienen su origen en hace más de diez mil años. La conformación de los pueblos que encuentran los conquistadores se remonta en muchos casos al siglo V aC, y parte sustancial de sus creencias han llegado hasta el presente: el culto a la *Pachamama* y otras múltiples creencias

o valores pueden encontrarse, con matices y reformulaciones, a veinte kilómetros del edificio en Buenos Aires del Congreso de la Nación. Se dice que los argentinos descienden de los barcos, pero muchos argentinos –en especial los de rostro moreno– provienen de troncos familiares que no han descendido de los barcos, aunque se mestizaron con descendientes de barcos.

La homogeneización característica del sistema educacional argentino –que utiliza diversas modalidades de sanción explícita o implícita– combinó una actitud despectiva hacia las culturas aborígenes y mestizas, con una *política de la historia* que descalifica o silencia todo pensamiento o proyecto político capaz de hostigar la visión cultural dominante que –parafraseando a Marx– es la visión de las clases dominantes neocoloniales. Las Ciencias Sociales y las Humanidades no están incontaminadas frente a tales presiones; el desconocimiento de la historia es uno de los síntomas y refuerza el distanciamiento entre las naciones del continente, cuando la articulación de bloques continentales a nivel mundial indica que nuestra única alternativa es una integración regional autónoma. Si la universidad pública desea aportar al desarrollo de la cultura y el conocimiento en función de los intereses de la Nación, con visión pluralista y democrática, esas miradas que nos consideran *pueblos sin historia* deben ser objeto y parte ineludible de la crítica y el debate. Como señalara José Martí:

“El buen gobernante en América no es el que sabe como se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país (...) ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte de gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. (...) La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra (...) Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas. (José Martí: “Nuestra América” en Martí y la primera revolución cubana. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1971.)

¹ Recolectores ciudadano y por su cuenta de cartones y papeles, por lo general trabajadores dejados cesantes, que luego clasifican y venden a sus acopiadores para el reciclaje (N. del E.).

² Trabajadores en situación de desempleo que agrupados en diferentes movimientos de organización y protesta recurren al histórico piquete sindical para manifestarse (N. del E.).

IV: Las otras ideas en América Latina y el concepto de democracia

En función del debate acerca de un conocimiento estratégico en América Latina, consideramos pertinente retomar otros aportes de José Luis Romero referidos al propio concepto de *ideas*, y a la relación de las ideologías con los procesos político-culturales en el continente. Un análisis que puede hacerse extensivo a las Ciencias Sociales y a las Humanidades si se aceptan los postulados que hablan de estrechos vínculos entre cultura, política y corrientes teóricas:

“No llamo ideas solamente a las expresiones sistemáticas de un pensamiento metódicamente ordenado, sino también a aquellas que aún no han alcanzado una formulación teórica rigurosa; y no sólo a las que emergen de una reflexión teórica, sino también a las que se van constituyendo lentamente como una interpretación de la realidad y de sus posibles cambios. Esas otras ideas, las no rigurosas, suelen tener más influencia en la vida colectiva. (...) El esquema de las corrientes ideológicas de Europa Occidental no puede servirnos de modelo, porque el desarrollo de las corrientes ideológicas tiene allí una profunda coherencia con el desarrollo económico, social, político y cultural. Esta situación no se da en Latinoamérica. (...) un análisis de sus contenidos en Latinoamérica no ayudaría mucho a entender los problemas latinoamericanos, porque a su vez se han desarrollado otras corrientes de opinión mucho menos precisas y sistemáticas (...) aunque de arraigo mucho más profundo (...) Con esto se llega a lo que para mí constituye el nudo del problema. En los países de desarrollo social y cultural autónomo, las ideas constituyen un haz coherente con ese desarrollo; pero en Latinoamérica como en el mundo árabe y en los países recién emancipados de Asia y África, las ideologías se mueven de distinta manera (...)” (José Luis Romero, op.cit.)

Como se ha señalado, desde fines del XVIII y comienzos del XIX –basándose en esas *otras ideas*– en América Latina se formularon las concepciones más avanzadas sobre el alcance del concepto de seres humanos, de ciudadanos y de democracia en todo Occidente. Si bien la mayoría de esas propuestas sufrieron dramáticas derrotas –la paradoja es que los proyectos de los grandes héroes nacionales, como Petión, Hidalgo y Morelos, Artigas, Bolívar, San Martín, Martí, Sandino o Zapata fueron derrotados– es el

primer lugar del mundo donde, además de abolir la esclavitud y la servidumbre indígena, se formula un concepto de democracia extendido al plano político, socio-económico y cultural como un modelo integral de sociedad. Junto al reconocimiento ciudadano de los castas inferiores estas corrientes planteaban una redistribución de la riqueza –principalmente la tierra– con el fin de garantizar los recursos económicos indispensables para ejercer la ciudadanía. Se reconoce la dignidad de las culturas aborígenes y en las propuestas educativas, que tienen en Simón Rodríguez su elaboración más brillante, entre otros aspectos que aún hoy son de avanzada se plantea que los maestros deben aprender esas lenguas para enseñar a los alumnos bilingües sin agredir sus identidades. Una *paideia* derivada de ideas claramente opuestas a los postulados de *Civilización o Barbarie* y un concepto de democracia que contrasta con el de la democracia liberal de Occidente.

La apelación a la historia tiene una candente actualidad –en el tema de la democracia, el pluralismo, las dimensiones de la condición humana– dadas las similitudes entre el período de la emancipación y las actuales circunstancias nacionales, latinoamericanas e internacionales. Al igual que entonces, nos situamos en los albores de una nueva edad histórica y en un proceso de reformulación de las relaciones de poder mundial mientras los impactos tecnológicos han generado profundas conmociones en las sociedades. Los requisitos técnico-económicos del recurso *conocimiento* obligan a construir modelos sociales de alta integración; democracias políticas, económicas y culturales como condición ineludible para implementar los paradigmas productivos y de gestión económica y social basados en tecnologías de avanzada. En América Latina, estos requerimientos se conjugan con el imperativo de una reivindicación social y un reconocimiento de la condición humana de todos los habitantes, cuya trascendencia ante los existentes niveles de pobreza y exclusión equivale al fin de la esclavitud y la servidumbre indígena. Un pensamiento estratégico no puede entonces eludir la riqueza de esas *otras ideas*, aún cuando no estén reconocidas por las pautas oficiales del mundo académico. No son *ideas* sustancialistas o autárquicas, sino concepciones *autónomas*, susceptibles de enriquecerse con la adopción crítica de las contribuciones del pensamiento universal a condición de establecer claramente el lugar epistemológico, social e histórico-político desde el cual se las acoge y explicitan sus supuestos y valores.

V: Alternativas de Argentina ante una nueva edad de la historia: el papel de las Universidades y las Ciencias Sociales

Argentina es uno de los países de América Latina con mayores posibilidades de revertir en un tiempo relativamente corto la actual catástrofe económico-social, y plantear un nuevo modelo de sociedad y Estado frente al cambio de época histórica. Las respuestas sociales ante la crisis y situaciones límite mostraron increíbles reservas de talento, creatividad, inteligencia y grandeza en distintos estratos sociales –principalmente entre los más golpeados– en la búsqueda de soluciones colectivas sobre bases solidarias. Cartoneros, piqueteros, comedores populares, organizaciones de apoyo barriales y asambleas que se articulan con otros agrupamientos, como la Clínica Portuguesa o la ayuda a Tucumán y las empresas recuperadas, son algunos ejemplos. Sin desconocer los aciertos y errores, los conflictos internos o los vaivenes de su construcción, los eventuales clientelismos y otras distorsiones que los afecten han demostrado un potencial inapreciable para la reconstitución del tejido social y el diseño de formas participativas en un modelo distinto de sociedad. Experimentaron como se construye el recurso *conocimiento* a través del pensamiento colectivo, el trabajo en equipo, la creatividad, la capacidad innovativa, el intercambio de saberes técnico-académicos y sociales, la cooperación, la solidaridad.

El caso de las empresas recuperadas es paradigmático y evidencia el papel de las concepciones del mundo y los valores que guían las decisiones económicas. El Banco Mundial impulsó planes de microemprendimientos individuales como políticas sociales y formas de utilización de las indemnizaciones por despido. A partir de su idea de la esencia humana egoísta y tomando actualizaciones al estilo de Hernando de Soto –cuya prédica convoca a los individuos, incluso a quien vende ajos en la calle, a actuar cual *empresarios* y oponerse a la agobiante acción del Estado– los microemprendimientos serían la panacea para aquellos con iniciativa y voluntad. Se sabe que el fracaso de esas políticas superó holgadamente noventa por ciento de las experiencias, y en poco tiempo la quiebra de quioscos, verdulerías, remiseros³ y otros llevó a los microempresarios

³ Transportista de pasajeros autónomo que actúa con un automóvil particular a manera de auto de alquiler, en la mayoría de los casos en precarias condiciones mecánicas y de salubridad. Está el sistema muy extendido en las barriadas pobres de las grandes ciudades (N. del E.).

hacia la desocupación y la pobreza. En contrapartida, la experiencia de empresas recuperadas se sustenta –de modo explícito o implícito– en una visión muy diferente: los seres humanos son esencialmente sociales y sus proyectos individuales sólo cobran sentido y despliegan su potencial al integrarse en proyectos colectivos, basados en la cooperación y la reciprocidad. Las tradiciones comunitaristas de los pueblos precolombinos y las vertientes populares latinoamericanas no están alejadas de estas experiencias, y actualmente funcionan unas ciento noventa en todo el territorio argentino, exitosas en su casi totalidad según datos del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER).

Estas empresas han establecido un tipo de organización del proceso de trabajo similar a las formas más avanzadas que requiere el recurso *conocimiento* –como los *círculos de calidad* en Japón–, en el que se superan las estructuras verticales y la segmentación típicas de la Revolución Industrial. En ésta cada trabajador era más eficiente al repetir infinita cantidad de veces la misma tarea sin tener noción del conjunto del proceso, controlado por una cúpula empresaria, técnica y ejecutiva. Por el contrario, los *círculos de calidad* suponen formas de organización horizontal, equipos de trabajo donde participan todos los componentes del proceso –empresarios, técnicos, ejecutivos, trabajadores– en una dinámica de intercambio de opiniones y saberes que alimenta la creatividad, la capacidad de innovación y la búsqueda en común de soluciones ante distintos problemas. En esta modalidad todos conocen la dinámica global del proceso, y ello les permite ser más eficaces en sus tareas específicas. En el caso argentino, a esta experiencia organizativa se sumó la eliminación del costo empresario –ganancias esperadas de los propietarios del capital, pago de salarios a ejecutivos, capataces y similares– que conforma un vértice parasitario y absorbe entre veinticinco y treinta por ciento de los costos productivos: la mayor eficiencia de las empresas sociales se revela en niveles equivalentes de calidad a menor costo. En este tipo de empresas el eventual empleo de tecnologías que ahorran tiempo de trabajo humano puede resolverse mediante una disminución de la jornada laboral, complementada con un aumento de los ingresos provenientes de las mayores utilidades por el incremento de la productividad.

Tal experiencia está marcando una de las líneas más contundentes para la superación de la crisis económica y social del país. En Argentina, donde en el último decenio y medio han cerrado más de cincuenta y cinco mil establecimientos, las más de ciento

noventa empresas recuperadas existentes ocupan cada una un promedio de algo menos de cien trabajadores. Es posible entonces pensar un plan de creación de un área de empresas sociales con el fin de reincorporar a una alta proporción de actuales desempleados en tareas legítimas y calificadas: treinta mil empresas de este tipo en los sectores rural, industrial, comercial y de servicios, en todo el país y con garantías de calidad, permitirían crear tres millones de empleos en no más de dos a tres años. A un costo promedio de tres mil dólares por puesto de trabajo –lo que triplica el monto estimado por las recuperadas– el ingreso de esos tres millones de trabajadores requeriría unos diez mil millones de dólares para iniciar un círculo virtuoso de superación del desempleo, la precarización laboral, la pobreza y las hambrunas. La incorporación de casi veinticinco por ciento de la PEA en empleos que multiplicarían varias veces la inyección de ingresos por los planes Jefas y Jefes de Hogar, generaría necesariamente nuevos empleos para proveer la consecuente demanda. A ello deben sumarse otras dos áreas estratégicas: por una parte, un nuevo tipo de empresas públicas con fuerte control social e institucional a fin de garantizar transparencia por medio de una gestión participativa, que recupere las áreas privatizadas de energía, rutas nacionales, telecomunicaciones y similares. Por otra, empresas latinoamericanas orientadas a sustentar una integración continental autónoma: líneas aéreas con provisión de aviones, empresa petrolera latinoamericana, desarrollo satelital, canales de televisión, proyectos de investigación y desarrollo en ciencia y tecnologías de punta. En este último caso, si bien ninguno de nuestros países aisladamente cuenta con los recursos materiales y humanos para afrontar ese reto, la sumatoria de los recursos de México, Venezuela, Brasil, Argentina y otras naciones sí los brindarían. El tema clave es, por lo tanto, el de los recursos disponibles para desplegar tales alternativas. Pero esto plantea un problema político de fondo, ya que los recursos están hoy en manos de esas corporaciones y bancos locales y extranjeros, beneficiarios del despojo en Argentina durante los últimos 27 años. Las AFJP ganaron por comisiones veinticuatro mil millones de dólares desde su creación, las privatizadas reclaman diecisiete mil millones ante sus pérdidas por la pesificación, la renta energética anual que se llevan las grandes empresas del sector ronda los diez mil millones de la misma moneda y una auditoría para establecer la deuda

externa legítima puede demostrar que se ha pagado varias veces y en realidad somos acreedores.

Si el problema es esencialmente político-cultural requiere un debate acerca de las ideas y valores que orientan las distintas alternativas. En este escenario las universidades nacionales y los sistemas de ciencia y tecnología adquieren un papel y una responsabilidad inéditos. En América Latina son los únicos espacios donde se concentra la masa crítica del *conocimiento* en su más alto nivel de elaboración y en todo el espectro de saberes físico-naturales y sociales, aunque es imprescindible reformular las modalidades de formación, superar las fronteras de las ciencias, desarrollar un pensamiento colectivo y transdisciplinario, y establecer formas de articulación con sectores e instituciones sociales que les permitan incorporarse en los procesos de definición de nuevos modelos sociales y de integración continental. Su distribución en todo el país les posibilitaría participar en el diseño de respuestas –con estrategias integrales y multidisciplinarias, debatidas con los protagonistas sociales– en experiencias de reconstrucción económica, social y cultural en las distintas regiones. Cuentan, además, con gran agilidad para el intercambio de experiencias y saberes a escala nacional y son los instrumentos más dinámicos para impulsar un proceso de articulación continental, basado en relaciones horizontales, pluralistas y democráticas. Son los *nuevos yacimientos de petróleo* con los que cuenta América Latina para ingresar en la edad de la historia que se inicia. No obstante, es necesario remarcar que el concepto mismo de *conocimiento* y sus contenidos carecen de neutralidad, y que los universitarios no deben actuar como elites iluminadas, como los únicos poseedores de la verdad. Existen saberes socioculturales –y sabidurías– que, no importa cuáles sean sus niveles de sistematización o fundamentación son tan valiosos como el científico. En consecuencia es preciso establecer las bases de esa conexión entre distintos conocimientos, mutuamente enriquecidos a través del diálogo, el respeto y las experiencias en común entre universitarios y diversos sectores sociales, para recorrer otro camino.

En esta ponencia hemos utilizado elementos de trabajos anteriores. Entre otros:

- ARGUMEDO, Alcira: Los laberintos de la crisis (América Latina: poder transnacional y comunicaciones). Folios/Ilet. Buenos Aires. 1985.
- ARGUMEDO, Alcira: Un horizonte sin certezas: América Latina ante la Revolución Científico-Técnica. Puntosur/Ilet. Buenos Aires. 1987.
- ARGUMEDO, Alcira: Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento popular. Ediciones Colihue. Buenos Aires. 1993.
- ARGUMEDO, Alcira: Los laberintos de la crisis: diez años después. Informe CONICET. 1997.
- ARGUMEDO, Alcira: "El imperio del conocimiento" en Encrucijadas UBA. Revista de la Universidad de Buenos Aires. Año I, N° 2, diciembre 2000.
- QUINTAR, Aída, ARGUMEDO, Alcira: "Argentina: os dilemas da democracia restringida". Lua Nova. Revista de Cultura e Política. N° 49. Sao Paulo. 2000.
- ARGUMEDO, Alcira: "Argentina: los desafíos de un nuevo tiempo histórico" en Ciudadanos. Revista de Crítica política y Propuestas. Año II, N° 2. Verano 2001.
- ARGUMEDO, Alcira: "Universidad y Conocimiento en América Latina: un debate hacia el futuro" en Prohistoria. Historia-Política de la Historia. Año VII, N° 7. Rosario. 2003.
- ARGUMEDO, Alcira, QUINTAR, Aída: "Argentina ante una encrucijada histórica" en Estudios Sociológicos. El Colegio de México. Vol. XXI, N° 63. septiembre-diciembre 2003.

CHARLA-DEBATE

Federico Schuster:¹

Quiero poner atención en algunas proposiciones que se plantearon, me parece que hay varias en las que sería interesante enfatizar y que han atravesado las distintas exposiciones. Menciono sólo algunas como para empezar a hablar, yo anoté varias. Una que se planteó es la relación entre las ciencias sociales y la crisis, no como una relación circunstancial si no como una relación en realidad casi constitutiva, esto es, que las ciencias sociales mayormente han estado ligadas a las crisis de la sociedad, que han surgido como respuesta a las crisis –ahí hay que ver la relación entre crisis y catástrofe que señala Alcira Argumedo–, me parece que éste es un punto interesante porque muchas veces nosotros pensamos, urgidos por la coyuntura –y creo que ése es uno de los elementos que apareció ayer–, en las ciencias sociales hoy ya constituidas frente a una crisis. Esta primera cuestión de que, en realidad, las ciencias sociales siempre se han desarrollado y crecido teóricamente en relación con situaciones de crisis me parece que es un punto que sería interesante ver en qué medida lo podemos desarrollar más.

Hay otro que a mí me llamó mucho la atención y que atravesó varias de las presentaciones, es la pregunta por la sociedad a la que también sería necesario prestarle algún interés particular: ¿de qué sociedad hablan hoy las ciencias sociales? En algunas de las presentaciones se manifestó –incluso quizás lo exagero en la forma en que lo digo– que no hay tal sociedad. Se manifestó de distintos modos, pero me parece que aquella es una pregunta muy impor-

¹ Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires

tante. ¿En qué medida, efectivamente, las transformaciones de la sociedad argentina y latinoamericana –pero tomemos la sociedad argentina en la que se concentró la mayoría de las exposiciones–, han sido tan brutales y tan importantes que se pueda llegar a decir, o a preguntar, si efectivamente sigue habiendo sociedad en el sentido clásico en que la sociología y las ciencias sociales lo han planteado? Me parece que ésta es una pregunta muy importante, y si bien tengo varios puntos de vista, pero quizás de todas estas segunda es una cuestión que a mí me llamó fuertemente la atención y me parece que sería interesante poder desarrollar algo en ese punto.

Eduardo Bustelo:

Deseo referirme a la cuestión de la sociedad. Todos sabemos que después de la Segunda Guerra Mundial, la sociología se correspondió más esencialmente con su objeto, con la sociedad. La teoría social fue desarrollada fundamentalmente desde este punto de vista, en primer lugar respecto de las sociedades nacionales. La categoría de Nación era constitutiva de lo social y, en segundo lugar, el Estado era como un “contenedor” de la sociedad.

El proceso de globalización, entre otras cosas, saca el poder del Estado Nación. El recinto del poder no es el Estado. El Estado es una parte del poder pero el recinto del poder no coincide con el Estado solamente. Y aquí se ha generado toda una discusión sobre el problema del Estado Nacional. Esta discusión no está saldada. Por ejemplo, en las jornadas de Porto Alegre en general el «progresismo» globalizado está en una postura de negación del Estado nacional. El Estado nacional es percibido como un obstáculo para el desarrollo de luchas políticas que ahora son globales. Esto se relaciona con una visión más “primermundista” ya que, como dijimos, el Estado nacional aparece como una forma de organización de los países en Europa pero en la etapa globalizada, se habla de una instancia posnacional como la Unión Europea. En cambio, para el mundo en vías de desarrollo el Estado aparece como una instancia aglutinante y constitutiva en una etapa poscolonial o posdependiente.

Lo que hemos dicho pone en cuestión nuevamente el tema de la sociedad ya en una discusión más antigua, que es la contraposición del Estado con la sociedad. Desde Polonia y la situación allí planteada a partir de los años ochenta surge una dualidad

Estado y Sociedad en la que el Estado queda asimilado al autoritarismo, al “Estado-partido”, y la sociedad en equivalencia con la libertad y los derechos humanos. El Estado aparece como la parte mala de la ecuación y la sociedad como la buena donde residen las expectativas de emancipación. La lucha es entonces en gran parte de “la sociedad contra el Estado”. Este pensamiento es muy frecuente en los pensadores europeos que aún antes de “la guerra fría” visualizaban al Estado como la posibilidad del fascismo, el estalinismo o el nazismo. Y más recientemente también siempre el Estado es visto con sospecha, y ante la crisis del Estado de Bienestar durante los ochenta 80 nuevamente se vuelve a una versión idealizada de la sociedad civil y de los movimientos sociales que encarnarían la posibilidad liberadora por fuera del Estado.

En América Latina durante los procesos dictatoriales también aceptamos un dualismo Estado frente a Sociedad. Había que luchar contra regímenes de una intemperancia atroz, y había por lo tanto que levantar la sociedad contra el Estado sobre todo en términos de respeto a los derechos humanos y recuperación de la democracia. En esas condiciones, Francisco Weffort proclamó que “si no existiera la sociedad civil habría que inventarla”. Pero relevadas las dictaduras se plantea una dualidad bastante maniquea e irreducible que perdura en “el progresismo” hasta nuestros días. Creo que esta cuestión hay que revisarla a luz de los argumentos que daré a continuación.

Hemos analizado siempre a la sociedad en sus distintas dimensiones, ciertamente una muy importante es su materialidad. En todas las relaciones sociales, sean relaciones de producción o no, existe una base material en la que se da una profunda asimetría que es uno de los sustentos de las relaciones de dominación. Es por ello que gran parte de las luchas sociales estaban pensadas como luchas por la igualdad en la distribución de la riqueza y el ingreso. Pero con los avances de los procesos de “individuación” en la cultura moderna, a los que me referí en mi intervención, las luchas no se plantean en el campo de la igualdad sino contra “las discriminaciones en la cultura”. Esto viene claramente planteado en las filósofas del movimiento feminista desde Ursula Le Guin hasta Nancy Fraser y Marion Young en el presente con el concepto de “ciudadanía diferenciada”. Así, no tendríamos más un destino común, ciudadanía común y compartida, ya que hay una diferencia anterior que presupone una relación desigual y opre-

sora del hombre sobre la mujer y que, por lo tanto, con la propuesta de una ciudadanía común se está ocultando una relación diferenciada, oculta y dominante con respecto a la mujer. En otras palabras: no tenemos más ciudadanía común, tenemos ahora una "ciudadanía diferenciada". Lo común es sólo un destino provisional: Young habla de las «constelaciones arco iris», donde cada uno de los colores del arco iris representaría una forma de ciudadanía y el acople total sería esta especie de composición; una ciudadanía de "colage". Es una manera de verlo; yo me atendería más a la idea de ver a este proceso de individuación como un proceso en donde realmente se diluye la idea de sociedad, puesto que la idea de sociedad hace referencia a una valoración común, a una cultura común en el sentido de valores, representaciones e imaginario colectivo y a un juego de reglas claves para resolver los conflictos, dimensiones ausentes en el planteamiento de una ciudadanía diferenciada.

Ahora veamos un poco la realidad, porque una cosa es como uno reflexiona y otra es la realidad. Si uno se va por ejemplo a una villa miseria -vamos a hablar de una villa miseria de doce mil familias, esto es una villa de carácter mediano- se va a encontrar ahí aproximadamente entre cincuenta y sesenta ONGs o movimientos o grupos con distintos niveles de organización. Cada uno de estos grupos trabaja por sus respectivas identidades, sus respectivos derechos subjetivos, defiende y lucha por la concreción de "sus" derechos. Y uno se puede encontrar, por ejemplo, con un sacerdote que tiene un proyecto de prevención de niños de la calle, tiene toda una metodología de trabajo, una didáctica y un modo operacional de inclusión. Tiene en su proyecto unos cuarenta chicos. "Su" proyecto es percibido como muy importante y los integrantes del mismo están honrados de la historia y de la trayectoria de ese proyecto. Sienten un gran orgullo de pertenecer al mismo y se desarrolla un sistema de lealtades muy fuerte entre ellos. Y a unas diez cuadras de esta iniciativa ustedes pueden encontrar otro sacerdote, que tiene otro proyecto similar también de prevención de niños de la calle y de la misma magnitud. Trabajan con una metodología parecida, sienten el mismo orgullo de pertenencia, reconocen su historia y sus luchas por objetivos comunes al grupo. Pero seamos claros, los dos grupos se perciben como diferentes y ninguno de ellos desea claudicar de su aprendizaje, de sus luchas y de su historia en el curso de las cuales fueron

concretando su "identidad". Los dos sacerdotes pueden pertenecer a la misma religión y puede suceder que ni siquiera se hablan o deseen compartir sus experiencias, no hay interés en valoraciones comunes: hay grupos y proyectos pero sin sociedad. También, si uno ve el ejemplo de las denominadas "asambleas barriales" puede percibir una realidad similar: demandas circunscriptas a un problema o carencia particular o individual en las que resulta difícil plantear una contención colectiva caracterizada por la percepción de un bien público. Recuérdese la escena de la asamblea del club en el film "Luna de Avellaneda". Hay una especie de «babelismo» social: la imposibilidad de reconciliar estos "diferentes lenguajes" en una propuesta sostenible y común.

Ahora, esta idea nueva de la sociedad civil separada del Estado tiene origen en el liberalismo y no ha sido "inocente" su propuesta durante los años noventa en América Latina. Con los procesos de apertura mercantil, achicamiento del Estado y auge de lo privado la visión de una sociedad civil "buena", democrática, fuera de la política y no alcanzada por la corrupción ha servido de excelente justificación para los procesos de desmantelamiento del Estado y para la justificación de la "anti política" que tiene viejas asociaciones con el autoritarismo. Mucho peor han sido las implicancias de lo que esta idea oculta: nada menos que las relaciones sociales de dominación y la "privatización" de la solidaridad.

Deseo expandir un poco el tema de las discriminaciones en la cultura. Esto desplaza la discusión desde la materialidad de la ciudadanía hacia las discriminaciones y ha instaurado una discusión sobre políticas de redistribución frente a políticas de reconocimiento. Este "reconocimiento" debe otorgarse en base a la diferenciación de derechos específicos. Tenemos derechos de la mujer, de los niños, de los ancianos. Tenemos derechos de las comunidades indígenas, de las personas con capacidades diferentes, de los homosexuales, de las personas que dependen del consumo de drogas, etcétera. A su vez, dentro de las personas con capacidades diferentes tenemos más diferencias: ciegos, sordos, mudos, paráliticos, etcétera. Tenemos a los movimientos "sin": sin trabajo, sin tierra, sin casa, etcétera. Existe como una "inflación" de derechos. Y hay ciertos ejemplos que resultan toda una metáfora: el presidente de la Asociación de Sordos de los Estados Unidos ha dicho que ellos se oponen a los mecanismos que ha-

rían a los sordos oír, porque si los sordos oyeran ellos no tendrían más identidad como sordos y, por lo tanto, como tales no se podrían dirigir a la sociedad. Los sordos quieren permanecer como sordos: ¿son tal vez sociedades que definitivamente no quieren reconocer la "otredad" o que no quieren establecer una mínima intersubjetividad comunicativa?

Entonces yo creo que este tema del Estado y la Sociedad Civil es una cuestión que merece un tratamiento muy serio, y muy especialmente pienso así como persona que trabaja en el área de la política social, puesto que ésta puede ser definida como la política de construcción de sociedad, o sea la política de construcción de un proyecto colectivo, de rescate de lo que es la ciudadanía común en base a una igualdad no sólo como discriminación sino fundamentalmente como distribución de riqueza e ingreso. Esto está muy lejos de la pretendida "igualdad de oportunidades".

Admito que esta perspectiva que he desarrollado puede ser muy discutible, pero creo que es una cuestión que está planteada y que las ciencias sociales no pueden evadirse de esta interrogación.

Juan Carlos Portantiero:

A mí me parecen muy estimulantes las intervenciones de Eduardo, tanto la de ayer como la de ahora en la que todavía enfatizó más en sus argumentos, y la anécdota de los sordos me parece muy ilustrativa de lo que él nos quiere decir. A mí me parece, de todas maneras, que hay que ser más cuidadoso con las palabras cuando se habla de individualismo, de individuación, y se coloca a esos procesos de individuación como antinómicos con los procesos de socialización, porque me parece que no es tanto un proceso de individuación si no de comunitarización lo que se está planteando.

Creo que habría que diferenciar semánticamente dos tipos de crisis, existentes las dos: una, la crisis de las sociedades occidentales y en nuestro caso occidentales periféricas, con problemas más agravados todavía y, la otra, la crisis de las ideas de sociedad que las ciencias sociales fueron elaborando desde el siglo XIX. La idea clásica de sociedad desde Durkheim a Parsons, pondría un poco en el costado a Weber que en ese sentido rescata mucho más las potencialidades de la acción sobre las del sistema, es una idea de procesos de integración crecientes; es decir, la sociedad como

un núcleo, un centro, alrededor del cual crecientemente una idea de progreso social acompañada por reformas sociales lograba integrar cada vez más a mayor número de grupos e individuos hasta lograr situaciones de equilibrio, quedando los que no se integraban y los desintegrados como casi un problema de patología social. Pero la idea de sociedad era esa: una idea clásica de integración creciente. En ese sentido, la sociedad dejaba de ser algo que tiene que ser explicado para pasar a ser algo que explica; la sociedad es algo así como el orden que ordena el desorden; la razón que ordena el desorden y, en ese sentido, efectivamente esta noción está en crisis, esta idea de sociedad está absolutamente en crisis.

Pero tengamos cuidado con la manera en que lo planteamos, ¿por qué? Hubo una frase famosa de Margaret Thatcher en la que ella también dio por muerta a la sociedad, dijo algo así como que la sociedad no existe, es un invento, lo único que existe son los individuos... Creo que nosotros razonablemente no podemos caer en una categorización de ese tipo. Lo que desaparece efectivamente es esa idea de la sociedad como orden que ordena el desorden y lo que se da en la realidad, contribuyendo a que esa idea de núcleo duro desaparezca, es un proceso de centrifugación social. Efectivamente creo, como cree Eduardo, que estamos más bien en una etapa de creciente diferenciación y dispersión que de fugas hacia el centro. Repito, simplemente porque me parece que sintetiza en una triada los problemas más serios de este proceso de pérdida de centro, la triada tourainiana de proceso de desocialización, proceso de despolitización y proceso de desinstitucionalización como características de esta ruptura entre el mundo instrumental y el mundo simbólico o mundo cultural que se da en nuestros días.

Pero lo que es claro, y sobre todo en relación a lo que se afirmó junto con la consolidación de la sociología en la segunda posguerra, es que ya el orden político no es quien funda el orden social, ya no está ahí el nudo que funda el orden social, pero esto para mí no significa necesariamente una vuelta al individuo aunque efectivamente hay un proceso de privatización muy fuerte dentro de la sociedad, de introspección, de retiro hacia adentro, hacia el pequeño núcleo, estimulado por la visión liberal acentuada en el neoliberalismo acerca de la competencia, de la lucha de unos contra otros, de la necesidad del éxito, etcétera que refuerza enormemente los vicios del individuo y la relación viciosa del individuo

con el conjunto de la sociedad pero, siendo este un proceso de privatización real que se da, me parece, y simplemente aquí lo que quiero marcar es un problema de terminología, que incluso tomando todos los ejemplos que nos daba Eduardo lo que se da en esta lucha por afirmar identidades diferenciadas y cada vez más múltiples es más bien la gestación de comunidades, y si la historia social de Occidente es la historia del pasaje de la comunidad a la sociedad me parece que lo que ahora se está dando es un proceso, no diría totalmente inverso, donde por primera vez la sociedad tal cual he tratado de describirla en estas breves consideraciones empieza a descomponerse en comunidades que buscan identidades fuertes, propias, que las diferencien de otras; que pueden alcanzar signos de fundamentalismo incluso en su propio desempeño si esto tiene una base teológica o religiosa; que acentúan los niveles de particularismo contra los de universalismo invirtiendo absolutamente las variables de Parsons, en el sentido de pase de tradición a modernidad, y que éste es un fenómeno que creo en sí mismo no es ni progresista ni reaccionario ni bueno ni malo, es más bien un dato que nosotros tenemos que tener en cuenta para orientar nuestra propia mirada hacia la realidad.

Me parece que la que está en cuestión es la sociedad como idea que tiende a la integración cada vez mayor de los individuos y que está vinculada a una organización cultural y social y espacial del mundo del trabajo, y no sé con qué capacidades de recuperación y, a partir de ahí, lo que vemos es este fenómeno que nos coloca verdaderamente ante la necesidad de reformular buena parte de nuestro pensamiento y de reformular también la propia forma de acercamiento que a la realidad social tienen las ciencias sociales.

Alcira Argumedo:

Yo creo que sí, coincido con Portantiero en que hay un proceso más bien de comunitarización, o sea, lo que creo es que ha estallado la típica sociedad de la edad contemporánea. Por eso yo planteaba que estamos en una edad de la historia; planteaba que el ciclo de la edad contemporánea, que es cuando se articulan y consolidan los Estados-Nación en estas formas que conocimos, sufre un proceso de desarticulación y me parece que estamos en una transición que no podemos tomar como algo consolidado.

Una transición en la que se dan, me parece, cuatro elementos para repensar el tema de la sociedad: el primero es este estallido de las formas tradicionales cuando los trabajadores se transforman en piqueteros, las clases medias en nuevos pobres, las clases medias altas en recientes clases medias y así sucesivamente; o sea, la articulación de clases sociales estalló.

Lo segundo y que se conjuga con aquello es una inédita concentración del poder económico-financiero que, en especial en América Latina, ha actuado como un poder real. La concentración es de tal nivel que ya casi se puede identificar a este poder con nombre y apellido, dirección, número de teléfono, etcétera; megacorporaciones en una centralización inédita del poder económico-financiero, también comunicacional y en otras áreas.

En tercer lugar está influyendo la tendencia hacia articulaciones de alcance continental que es lo que está pasando en Europa, y esto reformula, no necesariamente destruye, el papel de los Estados-Nación.

Y el cuarto elemento es que en América Latina, y en Argentina está clarísimo, la imposición de esta política que se plantea desde la dictadura militar no solamente desarticula el Estado de Bienestar y el Estado empresario sino al Estado como tal, es decir a la potestad soberana del Estado. ¿Qué quiero decir? Que el Estado requiere tener potestad soberana que se asienta sobre determinados pilares para poder llevar adelante la voluntad soberana del pueblo que es la democracia, no importa la orientación política. Pero que esta potestad soberana tiene que tener tres pilares: uno es el pilar económico, o sea la capacidad autónoma del Estado de recolectar sus recursos a través de impuestos, aduanas, sus propias empresas, controlar la moneda, establecer los lineamientos fundamentales de la política económica, etcétera. Esto durante mucho tiempo no lo ha hecho el Estado argentino sino que lo han hecho el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

El segundo pilar es un aparato judicial, en el sentido de un Poder Judicial transparente, eficiente, honesto, capaz de dar cumplimiento o producir sanciones en función de las leyes dadas por los representantes de la voluntad soberana del pueblo. Como sabemos, de la Corte Suprema para abajo y con escasas y nobles excepciones, este no fue el perfil del Poder Judicial.

Y el tercero es el monopolio de la violencia legítima. Fuerzas Armadas y de Seguridad democráticas, transparentes, honestas,

que sean capaces de ejercer el monopolio de la violencia legítima en defensa de los ciudadanos. Como sabemos la policía bonaerense no tiene este perfil y así sucesivamente con las otras.

Es decir, este poder económico-financiero concentrado desarticuló la potestad del Estado como tal lo que llevó, en América Latina, a estos comportamientos erráticos que se analizan cuando la vuelta a la democracia. Y es el surgimiento de consensos y liderazgos que surgen con una gran esperanza apoyados generalmente por medios de comunicación, que luego atraviesan una meseta en la cual en vez de responder a las demandas de sus votantes responden a la lógica del poder económico-financiero y al final llevan a una licuación de los consensos. Es lo que vimos en los últimos años en casi toda América Latina: en Brasil con Sarney, Collor de Melo, Fernando Henrique Cardozo; en Argentina con Alfonsín, Menem, De la Rúa; Bucarán, Mahuad y el mismo Gutiérrez en Ecuador; los partidos mayoritarios en Venezuela; y en México, para ver solamente algunos países, el propio Partido Revolucionario Institucional. Todo esto me parece que da cuenta de un proceso de desarticulación también de los estados nacionales en función de la lógica de un poder económico-financiero de alta concentración.

Indudablemente que al desarticularse las formas tradicionales de identidad alrededor de clases sociales como en Argentina los trabajadores, las clases medias, etcétera, que de alguna manera aparecían como las identidades más significativas... Decía que al estallar esta articulación social es como que se retrotrae hacia formas identitarias que no necesariamente van a quedar ahí, creo que el gran desafío que está planteando Eduardo Bustelo es cómo se conforman nuevas formas de articulación social a partir de estas diferencias y no de una homogeneidad. Por eso entonces creo que la diferencia tiene que ser base de la igualdad, no la homogeneidad, la diferencia puede suponer la igualdad logrando términos que no anulen esa diferenciación pero que sí encuentren canales comunes de rearticulación. Esto me parece que hay que tenerlo claro porque si no caemos efectivamente en la concepción de la esencia humana del neoliberalismo, que finalmente es la concepción de la esencia humana de Adam Smith.

Fíjense ustedes que a diferencia de la filosofía jurídico-política, para la que la sociedad se constituye a través de un pacto, como lo sostiene el contractualismo, la constitución de la sociedad para el

liberalismo económico parte de ese individuo egoísta que, buscando su propio beneficio, logra a través de este milagro de la «mano invisible» conformar lo social. Es un concepto de sociedad absolutamente distinto del del liberalismo económico respecto del liberalismo jurídico-político. Y es aquel, el del liberalismo económico, el que de alguna manera me parece que acompañó el proceso de disgregación social cuando se nos dijo: las sociedades se han disgregado y el poder no está en ningún lado. No nos vayamos a confundir: el poder está concentrado como nunca en los grupos económico-financieros, el resto de la sociedad está disgregada.

El asunto es que una sociedad se define por tres dimensiones fundamentales. Una es la distribución de los recursos económicos estratégicos, casi una definición estructural. La segunda es la composición de sus identidades culturales, no todas las sociedades son homogéneas aunque durante mucho tiempo se pretendió homogeneizar a las sociedades en función de la cultura dominante que era la cultura de occidente, es el caso de Estados Unidos. La tercera dimensión es la relación entre sociedades. No es inocuo pertenecer a la Comunidad Europea y ser Francia o pertenecer a sociedades del Tercer Mundo. Y en este sentido gran parte del pensamiento social tienen una idea de sociedad concebida desde sociedades autónomas y con un universo étnico-cultural relativamente homogéneo. Si uno analiza Marx, con todo lo brillante que es el pensamiento de Marx, él piensa en una sociedad autónoma, puede ser Alemania y por eso Gramsci habla de traductibilidad, pero cuando los campesinos alemanes se transforman en proletarios alemanes al llegar a las ciudades alemanas donde son explotados por las burguesías alemanas que provienen de los *yunkers* alemanes y así sucesivamente, por lo tanto, la autonomía nacional y la problemática étnico-cultural no son variables importantes en la definición de lo social y es ahí donde el núcleo crítico que percibe Marx es el núcleo de lo social, de lo social dentro de una concepción, y esto es lo que influye en el pensamiento de Marx, de una concepción de historia lineal, de la cultura universal occidental como cultura universal y dentro del eje «civilización o barbarie». ¿Qué pasa? Por eso en Europa puede aparecer una novela como «Príncipe y Mendigo» porque uno toma al mendigo, le da un buen baño, le corta el pelo, le enseña modales y pasa por el Príncipe. En nuestras sociedades uno agarra un negro y por más que lo refriegue no va a pasar por el Príncipe; pero además, viene

de otra concepción del mundo, entonces en general las ciencias sociales no tomaron en cuenta el tema de la diferenciación étnico-cultural y el tema de las autonomías nacionales, por eso hablan de «la sociedad» y nosotros tenemos que meter en el análisis el comportamiento social, incluirlo necesariamente porque lo reformula al considerar las tres variables, no una sola. Es lo que de alguna manera percibía Marx, aunque no lo lleva hasta su extremo, cuando habla de que los obreros ingleses se comportan frente a los obreros irlandeses como ingleses y no como irlandeses. Bueno, esto fue lo que le pasó a gran parte del proletariado europeo cuando, a fines del siglo XIX, hace una alianza en función de la expansión colonial que no se podría haber llevado adelante sin la alianza con los proletariados de los países centrales.

Creo que este elemento de las dimensiones se hace más visible en América Latina, fíjense ustedes lo que está pasando en Bolivia: aquí hay distintos tipos de articulación; están por una parte los aymaras que de alguna manera están saldando cuentas, entre quechuas y aymaras, desde el siglo XIII, pero estamos hablando de dos grandes culturas: el *Tiaguanako* de los aymaras y los seis al diez y es la cultura incaica. Pero a su vez están reivindicando la hoja de coca, que además es la hoja chica no es la hoja de los coccaleros, digamos, están conformando desde distintas individualidades, pero sí saben adonde tienen que apuntar. Me parece que este doble elemento hay que verlo porque es una dinámica que acompaña una transición civilizatoria en la composición de las sociedades.

El otro elemento es: ¿cómo se reconstituye lo nacional en un proceso de identidades más amplias? y ahí me parece, por ejemplo, que ciertos movimientos como el zapatismo están dando cuenta de eso. Ellos son tzotziles pero no tienen un movimiento indigenista aunque reivindican raíces que vienen de los siglos VI al VII antes de Cristo. Pero a su vez se consideran mexicanos, pero mexicanos en tanto tzotziles no dejando de ser tzotziles para ser mexicanos. Por supuesto no plantean una nación abstracta sino que dentro de su identidad mexicana reivindican las tradiciones populares, por eso son mexicanos zapatistas y desde ahí se pueden plantear un proceso de integración continental autónomo. Todo esto son distintos niveles de pertenencia e identidad que de ninguna manera niegan la identidad más comunitaria, o la especificidad, ni pretenden quedar en un movimiento indigenista.

Me parece que esto es lo que obliga a repensar el tema de la sociedad con nuevas dimensiones que en general la ciencia social no ha tomado o toma como Weber, porque finalmente Weber tiene la misma concepción de la historia que Hegel, o sea la historia como lucha entre naciones por su hegemonía –finalmente Hegel puede ser comprendido así– dentro de la cual hay que ver la concepción de Weber acerca de la legitimidad de estas naciones centrales de llevar adelante o de transformar a una parte importante de la sociedad en pueblos acreedores de la civilización, es decir, en justificar el colonialismo como parte de la construcción de la modernidad.

Me parece que si consideramos estas dimensiones comienza a diseñarse un modelo de sociedad, o a pensarse la sociedad, con mayor complejidad que como se vino pensando en las ciencias sociales tradicionales que no dieron suficiente cuenta de la articulación de las sociedades latinoamericanas porque, en los hechos, se pretendía una homogeneidad inexistente en América Latina, como es inexistente en la Argentina, porque uno va a una villa o a un asentamiento urbano y encuentra una serie de códigos y concepciones del mundo que tienen mucho que ver con tradiciones indígenas y mestizas mucho más que con la idea civilizatoria. Entonces, me parece que hay que pensar con mayor complejidad lo social y nuevas formas de articulación, reitero, a partir de la crisis del concepto de social y de la sociedad típica de la edad contemporánea.

Horacio González:

Yo quisiera decir algo en relación a todo lo que escuché hasta ahora, y sobre la naturaleza de esta reunión que me pareció muy importante. Bueno, acá hay personajes que se llaman Decanos; ayer hablando con el compañero Decano de San Juan percibo los problemas que tiene un Decano, de limitaciones, demarcaciones, hay profesiones –esa es una situación indudable– y hay incertezas permanentes y de algún modo irresolubles en relación al lenguaje que hablan cada una de las profesiones. Creo que la declaración que tiene que hacerse aquí sostenida por los Decanos del área de Ciencias Sociales debe ser una declaración que reestime el trabajo en estas áreas tan maltrechas, y si son Decanos los que las respaldan es evidente que eso supone un peso institucional y

supone un lenguaje que se habla en términos de lo que uno puede escuchar aquí, porque cuando uno dice Decanos dice personas que... y otros que venimos a hablar se llaman científicos políticos, despojados de la facultad de tomar decisiones en torno a una institución; algunos estamos menos institucionalizados y otros más, en ese sentido.

Me parece que una reunión de esta índole –para mí es novedosa– es de gran significación y hay que aceptar los diferentes pesos que puede tener hablar, como habló Alcira recién o Eduardo o Portantiero y yo; me parece que las palabras pueden tener distinto peso y eso en una declaración es evidente que tiene que estar presente. De mi parte sé muy bien lo que es un Decano, sé muy bien lo que es no ser Decano, que es lo que siempre fui, pero también sé lo que es estar en un lugar que a veces se lo llama de gestión, etcétera. Todos buscamos una palabra única y definitiva capaz de llevarnos a todos al pensamiento cuya universalidad finalmente reconocemos como un atributo de cierto acercamiento a una verdad, pero también me da la impresión que una declaración de esta índole tiene que tener en cuenta la importancia de la reunión que aquí hicimos, porque ni los llamados Decanos están desprovistos de la capacidad de tratar todos estos problemas como todos sabemos, ni los que vinimos como no Decanos estamos desprovistos también de comprender qué significa el peso institucional con los problemas específicos, muchos de los cuales son desconocidos por mí, obviamente, que son problemas de tomas de decisiones, de condicionamientos, es decir, la realidad que acosa a diario a la universidad argentina, es una universidad en gran medida aluvional en su aspecto institucional.

Lo digo en el sentido de que me doy cuenta de las dificultades de una declaración de esa índole, pero también me da la impresión que puede tener una gran importancia difundir en todo el país el lenguaje que hablan las ciencias sociales en Argentina; para reestimar trabajos sirve pensar buena parte de los problemas que se dieron acá, que son innumerables, antiguos, históricos, difícilmente resolubles, pero en su reconocimiento como tales son estos problemas los que nos animan a seguir adelante, si no también es difícil para las ciencias sociales seguir adelante, no son saberes que estén reclamados muy fervorosamente por instituciones incluso no sé si por movimientos sociales y a eso me quería referir especialmente, en relación al lenguaje que usamos cuando

decimos bolivarianismo. La expresión bolivarianismo me interesa especialmente porque ocupa un lugar hoy en la reflexión política y pertenece a un campo de los nombres de la política, que apela a un nombre de la historia, un tipo de acontecimiento histórico de índole legendaria o heroica y de ahí se extrae un concepto –bolivarianismo– que forma parte de la actualidad, curiosamente de una actualidad muy inmediata y evidente de la historia latinoamericana y disputa la definición de instituciones. La persona que hoy en América Latina es portadora de esa definición de bolivarianismo, además –muchos lo hemos escuchado en sus viajes a la Argentina–, cita a Montesquieu, cita a Gramsci con cierta pertinencia, yo lo escuché citar a Gramsci con una cierta habilidad de un estudiante de ciencias políticas incluso a veces mayor que la que tienen nuestros estudiantes lectores de Gramsci.

Entonces eso genera una situación de gran interés, me parece a mí, porque nuestros nombres están en crisis y somos nosotros los que podemos decir bolivarianismo o no, según consideremos que esa expresión tiene capacidad de explicar cuestiones políticas y sociales. Considero que no es igual hablar de bolivarianismo que de sanmartinianismo por cuestiones que hasta no serían fáciles de explicar en este momento, pero me da la impresión que en el bolivarianismo hay encerrada una proposición educativa, una pedagogía a través de la relación con un maestro enseñante –como Simón Rodríguez– que tenía efectivamente valores muy significativos en la teoría de la enseñanza, una teoría de la enseñanza viva y basada en el ejemplo personal. Eso me parece de fuerte relevancia, no es el único ejemplo en América Latina, pero es un ejemplo relevante. Y después el bolivarianismo supone un empleo de la lengua política: congresos, república o monarquía, formas de igualitarismo, contrato social, es decir, hay terminologías de la tradición política en el llamado bolivarianismo.

¿Qué ganaríamos y qué perderíamos si seguimos llamando bolivarianismo a los mismos problemas de los que habló Montesquieu, Maquiavelo o Gramsci? Eso me parece que es un debate de gran interés... Si una declaración sostenida por Decanos pudiera entrar en este problema, que es el problema de las ideologías, el problema de los efectos simbólicos de las ideologías y del mundo del lenguaje de los signos que hablamos, sería de gran significación porque ahí se revelaría que una declaración de funcionarios, Decanos de universidades, entra en el verdadero problema por-

que también todos reclamamos que hayan, en la instancia de los Decanos, decisiones vinculadas no solamente a la lógica interna de las instituciones y demarcaciones incluso profesionales, decisiones que hay que tomar si no entrar en este problema que efectivamente hace de la idea de un funcionario de la universidad el lugar donde se debaten, en el primer nivel en que deben debatirse esos temas.

¿Cómo me parece a mí que podríamos entrar en el debate de estos temas? Voy a pronunciar el nombre de Touraine porque Touraine tiene un ojo muy agudo para ver estas cuestiones. Touraine hace tiempo escribió un artículo puesto que es un sociólogo de la acción, no es Max Weber pero es un sociólogo que a lo largo de los años habla de movimientos sociales, tiene una teoría de la acción, «La vuelta del actor», «La palabra sangrienta», en fin, son los libros de él donde tratan justamente los mismos temas de los que estuvimos hablando aquí. Es un sociólogo más o menos de la estatura de Fernando Henrique Cardozo, con el cual es amigo, es la sociología. Entonces, percibe claramente que hay un lugar incómodo y antagónico al de la sociología que es el lugar de la leyenda heroica, es el lugar donde estaría el mito, el enseguecimiento de la razón, el lugar donde no es posible pensar y lo llama con un nombre muy preciso: bolivarismo. En un artículo que he leído, creo que muchos lo hemos leído en los diarios, lo publicó en el diario «El país» y lo reprodujo un diario acá, en la Argentina.

Entonces, eso me parece que es una definición bastante interesante del problema. Yo no lo resuelvo del mismo modo que Touraine y no sé si es necesario decir cómo se ha de resolver, pero es el descubrimiento de un tema de gran interés porque la tradición de las ciencias sociales, tal como se practica más institucionalmente, trata de escapar de lo que yo podría llamar la leyenda heroica – todo eso lo digo inspirado en lo que dice Alcira Argumedo–, en la idea de una historia ejemplar o en una poética del nombre también. La sociología dispensa un poco eso porque efectivamente si uno tiene que decir si existe o no la sociedad, imaginemos el lenguaje de Ernesto Laclau para hablar de estos temas, sería imposible porque es un lenguaje de fuerte calidad epistemológica y si bien proviene de un pensamiento basado en reflexiones que alguna vez pudieron sostenerse en una épica incluso heroica, en una izquierda nacional, hoy estos mismos temas en una épica nacional permanecen en un plano epistemológico más elevado, no creo

que sea diferente pero es un plano epistemológico con un cambio radical del lenguaje que a mí personalmente me parece interesante porque creo que sin tratar problemas de una antropología del lenguaje muy poco seremos en la universidad, muy poco o nada, la universidad interesará menos si no tratamos problemas de la antropología del lenguaje.

Tomemos el caso de Weber. Era un bismarckiano cuando joven más que cuando viejo, pero cuando viejo también era un bismarckiano. Alcira siempre cita ese discurso de Friburgo que es fantástico, donde dice: voy por Alemania y a cualquier lugar donde llego veo las lágrimas que tenemos que derramar por la muerte del César –lo llama el César incluso, más bismarckiano que eso– y nunca rebajó demasiado ese afecto que siempre tuvo por la figura de Bismarck, hay muchos testimonios de eso. De modo que nadie diría que la sociología weberiana... le adjudicaría en nuestras clases, los alumnos se asombrarían y buena parte del profesorado argentino diría: ¡no puede ser, como este hombre...! y no cometeríamos el acto de mal gusto de decir el bismarckiano sociólogo Max Weber, porque ¿qué sería el bismarckismo ahí?, ¿tendría algo que ver con la teoría de la razón, con la acción racional, con la acción en torno a valores? ¿Por qué razón una sociología despojada de cierta cercanía con el papel operativo y activista y vinculado a la praxis que podría tener el tradicional legado de los mitos, por qué razón una sociología despojada totalmente, desencarnada del papel de la relación entre praxis y mito que es una relación bastante ostensiva en toda la historia del pensamiento, se muestra como Touraine, incómoda frente a la idea de que el bolivarismo oscurecería todos los problemas de las ciencias políticas? Cuando en el bolivarismo hay contrato social, hay Montesquieu y hay Gramsci hoy, por qué razón podríamos decir del bolivarismo, tal como lo ve Touraine –no estoy desdeñando el pensamiento de Touraine, he leído sus libros, si dice algo trato de leerlo–... aquí veo un problema de gran significación, ¿por qué razón rescatamos al Weber que recibimos en la Argentina y que constituimos como profesores argentinos que pasamos por Weber –y seguimos dando clases sobre Weber, si se da la oportunidad–, por qué razón despojamos esa sociología de cualquier dramatismo del nombre?, ¿por qué ponemos sus opciones políticas, su última gran conferencia que tiene una gran significación desde todo punto

de vista político, por qué ese lenguaje nos parece mucho más digno de ser despojado de la historicidad que le da la fuerte marca – incluso hasta a veces mitológica que tiene– y el bolivarianismo, tal como lo ve Touraine, es una amenaza para ciertos aspectos de la construcción de la democracia en América Latina? Cuando el bolivarianismo –si aceptásemos pronunciar ese nombre, es decir, bolivariano, bolivarianismo, como escucho que muchas personas hacen, Alcira lo hizo ayer–, carga en su seno un conjunto de articulaciones con el pensamiento sociológico empezando por el hecho que es un graduado en ciencias políticas la persona que lo tiene a su cargo, que expresa esa leyenda; la leyenda zapatista –digo leyenda en el sentido de articulación social, de aglutinamiento de voluntades dispersas– es un graduado de ciencias política de la UNAM también, que hizo una tesis sobre Althusser, cuya teoría de la articulación y del vacío está presente en buena parte del pensamiento de los indios tzotziles que hablan por ello o son hablados por la lengua universitaria del graduado de la UNAM.

De modo que hay un problema de articulación, de gran significación me parece a mí. Todas las palabras que estuvimos utilizando: la idea de ciudadanía y de republicanismo, que es antiquísima pero en los últimos quince o veinte años resurgió en la Argentina, ¿cuántos amigos de uno se hicieron republicanistas?. ¿Qué quería decir en las ciencias sociales y en la universidad, la república, el republicanismo? evidentemente es una definición angustiosa, que implicaba reorientar los estudios de ciencias sociales en dirección de ciertos problemas capaces de exorcizar la aparición de estos nombres de características épicas, literarias, pronunciar Simón Rodríguez y cosas parecidas porque el republicanismo aseguraba la contención de todos los dilemas de la historicidad de las sociedades, pueden ser latinoamericanas: incluso la propia palabra latinoamericana está aquí en juego. De modo que el republicanismo constituía el problema de la ciudadanía y cierto tipo de acción quedaba, no digo que sin intensidad, restringida a ciertas esferas de la vida institucional y de la *paideia* republicana: construir ciudadanos y presentarse apenas como depositarios de un legado de toda la tradición ciudadana que en la historia argentina es muy grande y tiene grandes textos a su favor.

El otro gran sector me parece que es el que ahora encuentro bajo el nombre de trabajos vinculados al concepto de acción

colectiva, que era lo que antes se denominaba movimientos sociales. La acción colectiva apunta al problema al que acá también Bustelo se refirió, es decir, la esperanza de que el individualismo no prospere y vencer ciertas fronteras de la construcción de una individualidad para que los movimientos reivindicativos en los países que se han disgregado y se han marchitado como Estado-Nación tengan la posibilidad de la construcción de una nueva ciudad política. En este caso ya no hay republicanismo ni idea de ciudadanía, porque más bien que se duda de que la reconstrucción de la justicia tenga que descansar en el concepto de ciudadanía al cual se deberá arribar a través de un nuevo tipo de participación social, o sea, yo diría: el dramatismo en la acción colectiva está fincado ahí. Ahí no hay problema, ese debate siempre existió entre los que tienen más esperanzas en la sociedad civil y los que tienen más esperanza en la capacidad articuladora de las instituciones, siempre vivimos ese debate.

Ahora, yo me pregunto si en el documento que se pueda hacer aquí –lo considero de gran importancia– pudiera recogerse... por eso comencé diciendo que sé lo que es un Decano o un funcionario o las personas que ocupan transitoriamente estos cargos porque las responsabilidades son distintas, las palabras tienen que ser quizás comprensiblemente más genéricas, pero no menos estimulantes. Si se pudiera recoger que este debate existe porque no sería tan torpe de suponer que en esta instancia en la que estamos se puede decir hay que hacer esto, lo otro y lo otro, pero los temas designados como temas problemáticos sí pueden incorporarse, y yo digo cuál para mí es un tema problemático y de gran interés que es: a todos los conceptos de las ciencias sociales, enorme batería que infunde vida a nuestro lenguaje y que usamos siempre parcialmente y somos hijos de una u otra de las soluciones que a lo largo de estos años –muchos años, no son poco– las ciencias sociales han originado con su profusa bibliografía... la pregunta es si se pueden incorporar estos hechos de lo que yo llamo el problema del nombre, las poéticas del nombre, la cuestión de la leyenda latinoamericana a la que la palabra bolivarianismo apunta específicamente, es decir, qué tipo de organización social, de teoría política y de institucionalidad y de razón política presupone el uso de ese nombre, la idea de una historia ejemplar en una palabra, o la idea de una narratividad si esta última no estuviera

tan cercana a ciertos debates que a mí no me parecen hoy tan interesantes que propuso el posmodernismo. El tema que estoy proponiendo es la idea de un relato maestro de índole estimulante para la acción colectiva.

Es decir, si es posible que, a diferencia de como lo vio Touraine, el bolivarismo no sólo no sea un factor de enemistad y de peligro para el pensamiento social sino que haría una articulación específica en nuestros países que implicaría al saber sociológico, a las tradiciones sociales y democrático-sociales, etcétera, vinculadas a la sociología y que a veces no se pueden distinguir con el hecho de que hay en la memoria social-colectiva evidencias, a través de este tipo de nombres, que tienen también poder de articulación, de organización social, de democratización y de justicia. Esto lo digo porque a mí me llama la atención que en nuestro lenguaje real no hacemos como Touraine, evidentemente utilizamos esa palabra porque hace a la responsabilidad política de las ciencias sociales en América Latina, y nos vemos a nosotros mismos con menos temor que en esa responsabilidad política al uso de nombres que son los nombres empíricos, histórico-sociales, como Bolívar, etcétera, que están en la inmediatez de las lenguas políticas, no vemos que pronunciarlo sea ningún peligro. Sí evidentemente para todos nosotros pronunciarlo es una cuestión de ciertos niveles donde si uno se dice bolivarista en tal o cual lugar, no pediría que eso no sea confundido con el hecho que en tales o cuales otros hay partidarios de la teoría de la acción colectiva o partidarios de la teoría de la ciudadanía.

Bueno, yo lo que digo es que las cosas no suceden tan fácilmente. No puedo decir: miren, acá soy bolivarista porque estoy en el comité, pero veinte metros más allá me meto a dar una clase y ahí me despojo de este aspecto legendario que realmente sería incómodo para ejercer mi tarea. Evidentemente todos sabemos que no es así, ese «no ser así» me parece que tiene que ser contemplado como un problema, una cuestión de gran interés. Voy a mencionar otra vez el nombre de José Aricó, recuerdo su libro de «Marx y América Latina» de donde se acerca muchísimo a esto que estoy tratando de decir, es decir, hay un problema con Bolívar en relación al legado de las ciencias sociales, a eso me estoy refiriendo. Si se pudiera... incluso ese libro es de gran significación aunque creo que está agotado, podría ser el material bibliográfico para circular apoyando una discusión de esta índole.

Alcira Argumedo:

Creo que esto de bolivarismo a mí me suena a insulto académico como en su momento era decir populismo; es una categoría bastante difícil de tomar pero en todo caso está descalificando el potencial teórico inserto en el pensamiento no sólo de Bolívar, están Artigas, Hidalgo y Morelos, está Mariátegui, están Martí, Sandino, Zapata, etcétera. Es que ahí hay un potencial teórico que yo creo que las ciencias sociales así como hicieron con el tema de ver cuáles son las connotaciones, en qué espacio histórico, en qué momento dramático de transición se gestan las grandes teorías... Por qué Durkheim es una gran respuesta a la desestabilización francesa a lo largo de un siglo después de la Revolución, porque estaba obsesionado por ver como se articulaban nuevas formas sociales ante la desagregación, ver Weber, etcétera. Este ejercicio se puede hacer desde Maquiavelo y Hobbes, por qué Hobbes necesitaba fundamentar el poder absoluto sobre bases no divinas en la Inglaterra de comienzos del siglo XVII.

En el pensamiento de América Latina y estos líderes latinoamericanos hay que hacer el ejercicio inverso: ver el potencial teórico de estas propuestas políticas porque, ¡atención!, en la Constitución para Bolivia el concepto de propiedad que se plantea niega la idea de propiedad como derecho natural inviolable, porque dice: en América la principal forma de propiedad que es la tierra está impregnada con la sangre de sus propietarios naturales, por lo tanto, la propiedad es una decisión soberana del pueblo, es decir, un hecho político que tiene que tener como objetivos la felicidad de los conciudadanos y el cumplimiento de la ley de leyes, que es la igualdad. A partir de ahí plantea un concepto de democracia que es el mismo concepto que plantea también Artigas, que pasa por la redistribución de las tierras, que es lo que plantea San Martín en sus alianzas con los sectores indígenas sobre las cuales articula toda su estrategia del cruce de los Andes. El tema es que estos proyectos de Artigas, Hidalgo y Morelos, de Bolívar, San Martín o Belgrano que parece que es un pavote, pero no lo es... Es que nuestros grandes héroes nacionales fueron derrotados en sus proyectos históricos, por eso San Martín vivió en el exilio; por eso a Hidalgo y Morelos los fusilaron; por eso Artigas vivió en el exilio; por eso Bolívar –muere antes de ir– estaba camino al exilio, y acá se dio una política de la historia que fue el vaciamiento de las

ideas concretas, de los aportes concretos de estos líderes, los recubren de bronce y los dejan con «el dedito para allá» absolutamente inmovilizados en el potencial teórico de sus pensamientos.

Entonces no es bolivarismo, es mucho más que Bolívar y, efectivamente, en el campo de la paideia que tiene que ver con una filosofía son las propuestas educativas más avanzadas, no solamente en el alcance de las escuelas integrales para chicos de la calle si no además, en 1825 –para el movimiento feminista– el decreto bolivariano planteaba que esa educación integral, una formación intelectual consistente y la formación de oficios hasta un tercer año del secundario aproximadamente, se debía dar a las mujeres y el decreto dice: «... para que no se prostituyan por necesidad ni hagan del matrimonio una solución a sus problemas de sobrevivencia». Es decir, en 1825, autonomía intelectual y económica de las mujeres para llevar adelante sus vidas son ideas que pueden ser tomadas no como una leyenda heroica, son ideas de un potencial muy fuerte que se basan sobre el reconocimiento y el respeto a la diferencia, no parten de una homogeneización de la cultura a partir de determinados elementos. Por eso yo recomiendo de José Luis Romero «Latinoamérica. Problemáticas e ideología», es un libro corto, donde el autor plantea como se formulan las ideas de la «ilustración» y la existencia en América Latina de lo que él llama «otras ideas», que no son recuperadas por la ciencia pero tienen un potencial teórico impresionante para ser desarrollado, y cito a alguien que incuestionablemente pertenece a la ciencia y realmente esa fue la búsqueda de determinada gente para ver cuál era el potencial teórico de esas ideas.

Acá lo que quieren hacer es: bolivarismo es Chávez que es la leyenda heroica de decir que hay una historia ejemplar... no, es la recuperación del potencial teórico que es muy rico y ni hablar de lo que plantea Martí, quien está planteando hace un siglo y medio la necesidad de la formación histórica de los universitarios americanos o latinoamericanos, porque salen sin conocer cuáles son sus sociedades, negando la originalidad de la constitución y el desarrollo de esta sociedad. Entonces, creo que hay que tener más respeto acerca del potencial teórico que tienen y no entrar en la descalificación que te hacen de... «Ahora hay que apoyar a Menem», «ahora hay que apoyar a Menem» nos dice Touraine, «la sociología», yo lo escuché en esa época, más o menos a principios de los años noventa; después, cuando se pasó lo de Menem, «aho-

ra no vayan a ser bolivarianos», no, vamos a empezar a fijar ejes propios de ver sobre donde pensamos. Yo creo seriamente que bolivariano es un insulto académico, una descalificación seria de la posibilidad de ver ese potencial teórico con la soberbia de alguien que nos viene definiendo desde hace unos siglos. Porque en todo caso nos tiene que decir por qué nos planteó el apoyo a Menem entusiastamente durante un largo tiempo. Entonces, fijemos un eje propio para ver nuestra crisis.

Eduardo Bustelo:

Concuerdo con Horacio González en la importancia de este encuentro y en la recolocación de unas ciencias sociales “incómodas” para el *establishment* metodológico, cuando se valorizan las visiones que plantean la incorporación del mito, la heroicidad y hasta las metanarraciones bajo la significación “bolivariana”. Creo que hay allí un camino por recorrer y que vale la pena introducirse en él fuertemente en la perspectiva de la enseñanza de las ciencias sociales.

No me siento conforme en cambio con la postulación de que estamos volviendo a un “comunitarismo”, y tampoco con la idea pendular de que pasamos de sociedad a comunidad y viceversa. Creo que la vieja diferenciación hecha por Ferdinand Tönnies es pertinente. Pero pienso que estamos aquí en un proceso nuevo y también único: aquí el individuo se disparó de la sociedad y creo que es un viaje sin retorno. Así como en términos de Karl Polanyi hubo una instancia transformadora crucial cuando el obrero se separó del trabajo, creo que ahora también esta separación del individuo de la sociedad no es la misma que conceptualizaron Emile Durkheim o De Tocqueville. Asimismo pienso con Zygmunt Bauman que la idea de comunidad ha quedado pulverizada por los procesos de individuación, y que estos están muy presentes aún en nuestra realidad de América Latina de hoy, y en su origen. Carlos Fuentes, en “El Espejo Enterrado” ha planteado incluso el tema del individualismo ya en los indígenas pre-colombinos.

Para mí, el punto central en las ciencias sociales es cómo pararse ante una realidad que no nos satisface, que rechazamos y que queremos cambiar. No es ésta una proposición nueva, pero ello no invalida que sea una cuestión crucial. Por eso planteo hasta el cansancio la idea de una epistemología basada en el “¿cómo?”, por eso

la idea del constructivismo social. ¿Ahora, cambiar hacia dónde? Acá es cuando entra la colocación de la imaginación y la voluntad como facultades de la conciencia, ¡y esto es también una gran incomodidad!

Es pertinente aquí introducir el tema de la actitud utópica que corre paralela a la actitud creativa de la que hablé ayer. América Latina se originó en la Utopía, y pareciera que es de algo de lo que no se puede “desenganchar”. La propuesta del “realismo mágico” es fascinante: el reconocimiento de una realidad “puesta” por el hombre y que los humanos podemos analizar, interpretar, significar y transformar. Retomando la idea que acaba de ser discutida aquí sobre Bolívar y el bolivarismo como plataforma conceptual, diría que son formas de aproximación en las que, por último, la hipótesis básica de la discusión es si esta formulación, narración, epopeya, heroicidad, historicidad, etcétera es una cuestión útil para la transformación creativa de lo real que es la perspectiva que nosotros deberíamos ahondar desde el punto de vista de una metodología para las ciencias sociales.

Una participante del público:

En relación al papel de las ciencias sociales frente a las personas con capacidades diferentes que planteaste a partir de la anécdota de los sordos, es decir, el rol de las ciencias sociales frente a la gente con capacidades diferentes. Esta es una problemática que está instalada en mi provincia en estos momentos, y en mi Facultad en particular...

Eduardo Bustelo:

El tema de la diferencia y los derechos subjetivos ya fue tratado. No pienso que debamos estar “en contra” de ello. Al contrario, y siguiendo las reflexiones de Eric Hobsbawm sobre el multiculturalismo, creo que hay que generar espacios colectivos, resignificar lo público y la acción colectiva. Compatibilizar, no me gusta la palabra “articular”, los temas de la discriminación con los de distribución, pero, y esto es muy importante, partiendo de la base que hay una “moralidad” superior en lo público y lo colectivo.

Entonces, en la cuestión de los discapacitados, no veo “mal” la lucha de las personas con capacidades diferentes por sus dere-

chos, por la resolución de sus problemas, y creo que tienen que hacerlo. Pero debe haber un espacio de intersección entre lo que es la autonomía individual y los problemas particulares y la construcción de un proyecto colectivo. Cualquier que haya leído ese librito hermoso de Christopher Lasch, «La cultura del narcisismo», se da cuenta de que el individualismo posesivo de McPher-son nos lleva a quedar reducidos a la familia, a los amigos, al club, a la ONG y leyendo libros de autoayuda como los de Paulo Coehlo. Mientras tanto, los ricos continúan siendo más ricos.

La misma participante de antes:

¿No estaremos ante la presencia de una sociedad que necesita ser explicada, y que estos procesos de construcción de identidades más restringidas nos lleven a la construcción de identidades más amplias, pero partiendo de un sentimiento de que una sociedad homogénea no nos contenía?, porque creo que este proceso de fragmentación social que está ocurriendo parte de la necesidad de reivindicar las diferencias y que, de alguna manera... (*se apaga el micrófono por algunos segundos*) ...con la distribución de los recursos, la composición de entidades culturales y la relación entre sociedades, que en nuestro país es la relación entre sociedades regionales diferenciadas.

Creo que la visión de una sociedad homogénea ha caído porque los pobres eran todos los pobres iguales en el país y la política social para los pobres era homogénea en todo el país... (*se apaga nuevamente el micrófono, pero termina de hablar*)

Alcira Argumedo:

En el sentido, de alguna manera, de lo que llaman individuación y que Portantiero nombra como comunitarización, creo que un caso típico es el de los piqueteros. ¿Qué sucede? Sucede que más allá de ciertos errores, etcétera, etcétera, es importantísimo el papel curativo social que tuvieron los piqueteros frente a la desocupación vivida en términos individuales, que además de un problema económico es un problema de desarticulación de la personalidad, de pérdida de la autoestima, violencia, etcétera, etcétera. Al ingresar sus víctimas a un movimiento de desocupados la desocupación deja de ser una carencia o una falla personal, o sea una culpabilización personal, para transformarse en un espacio

social; esto da además un lugar de pertenencia colectiva, una mirada hacia el futuro y, aunque no solucione el problema económico, en términos sociales es tremendamente curativo. Lo digo porque he dado muchas clases entre piqueteros, y cuando cuentan lo que significó para ellos el pasaje desde la vivencia individual y torturante de la desocupación a la pertenencia colectiva, se ve que ese es un salto cualitativo.

Entonces me parece que hay espacios, seguramente más de clases medias y más signados por la cultura hegemónica, en los cuales puede haber un proceso de individuación y repliegue hacia lo familiar e individual, pero en gran parte de los sectores más golpeados ellos mismos dicen que cada uno solo o con su familia en situaciones límites perecen; que su única posibilidad es la organización, la solidaridad, la pertenencia colectiva. En ese sentido, no creo que vayamos a una comunidad homogénea al estilo de Tonnies, vamos a una nueva forma de reconstitución de lo social a partir de ejes de articulación más comunitaristas, pero son rearticulaciones... es como que se van pegando las piecitas de algo que estalló y me parece que ese es un paso de reconstitución de formas colectivas no hegemónicas. En general, es lo que pasa con los cartoneros: todas las respuestas sociales a la crisis partieron desde una base de pertenencias colectivas y valores de reciprocidad, solidaridad y cooperación. Después están las bambalinas de todo proceso social, pero yo creo que eso está demostrando una recuperación, una reconstitución del tejido social sobre nuevas bases, por ejemplo, en el mundo del trabajo. Creo que habría que procesar un poco estas reflexiones.

Eduardo Bustelo:

Efectivamente Alcira, creo que hay que procesar muchas cosas. Un punto fundamental ciertamente es el mundo del trabajo. No es muy fácil dada la separación de la productividad del capital de la productividad del trabajo. Un verdadero cataclismo social.

Deseo referirme a algunas cuestiones de los denominados "nuevos" movimientos o actores sociales. No se trata de formaciones compactas como era la clase obrera. Hay mucha heterogeneidad interna y mucho "internismo" insensato. No es lo mismo el Sr.

D'Elía que Castells, no son lo mismo los movimientos Barrios de Pie y Teresa Rodríguez. Tampoco es igual "Pepino" Fernández de Tartagal que un dirigente piquetero del conurbano. Políticamente hay distancias casi irreconciliables. Tampoco utilizan los mismos medios de acción colectiva más allá de compartir la ocupación de una ruta o una calle: no es lo mismo protestar contra el estado o la clase política que ir contra una multinacional privada. También no está ausente un tipo de construcción bastante similar a la "vieja" política, cargada de máquina clientelística y oportunismo mediático. Resumiendo: creo que estos "nuevos" actores están impregnados de la impronta individualizante y muestran tanto una carencia de subjetividad histórica como una ausencia de proyección colectiva. Esto lleva a una preocupante paradoja: derechos contra derechos; pobres contra pobres. Mientras tanto, las estructuras de dominación permanecen estables y la concentración económica aumenta.

Ahora, sobre la cuestión de la homogeneización. Por supuesto que la ciudadanía implica homogeneización en una serie de dimensiones básicas, pero eso no significa la postulación de sociedades completamente isonómicas. Sobre esa homogeneización se desarrolló el Estado de Bienestar. Ahora sucede que, casualmente por la práctica individualista diferenciadora, el Estado de Bienestar se ha transformado en una institución individualizante: los subsidios y la mayoría de sus prestaciones son realizadas a individuos. La focalización no reconoce la universalidad de los derechos sino que los acota a casos específicos. Insisto: se han caído los colectivos, se ha caído la idea de la sociedad como categoría central. La escuela republicana, la escuela que enseñaba los valores comunes, que nos socializaba en un himno, en una bandera, en todas esas cosas, esa escuela hoy día no existe más. La escuela ya no tiene colectivos de estudio sino que a ella concurren individuos: el niño de padres desempleados, el niño de padres pobres, el niño con capacidades diferentes, la niña con su temática específica, los niños indígenas, los que viven en comunidades alejadas, etcétera. Y además, como se ha demostrado en la discusión entre Emilio Tenti y Juan Carlos Tedesco, al capitalismo no le interesa más la escuela porque sabe que los valores que lo legitiman los impone por otras vías, y no por la escuela. Ni siquiera la escuela privada le interesa.

Un participante del público:

Yo quería plantear otro núcleo problemático como el que estaba mencionando Federico Schuster en relación a las exposiciones de ayer, y que tiene que ver con algo que señaló Juan Carlos Portantiero probablemente porque en esa división que hemos hecho, a la que refería Horacio González, Portantiero ha reunido la doble condición de estar invitado hoy en su papel de cientista social pero además ha sido Decano; quería el problema de la vigencia de esa contradicción nunca resuelta en el campo de las ciencias sociales entre el nivel disciplinario y el nivel profesional, algo que continúa siendo objeto permanente de confrontación al interior de nuestras instituciones y con la percepción que tenemos de que, además, no hacemos bien ni una cosa ni la otra. Quisiera escuchar qué piensan ustedes acerca de si tiene algún tipo de sustento seguir hoy esta discusión en estos términos, o si incluso ha perdido vigencia en los tiempos que corren.

Juan Carlos Portantiero:

Creo que no ha perdido vigencia, lo cual no quiere decir que yo tenga la respuesta de como se soluciona por más que haya sido Decano de una Facultad. Hay ciertas cosas que uno tiene más o menos claras desde cierto horizonte o por valores en los que se mueve, por ejemplo desde el punto de vista disciplinario las ciencias sociales tienen un papel fundamentalmente crítico y no un papel apologético sobre la realidad, la función de las ciencias sociales es colocarse en esa realidad y criticar su funcionamiento como crítica de lo real, tratando de trascenderlo hacia otros horizontes y no transformándose en un partido político, porque eso alguien lo dijo, creo que fue Bustelo. Es absurdo pensar que un colectivo heterogéneo como es una universidad pueda transformarse en un partido político, pero no lo es que funcione como caja de resonancia de los debates nacionales y mundiales y como generador de una mirada crítica de la realidad. Desde mi horizonte de valores, y creo que lo compartimos todos los que estamos acá, esta es una función irrenunciable de la universidad. Ahora, esto tiene también algún riesgo si lo dejamos sólo ahí, tiene el riesgo de que la universidad se transforme en una suerte de academia peripatética, como decía ayer en la charla, en donde se discurre críti-

camente sobre el mundo y los distintos problemas de manera assembleística, con apertura a la espontaneidad de todas las opiniones y se cree que con eso se está efectivamente cumpliendo con la función esencial de la universidad.

Porque la otra función de la universidad es la de crear especialistas, profesionales, gente que tiene ciertas habilidades con respecto a ciertos problemas. Obvio que esto no es un problema para quienes estudian medicina, odontología o ingeniería porque no se les ocurriría pensar que tienen que estar en la Facultad de Medicina discutiendo todo el día sobre como marcha el mundo y además aprender a operar, en fin, a hacer una cantidad de tareas que son necesarias para su profesión. En las ciencias sociales los límites son más dudosos, no hay ejercicio ilegal de la sociología, entonces, en ese sentido, la idea de profesión estuvo durante muchos años absolutamente desaparecida. Luego se recuperó, pero hay efectivamente hoy un mercado de trabajo para los egresados de ciencias sociales, ahora parece entrar otra vez en problemas porque el mercado de trabajo se ha achicado o ha crecido en algunas ramas y ha bajado en otras, etcétera, pero sigue siendo una función nuestra que no podemos desdeñar, nuestra digo como administradores aunque no en mi caso ahora de una Facultad pública, la de contribuir a la mejor formación de los profesionales. Esto implica que tenemos que preocuparnos por ver si los planes de estudio son los que corresponden; ver si la organización de las materias es la que corresponde, en fin, ver si todos los aspectos instrumentales que hacen a esta tarea de la formación profesional están bien o mal cubiertos.

Y es que no se trata sólo de tener la obligación de responder a cierta demanda, porque el que ingresa a la universidad no ingresa totalmente imbuido de la necesidad de aprender un saber crítico sino que, en buena medida, mucha gente ingresa para ver si puede mejorar su vida, para ver si puede conseguir alguna calificación que lo habilite a desempeñarse mejor dentro de la división social del trabajo. Entonces, frente a esa demanda nosotros tampoco podemos ser absolutamente ciegos y sordos, esto es algo sobre lo cual tenemos que responder tratando de que la formación que demos tenga la mejor calidad posible y sin olvidar todo lo otro del pensamiento crítico que estuve diciendo en un principio. Pero que hay una demanda que va en esa dirección de búsqueda de una mejor inserción en un mundo del trabajo cada día más com-

plicado me lo dan cifras que me acerca Federico Schuster de la Facultad de Ciencias Sociales, o leí en el reportaje que dio, que me impresionó porque cuando yo era Decano la carrera más pequeña en número era Relaciones del Trabajo, que es una carrera muy directamente vinculada a las oportunidades de trabajo porque ahí lo que aprenden es a hacer cosas muy instrumentales; era la más chica de las carreras y ahora es la que más crece, bueno, esto nos está dando una señal de una demanda que nosotros también tenemos que satisfacer.

Pediría una última cosa, para vincularla con lo crítico: también necesitamos formar buenos profesionales si pensamos, por ejemplo, en planes como los que Alcira Argumedo nos proponía ayer acerca de cómo la universidad puede intervenir en relación con el Estado o con los gobiernos o con las organizaciones de la sociedad civil para emprender determinado tipo de tareas. Si nosotros pensamos que la parte más cotidiana de la política que tiene un horizonte de transformación no es hacer una revolución si no establecer un proceso creciente de reformas, si nosotros pensamos que esto es un punto de partida razonable para entender la política, bueno, tenemos la obligación de habilitar lo mejor que se pueda a nuestros estudiantes con conocimientos y saberes especializados para que, en esos niveles de lo público, puedan ser colaboradores eficientes para una política de reformas progresistas de la sociedad.

Entonces, con este sentido me parece que nosotros tenemos que articular todas esas cosas. No es fácil, es complicado pero me parece que forma parte de las funciones de la universidad, y si nosotros vivimos un gran movimiento de conmoción universitaria en 1918 del siglo pasado por una crisis, era porque había un problema de crisis de participación. La universidad estaba cerrada a ciertos sectores sociales o parecía que lo estaba, y estaba gobernada por academias que no advertían los procesos de movilidad social que se daban en la sociedad, entonces esa sociedad irrumpe en la universidad pidiendo mayor participación y lo consigue, de alguna manera la universidad lo logra en la medida en que los avatares sociales también se lo van permitiendo. Pero ahora la crisis de la universidad es sobre todo una crisis de función más que una crisis de participación, y entonces si nosotros nos ponemos claros sobre cuáles son esas funciones de la universidad, y no hablo de la misión de la universidad pública en el senti-

do de Ortega. Tenemos que atender, por lo pronto, a estas dos dimensiones: a la dimensión crítica y a la profesional. Hay otras más que también están en crisis, pero yo creo que son más bien complementarias o subordinadas de estas dos centrales.

Alcira Argumedo:

En esto que creo que es válido me parece que hay que tener en cuenta dos o tres aspectos. El primero es que la maduración en las ciencias sociales es mucho más lenta que la maduración en otras áreas; es decir, en cinco años uno forma un odontólogo por estos saberes que tienen, sin despreciar al odontólogo. Hay ciertas áreas donde el saber se toma fácilmente. Cuando nosotros estamos haciendo una diferencia entre profesión y formación disciplinaria hay que tener en cuenta que, esta última, lleva mucho tiempo. Para la Junta del CONICET en la pelea con los de ciencias duras, este era un libelo... pero para tener en cuenta, el nivel de producción de ciertos tipos a los cuarenta, cuarenta y un años, por ejemplo Platón a los cuarenta y un años solo había tomado notas taquigráficas de su maestro, acababa de crear un instituto de estudios y tenía apuntes inéditos con algunas ideas propias, es decir no tenía antecedentes, Platón en el CONICET no hubiera entrado como Investigador Adjunto con excepción de edad.

Si se ve a Aristóteles, a la misma edad había hecho estudios en la academia, tenía varios posgrados porque estudió veinte años con Platón, hacía tareas docentes porque había sido maestro de Alejandro Magno y tenía notas inéditas. Tampoco hubiera entrado a la carrera de Investigador, repito, a los cuarenta y un años.

Kant a los cuarenta y tres solamente podía exhibir carrera docente y notas inéditas; recién a los cuarenta y siete años hace su primera explicación; lo mismo vale para Adam Smith. Y Weber, que era el más adelantado, tenía una publicación que era la desgrabación del discurso de Friburgo, que como es universidad de provincia el CONICET no lo toma en cuenta y tenía un articulito. Lo que quiero decir es que verdaderamente la disciplina, cuando hablamos de este pensamiento crítico que señalaba Portantiero, lleva muchos años de elaboración. Entonces, lo que se llama profesionalización me parece que es brindar ciertos conocimientos técnicos habilitantes, como ser posibilidad de lectura de un cuadro de doble entrada, etcétera, pero lo que tenemos que hacer es

crear la cabeza, con qué mentalidad va a seguir incorporando información porque, paradójicamente, en el corto plazo tiene una ventaja comparativa el profesional pero en el mediano plazo tiene ventaja comparativa el disciplinario, y esto lo vi en la gama. Si uno toma en cuenta la gama de las opciones disciplinarias que se dieron cuando nos echaron de la universidad, el hecho de tener una formación permitía una gama de inserciones profesionales infinitamente más amplia. Si uno tiene en cuenta que las especialidades en nuestras carreras cada especialidad no tienen más de diez libros importantes, el tema es que si alguien tiene una visión de conjunto lee esos diez libros y se hace especialista. Yo en México me hice especialista en Demografía y a continuación en Ciencias de la Comunicación. Pensaba que era un invento de Verón que había pasado a la historia y salí siendo al año especialista en Ciencias de la Comunicación, pero la gama va hasta Fernando Alvarez el hermano mayor del Chacho, que es uno de los grandes gerentes de la Coca-Cola. ¿Qué pasó? Como tenía pensamiento crítico, llamémoslo así, del eficientismo, del neoliberalismo, como formador de cuadros de la Coca-Cola era más eficiente que alguien que había salido de Harvard o de la Universidad Di Tella, que solo sabía neoliberalismo. Éste sabía neoliberalismo, crítica, etcétera. Fue muy gracioso porque cuando lo nombran gerente, estamos hablando de veinte mil dólares por mes, me invita a almorzar y me dice, en esas épocas de maoísmo que uno tenía: «Flaca, no te engañes, ahora mi enemigo principal es la Pepsi». Con la anécdota hablo de la posibilidad de desarrollo, tengámoslo en cuenta si hablamos de profesionalización.

Creo que hay un techo en los profesionales técnicos y entonces el problema es, reitero, qué cabezas les hacemos para que se sigan formando.

Juan Carlos Portantiero:

Yo creo que no hay un lugar abstracto de resolución de este problema. Hay lugares bien específicos y el lugar más específico son los planes de estudio. Para ir un poco a lo que Alcira plantea, para que alguien llegue a la especialización sobre la base de un conocimiento articulado teórico fuerte. ¿Y por qué digo los planes de estudio? Esta es una discusión que en la Universidad de Buenos Aires se abrió hace diez años y que luego, como buena parte

de otras cosas, termina en la nada; pero la idea que se discutía en aquel momento era que hubiera dos años de fuerte formación básica en cada una de las Facultades, no en cada una de las carreras porque eso significaba que no podía haber una «Teoría Sociológica Subuno» para los de Trabajo Social y una «Teoría Sociología Uno» para los de Sociología, es decir que una fuerte formación básica implicaba: historia, epistemología, teoría sociológica, economía, etcétera, que llevara dos años intensos y que luego se abrieran las especialidades.

La idea en aquel momento, que yo comparto aunque sé que es discutible, era que esta licenciatura no llevara más que cuatro años, eran dos y dos: dos de formación básica fuerte y otros dos que tuvieran que ver con horizontes más particulares. Si nosotros hacemos una licenciatura de cuatro años que sería más equiparable con los estándares para grados similares en otros países del mundo (porque acá nosotros estamos a mitad de camino: somos menos que una maestría pero mucho más que lo que saben los que ingresan a las maestrías en los Estados Unidos), nos permite liberar fuerzas docentes para establecer posgrados que no tengan por que ser pagos porque pueden darse básicamente con el mismo personal que la Facultad posee. Por cierto que los posgrados no podrían ser masivos, ahí hay que determinar cupos o calificaciones que permitan el ingreso y, además, no todo el mundo quiere hacer posgrados, hay muchos que quiere ir y trabajar al otro día en otra cosa, pero me da la impresión que así nosotros podemos armar esta articulación entre un primer ciclo y un segundo ciclo y luego la posibilidad de apertura más democrática de posgrados en todas las dimensiones. Yo diría que con las maestrías, me parece, ahí nosotros estamos haciendo una suerte de mezcla entre la tradición europea y la norteamericana, que no sé si es la mejor. Yo diría que habría que ir a posgrados de especialización por un lado o carreras de especialización y doctorado, y tratar de olvidarse del tema de la maestría pero, en fin, esa es una cuestión que puede discutirse. Si nosotros pudiéramos armar un ciclo educativo en este sentido creo que cumpliríamos con la doble función, o nos acercáramos al ideal de cumplir con la doble función que estábamos señalando.